

~~ANT~~

XIX

252

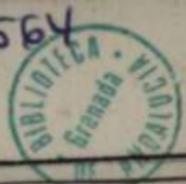
DOÑA MERCEDES DE CASTILLA,

EL VIENE A CATAY.

——
Imprenta de la REVISTA MEDICA, plaza
de la Constitucion, número 11.

18 cm 51

R-43.564



**DOÑA MERCEDES
DE CASTILLA.**

ó

EL VIAGE A CATAY.

NOVELA ESCRITA EN INGLES

FOR EL CELEBRE INGENIO AMERICANO

J. FENIMORE COOPER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

FOR

D. Pedro A. O'Crowley.

TOMO III.

Brindo esta copa á una muger, modelo
 Del sexo amable, cuya forma pura
 Siendo de astroa beneficos hechura,
 Mas que á la tierra, pertenece al Cielo.

PINENEY.

CADIZ: 1841.

DOÑA MERCEDES
DE CASTELLANO

EL VIAGE A CATALUÑA

NOVELA ESCRITA EN INGLÉS

POR EL CÉLEBRE INGENIERO AMERICANO

J. FRANKLIN COOPER.

TRADUCIDA AL CASTELLANO.

1841

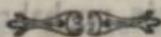
Esta obra es propiedad de su editor,
quien perseguirá ante la ley al que
la reimprima.

CADIZ: 1841.



DOÑA MERCEDES

DE CASTILLA.



CAPITULO I.

Hay un poder de paternal cuidado,
Que por la costa inexplorada guía,
Y por el yermo, y aire ilimitado
Al hombre audaz, y enseñale la vía
Dó vague solo y no descarrado.

BRYANT.

LAS dos ó tres horas que en pos
vinieron, fueron horas de interés
intenso y extraordinario. Los tres
bajeles se mantuvieron bordeando cabe la fos-
ca costa, apenas á distancia segura, despojados
de casi toda su lona, y parecidos á vasos que

cruzasen sobre un puesto definido, y á los cuales fuese indiferente la premura ó la cachaza. Al pasarse unos á otros de cuando en cuando con lentitud, trocaban palabras de cordial felicitacion; pero en toda aquella importantísima noche no se oyó una sílaba de júbilo desatemplado. La escitacion, que causára en los aventureros su buena fortuna, era demasiado honda y solemne para tales exhibiciones vulgares de júbilo, y quizás no habria un hombre en toda la escuadra, que, en aquel momento, no confesase en su interior una absoluta dependencia y profunda sumision al Poder Soberano.

Colon nada decia. Unas emociones como las suyas rara vez tienen desahogo en palabras; pero su corazon rebozaba de gratitud y amor. Creyó que se hallaba en los limites del este, y que habia llegado á aquella parte del mundo, en virtud de haber navegado á occidente; y muy natural es que supongamos esperase que, al correrse la cortina del dia, se dejarian ver algunas de esas escenas de magnificencia oriental, que tan elocuentemente describieran los Polos y otros viajeros en aquellas remotas y mal-conocidas regiones. Que esta y otras islas

estuviesen habitadas, estaba probado suficiente-
 mente por lo poco que él habia visto; pero, has-
 ta entonces, todo lo demás era una mera con-
 jetura del carácter mas incierto y distortilla-
 do. Sin embargo, la fragancia, que despedia la
 tierra, era muy susceptible para los que iban
 en los barcos; ofreciendo de este modo una
 oportunidad á dos de los sentidos para unirse
 en hacer seguro su buen éxito.

Al fin se acercó el dia despado, y el cielo
 oriental pintóse con las tintas que preceden por
 lo común al nacimiento del Sol. A medida que
 la luz se difundia sobre el océano azul oscuro,
 y alcanzaba hasta la isla, los contornos de es-
 ta se hacian mas y mas distintos, y claros; hi-
 ciéronse visibles diversos objetos sobre su su-
 perficie; sus árboles, sus praderas, sus peñas, y
 sus matosjos, salian de entre las tinieblas,
 hasta que toda la pintura relució bajo los co-
 lores cenizosos y solemnes que despedia el alma.
 A poco rato iluminaron el panorama los rayos
 del Sol, y encendieron sus puntos prominentes, al
 paso que espesaban las sombras en los mas
 hundidos. Descubrióse entonces que habian lle-
 gado á una isla de corta estension, bien cu-

bierta de árboles, y de un aspecto verde y gracioso. La tierra era baja, pero su contorno bastante lindo para que pareciese un paraíso á los ojos de todos los hombres que seriamente habian dudado de que hubiesen de volver á ver tierra firme en toda su vida. Siempre el espectáculo de la tierra es grato para el marino que por mucho tiempo solo há visto cielo y agua; pero tres veces mas hermosa pareció ahora á unos hombres que no solo veian en ella el término de su desespero, sino el resuscitar de sus esperanzas mas brillantes. En virtud de la posición que ocupaba la tierra; tan próxima á su vista, no dudó Colon que habia pasado otra isla; en la cual se viera la luz, y en virtud de trazar su rumbo, sabemos hoy que su conjetura se ha hecho casi indudable.

Apenas salió el Sol, cuando se vió multitud de seres vivientes salir corriendo de los bosques, con el objeto de contemplar asombrados la repentina aparición de aquellas máquinas, las cuales equivocaron los rudos isleños por otros tantos mensajeros del empireo. Poco despues, ancló el almirante su flotilla, y desembarcó á fin de tomar posesion en nombre de los dos soberanos.

Desplegóse tanta pompa en esta ocasion, como lo permitian los escasos recursos de los aventureros. Cada buque envió un lanchon con su comandante. El gran piloto genovés, vestido de grana, y llevando el estandarte régio, iba delantero, mientras Martin Alonso y Vicente Yañez Pinzon le seguian, con sus pendones, en los cuales relucia bordada la cruz, enseña santa de la espedicion, con las letras que representaban las iniciales de los dos soberanos, ó bien una F. y una I, por Fernando é Isabela.

Observáronse en aquella ocasion las fórmulas de costumbre al llegar á la playa. Tomó posesion el almirante, tributó gracias á Dios por el buen éxito de la empresa, y en seguida se puso á mirar en torno de sí para hacer cálculos sobre la valia de su descubrimiento. (*)

Apenas se cumplieron las ceremonias, cuando la marineria se agolpó en torno del almi-

(*) Es un hecho singular el que la posicion y el nombre de la isla precisa, con que se topó primero en aquella célebre espedicion, haya quedado hasta hoy, sino un asunto de duda, á lo ménos una materia de discusion. Creen las mas de las personas, incluso algunas de las mejores autoridades, que los

rante, y empezó á abrumarle de felicitaciones por su buena fortuna, manifestándole la mas sincera contricion por su propia desconfianza y muestra de desafecto. Muchas veces se ha citado esta escena en prueba de la caprichosidad é inconstancia de los humanos juicios; pues que el hombre, que tan recientemente habia sido

aventureros anclaron en *la isla del Gato*, como se la denomina ahora, aunque el almirante le dió el nombre de San Salvador; mientras otros se empeñan en sostener que fué la que hoy se designa con la apellidacion de *Isla del Turco*. El motivo dado, en apoyo de este último dictámen, es la posicion de esta isla y el rumbo que desde ella se hizo en seguida, con el objeto de dirigirse á Cuba en derechura. Muñoz supuso que fue la isla de Watling, la cual está al este clavado de la del Gato, á la distancia de un grado de longitud, ó á la corrida de unas cuantas horas. El curso seguido, despues de dejar aquella isla, no fué á occidente, sino al sud-oeste; y hallamos que Colon estaba anheloso de navegar al sud para llegar á la isla de Cuba, que le habian indicado los naturales, y la cual creia era su anhelada Cipango. No dá Muñoz razon alguna en apoyo de este dictámen; pero la isla de Watling, no corresponde á la descripcion del gran navegante, al paso que está sita de modo que preciso es estuviere próxima á su rumbo, y no cabe duda de que la pasaria muy de cerca durante la oscuridad. Créese que la luz observada por Colon con tanta frecuencia provenia de esta isla.

mirado con ceño como á un aventurero temerario y egoísta, se le contemplaba ahora con poca menos veneración que si hubiera sido una deidad. Estas lisonjas hicieron tan poca mella en el almirante, como le causara el reciente desafecto de sus subordinados; así es que mantuvo Colon su compostura esterna y gravedad de talante, para con aquellos que se apresuraban á agolparse en su rededor, al paso que el que le hubiera examinado con estricto escrutinio no habria podido ménos de columbrar en sus ojos un destello de triunfo, y en sus mejillas un reflejo del júbilo que su corazón calentaba.

—Estas buenas gentes son tan inconstantes en sus aprehensiones, como estremadas en sus alegrías, dijo Colon á Luis, luego que se vió un poco zafó de la turba; ayer me hubieran arrojado á la mar, y hoy se encuentran dispuestos á olvidar á Dios mismo, en esta su indignísima criatura. ¿Veis como aquellos hombres, que mas recelo nos daban á causa de su desafecto, son ahora los mas pródigos en sus aplausos?

—¿Esa es la naturaleza humana ni mas ni menos, señor; pues que el miedo se traslada

súbito del pánico á la exultacion. Imagínense los belitres que os tributan laude, cuando en verdad solo se regocijan por su propia escapatória de algun mal desconocido para ellos, á la par que en extremo recelado. Nuestros amigos, Sancho y Pepe, no dan muestra de hallarse tan afectados; pues mientras el último se entretenía en coger florecillas por las riberas de la India, el primero parece estar mirando al rededor con plausible cachaza, cual si estuviese calculando la longitud y latitud de las doblas del Gran Khan.

Sonrióse Colon, y acompañado de Luis, acercóse á los dos hombres mencionados, quienes estaban un poco distantes del resto del grupo. Sancho se hallaba en pié, con las manos metidas en el seno de la chaqueta, contemplando aquella escena con la frialdad de un filósofo, y hácia él dirigió sus pasos el almirante.

—¿Como es esto, Sancho, el de la compuerta del dique?, dijole el gran navegante; ¿estás mirando este espectáculo glorioso con tanta frescura cual si considerases una de las calles de Moguer, ó un campo de los de Andalucia?

—Señor don almirante, una y otra cosa es

hechura de la mano misma. No es esta la primera insula en que he desembarcado, ni aquellos desnudos salvages son los primeros hombres que he visto, sin que llevasen almillas de color de grana.

—¿Pero, no tienes sensaciones jubilosas por nuestra feliz ventura? ¿ni gratitud hacia Dios por este vasto descubrimiento? Reflexiona, amigo mio, que nos vemos en los confines del Asia, y que sin embargo hemos llegado á ellos, en virtud de haber seguido un rumbo occidental.

—Que eso último es muy cierto, señor, yo mismo lo juraré; pues que he tenido en la mano la caña del timon, durante una parte no pequeña del camino. ¿Cree vueselencia, seor almirante, que hemos andado lo suficiente en esta direccíon para haber llegado á la parte trasera de la tierra, ó que nos hallamos, como si fuese, pies contra pies con los habitantes de nuestra España?

—De ningun modo. Las regiones del Gran Khan es probable que no ocupen esa posicíon precisamente.

—Entonces, señor, ¿cual será el estorbo que

impida se caigan por el aire abajo las doblas de esos países, quedándonos por nuestro trabajo tan solo la estéril gloria de nuestro viage?

—El mismo poder que impida se salgan fuera de la mar nuestras caravelas, y que el agua misma tras ellas se derrame. Esas cosas, amigo mio, dependen de leyes naturales, y la naturaleza es como un legislador que quiere se obedezcan sus mandatos.

—Todo eso es árabe para mí, contestó Sancho, restregándose las cejas. Aquí estamos, en toda verdad, si no precisamente debajo de los pies de la España, cual si estuviésemos, como quien dice, puestos muy tiesos sobre el lado de la casa; y sin embargo tengo tan serena mi propia quilla como cuando me hallaba en Moguer. Por Santa Clara! algo mas puedo decir respecto á eso en algunas peculiaridades, v. g. pues que el buen vino añejo de Jerez abunda algo menos por acá que por allá.

—Segun eso, buen Sancho, se conoce que nada tienes de Moro, aunque sea un secreto el nombre de tu padre. ¿Y tu, Pepe, que es lo que encuentras en esas flores que tan pronto te distraen de todas estas maravillas?

—Señor, estoy haciendo de ellas un ramillete para mi Mónica. Las mugeres tienen sentimientos mas delicados que los hombres, y la mía se alegrará de saber con que clase de adornos ha engalanado Dios las Indias.

—¿Y piensas, Pepe, que podrá tu amor mantener frescas esas flores, hasta que la buena caravela recruce el Atlántico? preguntó sonriéndose Don Luis.

—¿Y quien lo sabe, señor Gutierrez? Un corazon ardiente constituye un terreno muy fomentador. Y vos tambien si preferis alguna dama de Castilla á todas las otras, no hariais mal en recoger algunas de estas plantas estrañas para que se atavie con ellas los cabellos algun dia!

Volvióles la espalda Colon, pues que los naturales parecian dispuestos á acercarse á sus huéspedes; mientras Luis se quedó junto al jóven marinero, quien continuaba ocupado en recoger las curiosas flores de los trópicos. No tardó nuestro héroe muchos minutos en adonarse á igual tarea, y aun antes que el gefe y sus maravillados isleños comenzáran su primer parlamento, habia reunido un pintarraca-

do manojó, con el cual ya veía su imaginación adornados los negrísimos cabellos de Mercedes.

Los acontecimientos de naturaleza pública, que tuvieron lugar después, son demasiado familiares á todo lector inteligente, para que se necesite los repitamos en este lugar. Después de pasar algunos días en San Salvador, visitó Colon otras islas, conducido por la curiosidad, y guiado por los verdaderos ó fingidos informes de los naturales, hasta el día 28, en que llegó á las costas de Cuba. Allí se imaginó, durante algun tiempo, que habia ballado el continente, y prosiguió costeano, primero en direccion nord-oeste, y luego sud-este, por espacio de un corto mes. La familiaridad con las escenas novelescas que se ofrecian, pronto aminoró su influencia, y los sentimientos innatos de ambicion y avaricia comenaron á vindicar su imperio en los corazones de muchos de los que habian sido los mas adelantados en manifestar al almirante su sumision, cuando el descubrimiento de tierra probára con tan milagroso triunfo la justeza de sus teorías y la debilidad de sus propias des-

confianzas. Entre los demás, á quienes domeñáran estas pasiones, hallóse Martín Alonso Pinzon, quien viéndose casi escluido de la sociedad del jóven conde de Llera, en cuyos ojos advertia que ocupaba un concepto muy subordinado, se atrincheró detras de su propia importancia local, y comenzó á envidiar á Colón una gloria, que sentia ahora le hubiera sido fácil asegurarse á si mismo. Habíanse trocado palabras agrias entre el almirante y él, en varias ocasiones antes que descubrieran tierra, y cada dia daba margen á alguna nueva ocurrencia que acrecentase la frialdad entre ellos.

No forma parte ninguna de esta obra la minuciosa descripcion de los sucesos consecutivos, al proseguir los aventureros de isla en isla, de puerto en puerto, de rio en rio. Pronto se hizo aparente que unos descubrimientos muy importantes habian tenido lugar, y los navegadores eran impelidos un dia tras otro, en la prosecucion de sus investigaduras, y en el rumbo de direcciones mal comprendidas, pero las cuales, se imaginaban, tendian á encaminarlos hácia minas inagotables de oro. Por todas partes se presentaba á su vista una na-

turalaleza pomposa y alma; un panorama que fascinaba los ojos, y un clima que halagaba los sentidos; pero hasta entónces se hallaba al hombre viviendo en la condicion mas ruda del estado salvage. General era la idea ilusionaria de que se encontraban en las Indias, y cada intimacion, que provenia de aquellos seres bárbaros, sea por medio de signos ó de palabras, suponiasse tener referencia á las riquezas del oriente. Todos creian, que si no se encontraban con exactitud dentro de los territorios del Gran Khan, á lo ménos veianse ahora en sus confines. Bajo estas circunstancias, y cuando cada dia daba nacimiento á nuevas escenas, prometiendo novedades todavia mayores, pocos se acordaban ya de la España, como no fuese en cuanto tuviera conexion con la idea de volver á ella henchidos de gloria y de triunfos. Don Luis abrigaba algo menos en sus pensamientos la memoria de Mercedes, permitiendo que su imágen, aunque hechicera á lo sumo, quedase suplantada momentáneamente por el espectáculo inusitado que se alzaba delante de su vista fisica, en sucesion tan incansable y constante. Poco de sustancia, mas allá del clima fertil y nutridor, se

ofrecia, es verdad, hácia el realizamiento de todas las brillantes expectativas de los aventureros, referentes á ventajas pecuniarias; pero cada instante venia preñado de esperanza, y todos ignoraban lo que el siguiente sol pudiera traer consigo.

Por fin, enviáronse al interior del país dos agentes con la mira de hacer descubrimientos; y Colon se aprovechó de esta circunstancia para carenar sus bajeles. Cerca del tiempo en que se esperaba la vuelta de la misión, salió Don Luis con una partida de hombres armados con el objeto de encontrarse con ella, y Sancho fué uno de los de la escolta. Diéronse de cara con los embajadores en su regreso á un día de marcha de los buques, y viéronlos acompañados de algunos de los naturales del país, quienes proseguian con intensa curiosidad, esperando á cada paso ver á sus inesperados huéspedes remontar el vuelo hácia las regiones celestiales. Se hizo un corto alto á fin de que descansasen las partidas, luego que una y otra se juntaron, y Sancho, tan indiferente á todo peligro en la tierra como en la mar, se entró con pasos erguidos por un pueblecillo que es-

taba contiguo al lugar de reposo. Allí procuró hacerse amable en los ojos de los moradores, á fuerza de muecas y de otros signos, cual era preciso que lo procurase y consiguiese un hombre de su estraña apariencia. Figuró Sancho en aquella aldeilla, con iguales ventajas á las que logran haga papel en una reunion de campesinos un hombre grande recién llegado de la metrópoli; pues que los circunstantes no se hallan aun suficientemente ilustrados para distinguir entre el corté de un chaleco, y el modo de llevarlo, como entre un patan y un cortesano repulido. No habia estado muchos minutos dándose tono de aristócrata entre aquellos sencillos seres, cuando á estos les entró el deseo de tributarle alguna muestra de señalada distincion. Al instante, se presentó un hombre, que tenia en la mano un puñado de hojas secas y parduzcas, las cuales alargó al héroe improvisado, de un modo obsequioso y humilde; ni mas ni menos como un Turco le ofrecería sus confituras secas, ó un Americano un trozo de ojaldre. Iba Sancho á aceptar el presente, aun cuando hubiera con mucho preferido una dobla, de las cuales no habia vis-

to ninguna desde la última que el almirante le diera, cuando, adelantándose hacia el la mayor parte de los Cubanos con la mayor sumisión y con grande énfasis, les oyó pronunciar la palabra «tabaco, tabaco.» A esta insistencia, hizose atrás la persona que había proferido el presente, repitió el mismo vocablo con voz de apología, y púsose á labrar lo que, ahora era claro se denominaba «un tabaco», en la lengua de aquel país. Esta operación quedó hecha en un santi amén, con el solo esfuerzo de enrollar las ojas, dándoles la hechura de un toscó cigarro, y el tabaco, así manufacturado, fuéle ofrecido al marinero. Tomó el regalo Sancho, cabeceó condescendentemente, repitió la palabra con su propia boca del mejor modo que pudo, y metióse en la faltriquera el «tabaco.» Esta acción escitó sin duda alguna sorpresa entre los espectadores; mas despues de una ligera consulta, uno de ellos encendió por uno de sus cabos un pequeño rolo de hojas, aplicó á sus labios la otra estremidad, y comenzó á bufar grandes volúmenes de humo, ligero y oloroso, no solamente á su propio é infinito deleite, sino al parecer, al de cuantos le rodeaban.

Aprestóse á imitarle el buen Sancho; resultando de su prueba lo que acontece á todo vi-
soño en este egercicio, que tuvo que volverse
tambaleando á su partida, con el lánguido aspec-
to de un mascarador de opio, y con unas náuseas
que no habia experimentado jamás desde el dia
en que primero se aventuró á salir mas allá de
la barra de Saltes, con el objeto de esponerse
sobre la turbulenta superficie del Atlántico.

Esta pequeña escena puede considerarse co-
mo la introduccion del bien conocido yerba-
jo americano en la sociedad civilizada; mien-
tras por una falta de inteligencia en la verda-
dera acepcion del vocablo, transfirieron los
Españoles el nombre del rolluelo á la planta mis-
ma. Asi Sancho; de la compuerta del dique,
fué el primer fumador de tabaco en el orbe cris-
tiano, en cuya adquisicion le rivalizaron algu-
nos de los hombres mas grandes de su tiem-
po, y cuya costumbre la hallamos tan esten-
dida en nuestra propia época.

Luego que regresaron sus agentes, volvió
á darse á la vela Colon, empujando su cami-
no á lo largo de las playas septentrionales de
Cuba. Mientras bregaba en contra de los ali-

sios, con el objeto de llegar al este, halló el viento demasiado recio, y resolvióse á entrar de arribada en una bahia, favorita suya y en un punto de la costa, al que diera el nombre de «el Puerto del Príncipe.» Con este objeto hizo señales para que derribase la Pinta, cuyo bajel se hallaba muy léjos á barlovento; y como cerrase la noche, sacáronse luces á fin de que Martin Alonso pudiera seguir las aguas de su almirante. Por la mañana siguiente, al romper el dia, cuando subió Colon sobre cubierta, miró en torno de sí, y vió que la Niña venia por la popa con rizos recogidos; pero no habia la señal mas leve de la otra caravela.

—¿Nadie ha visto la Pinta? preguntó con premura el almirante á Sancho, que estaba en el timon.

—Si señor, viéndola estuve todo el tiempo que ojos de hombre pudieran divisar un buque, haciendo fuerza de velas para quitarse de la vista. El Maese Martin Alonso ha desaparecido por la banda del este, mientras estábamos en facha con el objeto de aguardarle.

Conoció ahora Colon que se le habia desertado el hombre mismo que tanto celo mani-

festará alguna vez en su pró, y que acababa de dar una nueva prueba del modo con que la amistad se desvanece á la faz del interés y de la codicia. Habianse cundido entre los aventureros muchos rumores acerca de la existencia de minas de oro, deducidos de las descripciones de los naturales; y no dudaba el almirante que su insubordinado seguidor se hubiese aprovechado de la superioridad de marcha facilitádole por su buque, á fin de ganar el viento, para ser el primero que llegase á El Dorado de sus ilusiones. Sin embargo, como el temporal continuase impróspero todavía, tuvieron que meterse en puerto; la Santa Maria y la Niña, para aguardar en él una próspera mudanza. Tuvo lugar esta separacion, el dia 21 de Noviembre, en cuya época no se habia adelantado la expedicion mas allá de las costas septentrionales de la isla de Cuba.

Desde esa fecha hasta el seis del mes próximo, continuó Colón su exámen de aquella noble isla; atravesando lo que hoy se llama «el pasage á sotavento,» y tocó por primera vez en las costas de Huiti. Todo este tiempo habia habido con los aborígenes toda la posi-

ble comunicacion; pues que los Españoles se grangeaban amigos donde quiera que iban, á consecuencia de las prudentes y humanas medidas que el almirante tomára. Verdad es que desde luego hubo actos de violencia, en algunos casos; pues que se apoderaron de las personas de media docena de individuos, con la mira de llevarlos á España como ofrenda á la reina Isabel; pero esta tropelia se conciliaba fácilmente con los usos de aquel siglo, asi como por causa de la deferencia que se tributaba á la autoridad régia, y tambien por la idea de que aquellas capturas resultarian en beneficio de las almas de los capturados.

Deleitó mucho mas á los aventureros el silvestre aunque precioso aspecto de Haiti, que el paisaje mas risueño de la vecina isla de Cuba. Hallaron á los habitantes bien parecidos y mas civilizados que cuantos habian visto hasta entónces, al paso que tenian la misma docilidad y mansedumbre que tanto complacian al almirante. Tambien se descubrió entre ellos oro en cantidades abundosas; y los Españoles emprendieron un tráfico de alguna consideracion, en el cual el acostumbrado objeto del hombre

culto constituia la grande mira por una parte, y los cascabeles, segun parece, todo el anhelo por la otra.

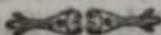
De este modo, y en hacer viages azarosos por la costa, ocupóse el almirante hasta el dia 20 del mes, cuando llegó á una punta que segun se decia, estaba contiguo, á la residencia del gran Cacique de aquella parte de la isla. Este príncipe, cuyo nombre, segun la ortografia española era Guacanagari, tenia muchos caciques tributarios, y se coligió de la medio inteligible descripcion que de él daban sus súbditos, que era un monarca muy amado. El dia 22, cuando aun estaban surtos los bajeles en la bahia de Acul, donde habian echado anclas cuarenta y ocho horas antes, se vió entrar en el puerto una grande canoa. Pronto despues se anunció al almirante que venia en ella un embajador del Gran Cacique, quien traia presentes de su señor, con la súplica de que los barcos anduviesen una ó dos leguas mas al este y anclasen enfrente de la ciudad donde el príncipe mismo residia. Como impidiese el viento que se obedeciera inmediatamente el deseo, despachóse un mensajero con una respuesta

correspondiente, y con él se volvió el embajador. Fatigado de ocio, y deseoso de explorar algo más de las partes internas de la comarca, al paso que impelido por su amor constitucional á las aventuras, Luis, quien habia hilvanado una presurosa amistad con un jóven isleño nombrado Mattinao, de la comitiva del embajador, pidió permiso para acompañarle, y tomó pasage en la canoa. Dió Colon la venia á su solicitud con mucha repugnancia, pues que el rango y carácter de nuestro héroe le inducia á ponerle á cubierto de cualquiera traicion y desgraciado accidente. Pudo más sin embargo por fin el genio impetuoso de don Luis, quien partió con muchos encargos de que fuese discreto, amonestándosele repetidas veces acerca de la censura que caería sobre el almirante, dado caso que alguna cosa sería le aconteciese. Por via de precaucion se mandó también que le acompañase Sancho Mundo en esta aventura caballeresca, y en la capacidad de su leal escudero.

Como que hasta entónces no se hubiese visto en manos de los salvages arma ninguna más dañina que una flecha de punta roma, desdeñó el condecito de Llera vestir su cota de malla,

y fué armado únicamente de su fiel tizona, cuyo temple se habia probado ya en mas de un corselete y yelmo moruno, en sus lides de á pié, y protegido por una sencillísima rodela. Pusiéronle en la mano un arcabuz, pero rehusólo el noble jóven, como arma poco digna de manos hidalgas, y que manifestaba recelos á que no era acreedora la conducta prévia de los naturales. Sancho, sin embargo, fué menos escrupuloso, y aceptó el arma. A fin empero de distraer la atencion de sus secuaces de una licencia que conocia el almirante era [una infraccion de sus propias y rigurosas leyes, Luis y su compañero se desembarcaron, y luego fueron á bordo de la canoa en un punto fuera de la vista de los bajeles, á fin de que su ausencia no fuese conocida. Debido es á esta circunstancia tambien como al misterio general que cobijaba las relaciones del jóven Grande con esta célebre espedicion, que el episodio que vamos á referir no se encuentre mencionado en el diario del almirante, y que por tanto se haya escapado de los ojos atisvadores de los varios analistas que subsiguientemente han recogido materiales tan interesantes de aquel documento, repleto de sustanciosa instruccion.

CAPITULO II.



Eres pimpollo animado
En aire puro nacido,
Por la fantasia creado;
Y tu perfume has vertido
En dulce cielo dorado.

SUTERMEISTER.



PESAR de su valentia caracteristica, y de una indiferencia al peligro, que casi podia traducirse insensibilidad, no se halló don Luis á solas con los Haitianos, sin experimentar, cuando ménos, una viva consciencia de la novedad de

su situación. Todavía, sin embargo, nada ocurriera que pudiese escitar la desazon, y él prosiguió sus imperfectas comunicaciones con sus nuevos amigos, insinuando á Sancho alguna vez que otra alguna indirecta en Castellano, y el honrado timonel, que solo necesitaba le sonsacasen, daba contestaciones que le hacian hablar horas enteras. En vez de seguir las aguas del lanchon perteneciente á la Santa Maria, á cuyo bordo iba el embajador, derribó la canoa algunas leguas mas al este, pues que se habia convenido en que Don Luis no se presentaria en la villa de Guacanagari, hasta que no llegasen á ella los buques; entónces deberia juntarse con sus camaradas, de escurridilla, ó de manera que no llamase la atencion.

No hubiera sido nuestro héroe un verdadero amante; si hubiese quedado insensible á las glorias del escenario natural, que delante de sus ojos se desarrollaba al costear las playas de Española. Lo atrevido del paisaje, igual al que presenta el Mediterráneo, se veia suavizado por la blandura de una latitud tan baja, que ciñe las rocas y los promontorios con un hechizo análogo al que presta á la belleza femenil la sonrisa de la

benevolencia. Mas de una vez prorrumpió en exclamaciones de delicia, y otras tantas correspondióle Sancho en el mismo temple, sinó exactamente en el mismo language, pues que el burdo marino creía que era parte de su deber náutico hacer eco á quanto el jóven noble decia en su poético entusiasmo.

—Supongo, señor conde, observó el chuseo gaviero, luego que llegaron á un punto muchas leguas distante de aquel, á donde habia atracado el lanchon del navio.—Supongo, señor conde, que usencia sabrá perfectamente hácia donde van chapaleteando estos descamisados caballeros. Parece que tienen mucha prisa, y husman en las mientes algun puerto, aunque no esté precisamente á su vista.

—¿Estás receloso de algo, buen Sancho, que haces esa pregunta con tal desasosiego?

—Si lo estoy, Don Luis, es enteramente por causa de la noble familia de los Bobadillas, que perderia su dignísima cabeza, siempre que algun percance aconteciese á useñoria. ¿Qué le importa al mundo que un tal Sancho, el de la compuerta del dique, se case en Cipango con alguna princesa, y logre que el Gran

Khan le declare por hijo adoptivo, ó que se quede siendo un marinero liso y pelado de la matrícula de Moguer? Es tan indiferente eso como si cualquiera le diese á escoger entre llevar una almilla de ante y comer ajos puerros, ó andar por el mundo como su madre le parió, llenando la panza con frutas maduras. Estoy seguro, señor, de que no trocariais el castillo de Llera, por el palacio de este poderoso Cacique!

—No vas errado, Sancho; hasta el rango que uno ocupa debe depender del estado de sociedad en que uno vive. Un hidalgo de Castilla no tiene motivo de envidiar á un monarca de Haití.

—Y mas especialmente, desde que mi amo el señor don almirante ha proclamado al público que nuestra augusta soberana Doña Isabela, de aquí en adelante y para siempre, ha de ser reina y señora, de estos andurriales devolvió Sancho, con una guiñada chusquisima. Poco entienden estas dignas gentes de la honra que reservada les está, y ménos que los otros, su alteza el rey Guacanageri.

—Sancho, chiton! conserva guardadas en tu propio pecho unas intimaciones tan desagrada-

bles. Nuestros amigos hacen sesgar la proa de su cachivache hácia la embocadura de ese rio, y parece que tratan de que desembarquemos.

Mientras así hablaba Sancho, habian costeado los Indios hasta la distancia que intentaban, y se dirigian hácia la entrada de un riachuelo, el cual, brotando entre las nobles montañas que se agrupaban tierra adentro, se deslizaba en busca del océano á través de un risueño valle. La rivera nada tenia de ancha ni de profunda; pero su agua era mas que suficiente para que en ella flotasen las canoas de que los naturales se servian. Orlaban sus márgenes hileras de arbustos; y al subir por su cauce, presentóse á Luis un medio centenar de vistas hechiceras, donde pensó el mancebo se contentaria vivir todo el tiempo que de existencia le quedase, toda vez, siempre, que las adornára aun mas la presencia de su Mercedes. Apenas necesitamos añadir que, en todas aquellas escenas, se figuraba que veia al idolo de su adoracion ataviada con los terciopelos y blondas, gala entónces de las damas de escelsa alcurnia, y que columbraba las nativas gracias de la virgen castellana, embellecidas con

la soltura, que dan las cortes, y con las pulidas cualidades accesorias, dote precisa de una noble doncella, que vivia el dia entero, por no decir todos los momentos de él, en la presencia de su régia señora.

Quando la canoa dejó á espaldas la costa, en virtud de navegar entre las dos puntas que formaban la embocadura del riachuelo, señaló Sancho al conde una flotilla de canoas, que bajaba del este con viento en popa, en rumbo, y segun todas apariencias como otras muchas que el dia anterior encontráran, hácia la bahia de Acul, con el objeto de hacer una visita á aquellos maravillosos extranjeros. Tambien los Indios, que iban en la canoa, divisaron la escuadrilla que navegaba á favor de sus velas de algodón, y por sus sonrisas y señas dieron á entender que la suponian dirigirse al mismo destino. A la sazón, tambien, ó precisamente al entrar en la embocadura de la rivera, sacó Mattinao de debajo de un manto de algodón, con que de cuando en cuando se cubria, un delgado aro de purísimo oro, que se puso en la cabeza, á manera de corona. Por este signo conoció Don Luis que era un cacique, uno

de los tributarios de Guacanagarí, y se levantó para hacerle acatamiento, al advertir esta evidencia de su rango; accion que fué tambien imitada por todos los Haitianos que iban en la canoa. En virtud de esta asuncion de gerarquia, imaginóse juiciosamente Don Luis que habia entrado ahora Mattinao dentro de los limites de un territorio que reconociera su poderio. Desde el momento que deshechó su incógnito el jóven cacique, dejó de remar, y afectando un aire de autoridad y de altiveza, se puso á hablar con su huésped en el mejor modo que se lo permitian sus imperfectos medios de comunicacion. Pronunciaba con frecuencia la palabra Ozema, é infirió Luis, por la manera con que la proferia, que era aquel el nombre de alguna esposa favorita; pues que los Españoles ya habian averiguado, ó á lo menos creido que lo habian, que los caciques se adonaban á la poligamia, al paso que con el mayor rigor obligaban á sus súbditos á contentarse con una sola muger cada uno.

Subió la canoa rio arriba, hasta que llegó á uno de aquellos valles trópicos, en los cuales la naturaleza parece haber agotado todos

sus medios de hacer de la tierra un paraíso. Al paso que el panorama participaba mucho de los rasgos silvestres del yermo, la presencia del hombre, durante algunos siglos, lo había desnudado de todos sus rasgos más salvajes y rudos. Semejante á los seres que la habitaban, poseía aquella comarca la perfección de la gracia nativa, sin que la aherrojase ni invadiese ingenio ninguno, de cuantos elabora en sus cálculos más pulidos el humano espediente. Las habitaciones no carecían de hermosura, aunque eran tan sencillas como las necesidades de sus dueños; en medio del invierno engalanaban los campos flores mil, y las ramas generosas de los árboles gemían aun sólo el peso de sus frutas alimenticias y palatables.

Mattinao fue recibido por su pueblo con una ansiosa curiosidad, mezclada de un respeto profundo. Sus benignos súbitos rodearon en turbas á Don Luis y á Sancho, con aquella especie de maravilla con que los hombres civilizados mirarian á un par de profetas antiguos, si les fuese dable volver á la tierra, revestidos nuevamente de carne humana. Habían sabido la llegada de los bajeles; mas no por

eso dejaban de considerar menos á sus huéspedes como visitantes provenientes del Cielo. Tal vez esta no seria la opinion de los mas elevados en rango, pues, aun en el estado salvaje, el alma del vulgo está muy distante de ser igual á la de los privilegiados pocos. Sea que se debiera á la mayor flexibilidad de su carácter y á los modales que mas fácilmente se adaptaban á las nociones incultas de los Indios, ó tal vez á su instinto de conveniencia, no tardó Sancho en hacerse el favorito de la muchedumbre, dejando al conde de Llera mas especialmente al cuidado de Mattinao, y de los hombres principales de su tribu. Debido á estas circunstancias, pronto fueron separados los dos Españoles; habiendo *los muchos* llevádose á Sancho á una especie de plaza en medio de la poblacion, mientras Don Luis se quedó en la morada del Cacique. Apenas se halló Mattinao en compañía de nuestro héroe, y de los de sus gefes de mas confianza, comenzó á repetirse con ahinco entre los Indios el nombre de «Ozema.» Siguióse una conversacion muy rápida, se despachó un mensajero, sin que supiera Luis adonde ni para qué, y en seguida se despidie-

ron los caudillos dejando al noble castellano á solas con el cacique. Deponiendo su coronete de oro y arropándose con un manto de algodón, hizo Mattinao señas á su compañero para que le siguiera, y se salió del edificio. Echándose á la espalda la rodela, y arreglándose la correa de la espada de modo que esta no le estorbaba para caminar, obedeció Luis con tanta confianza como hubiera seguido á un amigo por las calles de Sevilla.

Guióle Mattinao á través de un yermo de perfumes, donde las plantas de los trópicos desarrollaban lujosas sus follages, debajo de los árboles cargados de nectáreas frutas; y siguieron una senda que se prolongaba á las márgenes de un torrente, el cual, precipitándose por un quebrajo, vertía sus aguas en el rio que manaba inferior. La distancia que transcurrieron á podria calcularse en media milla. Allí llegaron á un grupo de rústicas habitaciones que formaban un lindísimo terrado en el declive de un alcozer, desde donde se veía la poblacion situada en las orillas del rio, y se mandaba una vista del distante océano. Advirtió Luis á la primera mirada que aquel dulce retiro estaba

consagrado á los usos del sexo hermoso, y no dudó que formase uua especie de serrallo, con destino á las mugeres del jóven cacique. Entraronle en uno de los edificios principales, donde volvieron á ofrecerle las viandas sencillas aunque agradables, que servian de refrigerio á los Indios.

Las relaciones de un mes no habian sido bastante para que las partes estuvieran ya al corriente de sus diversos idiomas. Los Españoles habian aprendido unas pocas palabras, se entien de las más comunes, de los Indios, y quizas Luis fuese uno de los que con mayor prontitud las retuvieran; sin embargo, es muy probable que con frecuencia equivocase su significado mas bien que acertára su acepcion, aun cuando mayor confianza tuviese en su retentiva. Pero el language de la amistad no se equivoca tan fácilmente, y no habia tenido motivo nuestro héroe para dar cabida al mas ligero sentimiento de desconfianza desde el instante en que se separó de los bajeles hasta la época actual.

Mattinao despachó un mensagero á un chozo contiguo, cuando entró en aquel donde ahora

descansaba Don Luis, y luego que hubo dado suficiente tiempo á su amigo para que se refrescase, levantóse el cacique, y por medio de un ademán muy cortés, y cual hubiera hecho honor á un maestro de ceremonias en la corte de Isabela, volvió á invitar al jóven conde á que siguiese sus pasos. Anduvieron por el terrado hasta llegar á un edificio de mayores dimensiones que los ordinarios, y que evidentemente contenia varias subdivisiones, y se introdugeron en una especie de antesala. Allí permanecieron algo menos de un minuto; el cacique, despues de haber hablado cuatro palabras con una muger, descorrió una cortina industriosamente labrada de yerba de la mar, y condujo á su amigo á un aposento interior. Una sola persona habia en él, cuyo carácter creyó Don Luis que se le anunció suficientemente por el uso de la simple palabra «Ozema» que pronunció el cacique al entrar en un tono sumiso y afectuoso. Acató Luis con una profunda reverencia aquella deidad indiana, y con tanta cortesía como si hubiese sido una damisela española de altísimo abolengo; luego, al enderezar el combado espinazo, fijó una larga y

firme mirada de admiracion en el rostro de la curiosa y medio asustada jóven que en su presencia estaba, y exclamó en aquellos tonos, que tan solamente indican sorpresa, asombro y arrebatado mezclados de consuno:—Mercedes!

El jóven cacique repitió esta palabra del mejor modo que pudo, equivocándolo evidentemente por algun término español, espresivo de admiracion y de deleite; mientras la trémula criatura hizose atras un paso, ruborizóse, echóse á reir, y balbució con voz melodiosa y baja; «Mercedes;» asi como los inocentes toman en la idea y repiten alguno de los causantes de sus irreflexivos placeres. Luego paróse á pié firme con los brazos cruzados mansamente sobre su seno, y asemejándose en todo á una lindisima estatua que representase el pasmo. Pero será necesario explicar la razon porqué, en un momento tan preciso, la lengua y las ideas de Don Luis se habian transferido de súbito á su enamorada la doncella de Valverde. A fin de verificarlo, intentaremos primero una corta descripcion de la persona y apariencia de Ozema, como en efecto se llamaba aquella belleza de las Indias.

Todas las relaciones convienen en describir á los aborígenes de las Indias occidentales, como singularmente bien formados, y con mucha gracia en sus movimientos; lo que causaba suma admiracion á los aventureros. Su color no era desagradable, y los habitantes de Haiti, en particular, se dice que eran poco mas morenos que los Españoles mismos. Los que se hallaban poco espuestos al tórrido sol de aquel clima, y que por costumbre tenian sus albergues bajo la sombra de los frondosos bosques, ó vegetaban en el retiro de sus hogares, asi como las personas que en la Europa siguen iguales costumbres, pudieran comparativamente llamarse, blancos. Asi en efecto acontecia á Ozema, la cual, en vez de ser la esposa ó concubina del jóven Cacique, era su única hermana. Segun las leyes de Haiti, transmitíase por conducto de las hembras la autoridad incumbente á los caciques, y considerábase al hijo que, corriendo el tiempo pudiera proceder de Ozema, como heredero de su tio. Debido á este hecho, y á la circunstancia de que la línea régia, si término tan altivo puede aplicarse á un estado de sociedad tan rudo, se hallaba reducida á estos dos individuos.

Ozema habia oido, mas de lo que era costumbre, reverenciada por la tribu, que apartaba de ella toda faena, y la eximia de trabajos y padecimientos tanto como lo permitiera la ruda condicion de sus súbditos. Ella habia llegado á los diez y ocho años de su edad, sin experimentar ninguna de aquellas esposiciones ni zozobras que son mas ó menos las compañeras inevitables de la vida salvage, aunque ya habian notado los Españoles que cuantos Indios hasta entónces vieran, se hallaban exentos, al parecer, mas de lo que es costumbre, de los males de esta naturaleza. Esta exencion la debian á la generosa calidad del suelo, al almo calor del clima, y á la salubridad de los aires. En una palabra, poseia Ozema en su persona, precisamente, aquellas ventajas que la libertad sin restriccion, las gracias incongénitas, y el lujo de la silvestre naturaleza, pudieran suponerse prestar á la forma femeníl, los privilegios de un blando clima, de alimentos saludables y sencillos, y de una exencion de la intemperie, de los cuidados y del trabajo. Difícil no seria imaginarnos que fuese Eva una criatura tal, cuando primero se le apareció á nuestro

primer padre, acabada de salir de las manos amoldadoras de su Creador divino, modesta, inocente, tímida y perfecta.

Usaban los Haitianos un traje poco abrumador, aunque el presentarse con el vestido que natura les regalara, no era inconsistente con sus ideas de pulcritud. Sin embargo, pocos sugetos de distinguido rango solian verse despojados de toda pretension á la vestidura, la que mas bien usaban por via de ornato, que como una necesidad adoptada por el uso ó por el abrigo. Ozema misma no formaba escepcion á la regla general. Un tonelete de paño indio, tegido de colores vistosos, ceñiale la delicada cintura, y le caia hasta las rodillas; un manto de algodón sin tacha, de burda manufactura aunque mas blanco que los copos de la nieve, y de un tegido tan fino que pudiera avergonzar á muchos fabricantes de nuestros propios dias, le cruzaba por uno de los hombros, á manera de banda, y se enlazaba por el lado opuesto, con un suelto dobléz, y cayendo en ondas casi hasta el suelo. Unas sandalias, de mucha ingeniosidad y hermosura protegian las plantas de unos pies, que una rei-

na de Europa pudiera haber envidiado; y una lámina de oro puro, trabajado toscamente, le colgaba del cuello, y pendía de una sarta de pequeñas conchas, de refulgentes colores. Unos preciosos brazaletes, hechos de las mismas, ceñían sus torneadas muñecas, y unas delicadas abrazaderas de oro rodeaban las cañas de sus piernas, que eran de hechura tan perfectas como las de la Venus Napolitana. En aquella region, la belleza del cabello se consideraba como un testimonio de escelsa cuna, con mayor razon que muchos se imaginan que, en la vida civilizada, la demuestran los pies y las manos. Como que el rango y poderio habian pasado de hembra á hembra en su familia, durante siglos sin cuento, los cabellos de Ozema eran sedosos, suaves, undulantes, lujosos y negros como el azabache. Cubrianle los hombros, cual manto glorioso, y le caian hasta la jareta de su sencillísimo tonelete. Tan liviano y suave era este velo natural, que los cabos de él flotaban en la dulce corriente de aire que respiraba mas bien que corría á través de la habitacion.

Aunque esta extraordinaria criatura era la

muestra mas amable de la juventud femenil, que el noble castellano hubiese visto hasta entonces entre las silvestres haldades de aquellas islas, no fué tanto lo que le sorprendieron sus graciosas y bien torneadas formas, ni aun los encantos de su rostro y fisonomia, como una semejanza decidida y accidental con la divina jóven que en España dejara, y que habia sido por tanto tiempo el idolo de su corazon. Esta semejanza fué lo único que le hizo proferir el nombre de su amada, segun mas arriba dijimos. Si hubiera sido posible poner á la una junto á la otra, habria sido fácil descubrir muchos puntos de diferencia muy notable entre ambas, sin quedar reducido el espectador á comparar la espresion intelectual y pensativa de nuestra doncella castellana con el maravillado vacilante, y medio sobrecogido mirar de Ozema; sin embargo era tan fuerte la semejanza general, que nadie, que familiaridad tuviese con la cara de la una, pudiera dejar de hallarla impresa en la cara de la otra. Juntas las dos, se hubiera descubierto que el rostro de Mercedes llevaba ventaja respecto á delicadeza y finura, que eran mas no-

bles sus facciones y su frente; que á sus ojos iluminaba mas la inteligencia anidada en su interior; que era mas radiante su sonrisa en virtud de los pensamientos y sensaciones de la muger ilustrada; que su rubor era mas sensitivo, y daba á traslucirse á mayor grado la consciencia de los hábitos convencionales, y que su espresion estaba en lo general cultivada hasta un punto superior, que aquel adonde habian podido llegar los sencillos impulsos y limitadas ideas de la jóven Haitiana. Sin embargo, respecto á la mera juventud, tintes y contornos, apenas se hacia perceptible la disparidad, al paso que sorprendiera la similitud; y por lo que tañe á la animacion, á la franqueza nativa, á la ingenuidad y á todos aquellos hechizos que dan á la muger los sentimientos ardientes y sin disfraz, muchos hubieran preferido el confiante *abandono* de la hermosa virgen de las Indias, á la reserva mas adiestrada y altiva de la heredera castellana. Lo que en esta última pudiera atribuirse á un entusiasmo enérgico, sublime, natural, aunque religioso, era en la otra el simple reboce de unos impulsos sin restrictura, los cuales, aun-

que femeniles en su origen, era muy poco arreglados en su indulgencia.

—Mercedes! exclamó nuestro héroe, luego que esta vision de amabilidad indiana se presentó súbita delante de sus ojos—«Mercedes!» repitió Mattinao; «Mercedes!» balbució Oze-
ma, dando atras un paso, ruborizándose, riéndose, tornando en pos á rehacer su inocente confianza; al proferir repetidas veces la palabra misma, que ella equivocára tambien por un vocablo espresivo de admiracion, en voz melodiosa y sumisa.

Como que un coloquio estaba fuera del caso, solo quedó á los presentes el recurso de espresar sus sentimientos por medio de signos. No habia ido Luis á la expedicion sin proveerse de regalos. Anticipando una entrevista con la muger del Cacique, se habia traído de la nave varios objetos que supuso agradarian á su ruda imaginacion. Pero al momento de ver á la jóven hermosa que ante sus ojos se presentára, todas aquellas dádivas le parecieron indignas de un ser tan precioso. En una de sus correrias contra el Moro, habia despojado á un adalid alarbe de un turbante for-

mado de rico y ligerísimo paño, el que conservára como trofeo, y con el cual solía cobijarse, por puro capricho, cuando bajaba á tierra; pues lo consideraba como un ornamento que pudiese imponer respeto á aquellos sencillos naturales. Estas fruslerías no llamaban la atención de nadie, porque los hombres de mar suelen tener mil caprichos de este jaez, cuando se hallan lejos de aquellos á quienes estan habitualmente subordinados. Llevaba nuestro jóven puesto en la cabeza el turbante, al momento de entrar en la habitacion de Ozema, y abrumado con el deleite de encontrar una semejanza tan inesperada, al paso que es citado posiblemente por una exhibicion tan imprecavida de semenil amabilidad, desarrollólo con galanteria, estendió los dobleces del rico paño, y púsosele en los hombros de la encantadora Ozema, cual si fuese un manto.

La espresion de gratitud y deleite que hizo ver aquella jóven inculta, fué ardorosa, sincera y sin disfraz. Dejó ella caer al suelo el luminoso ropon, repitió la palabra «Mercedes» una vez y otra, descubriendo su placer con toda la ardencia de una naturaleza ingénuo y generoso.

Si dijésemos que esta manifestacion de Ozema estuvo exenta completamente del arrebatado pueril, que quizas fuese cualidad inseparable de su ignorancia, equivaldria á atribuir á la tenebrosa condicion de sus mientes la esperiencia y sensaciones arregladas que son efecto de la civilizacion en sus mayores progresos; pero, no obstante la inartificiosa simplicidad con que diera á entender sus emociones, no careció su deleite de mucha parte de aquella dignidad y altivez que señalan por lo comun en el mundo la conducta de las clases superiores. Esta comportacion fué juzgada por Luis tan graciosa como sencilla y hechicera. Procuró traer á su fantasia el modo con que la señorita de Valverde pudiera aceptar un regalo de piedras preciosas que le hiciera con sus propias y lindas manos la reina Doña Isabel, y hasta lo creyó muy posible que la gracia sin estudio de Ozema, no le iria en zaga á la que seria indicio del suave respeto, mezclado con el agradecido placer, que Mercedes no dejaria de exhibir.

Mientras atravesaban su fantasia ideas semejantes, despojóse la muchacha india de su

propio y hechicero manto, sin ademan ninguno de rubor; y en seguida envolvió sus impecables formas en el paño del turbante. Apenas fué hecho esto, cuando con una gracia y libertad peculiares á su ánima irrestricta, quitóse del cuello el collar de conchas, y adelantándose un paso hácia nuestro héroe, alargóle con su mano la dádiva, mientras su cara medio vuelta á un lado y sus ojos risueños y deseosos dijeron mas de lo que la lengua expresar pudiera. Aceptó Luis el obsequio con el correspondiente ahinco, y no se abstuvo de usar la galanteria castellana de imprimir un beso en la dulce mano que le ofrecia aquel juguete.

El cacique, quien habia sido un agrado espectador de cuanto pasaba, hizo señas al conde para que le siguiese, y le condujo á otro edificio. Allí fué presentado Don Luis á otras jóvenes, que estaban acompañadas de dos ó tres chiquillos; y no tardó en comprehender que eran las mugeres é hijos de Mattinao. A fuerza de gestos, de unas cuantas palabras, y de los demas arbitrios de explicacion á que acudian los Españoles y los Indios, consiguió el

de Llera enterarse de la afinidad que existía entre Ozema y el cacique. Esperimentó nuestro héroe cierta sensación muy parecida á la del gozo, cuando descubrió que la beldad india no estaba casada, y allá su conciencia tuvo que atribuir el sentimiento—tal vez con justicia—á una especie de *sensitividad* celosa que nacía de su semejanza con Mercedes.

Lo restante de aquel día, así como los tres que le siguieron, pasólos Luis con su amigo el cacique en esta favorita y sagrada residencia del último mencionado. Por consiguiente, era nuestro héroe, si alguna cosa, un sujeto de mayor interés para todos sus patronos que ellos pudieran serlo para él. Tomábanse con su persona mil libertades inocentes: le examinaban los vestidos y adornos que le cubrían, sin dejar de hacer un cotejo entre la blancura de su cutis y la tez más rojiza del de Matinao. En estas ocasiones era Ozema la más reservada y esquiva, aunque sus miradas seguían todos los movimientos del extranjero, y su complacido semblante denotaba el interés por cuanto le concerniera. Durante las horas seguidas, estaba reclinado Luis en olorosas y blandas

esteras, cabe aquella criatura amable y sin artificio, estudiando la caprichosa expresion de sus facciones, embobado con la esperanza de descubrir similitudes mas pronunciadas entre ella y Mercedes, mientras á veces se perdía en lo que solo á la jóven india perteneciera. En el discurso de tiempo, que pasó bajo aquellas hospitalarias techumbres, esforzóse el conde en obtener algunos informes útiles acerca de la isla; y fuese debido al rango superior de la bella hermana del cacique, á su natural elevacion de alma, ó al encanto de sus maneras, imaginóse bien pronto que conseguia hacerle comprender sus ideas y esplicaciones mucho mejor que lo verificaban las mugeres de Mattinao ó el cacique mismo. Asi es que á Ozema dirigia Don Luis casi todas sus preguntas; y antes que el dia hubiese espirado, esta despejada y atenta doncella habia hecho mayores progresos en abrir una comunicacion inteligente entre el aventurero y sus propios paisanos, que hubo podido conseguirse durante los dos meses anteriores. Aprendia las voces españolas con una prontitud que parecia instintiva, y las pronunciaba con un acento tan gracioso que las

hacia mas bonitas y blandas para el oido.

Luis de Bobadilla era precisamente un católico tan bueno, como una rigida educacion, una vida vagamunda, y los usos del campamento pudieran hacer á un jóven de su temperatura y rango. Sin embargo, era aquel un siglo en que la mayor parte de los seglares tenían una profunda reverencia para con la religion, sin meternos ahora en si se sometian ó no de todas veras á su purificante influjo. Si existian hombres desprecupados, era preciso irlos á buscar entre los que pasaban la vida en el retiro de sus gabinetes, ó tal vez se encontrarian entre los eclesiásticos mismos; algunos de los cuales se calaban la capucha solo con el fin de ocultar su infidelidad. Tambien su intimo trato con Colon habia contribuido á fortalecer la tendencia de nuestro héroe á creer en la constante supervision de la Providencia; y experimentaba ahora una fuerte inclinacion á imaginarse que la facilidad extraordinaria que advertia en Ozema de adquirir el conocimiento de un idioma extraño, era una de sus semi-milagrosas provisiones, hechas con el objeto de adelantar la introduccion del culto de

la cruz en aquellos países. Con frecuencia se jactó el joven entusiasta, mientras sentado miraba á los ojos brilladores aunque blandos de aquella inculta virgen, y escuchaba sus vehementes esfuerzos para hacerle comprender la intencion de sus palabras, que iba á ser el un instrumento que produgese un beneficio tan grande, por la mediacion de un agente tan florido y encantador. Tambien le habia aleccionado el almirante sobre la importancia de averiguar, si fuese posible, la posicion de las minas, y ya Don Luis consiguiera hacer que Oze-
ma comprendiese sus preguntas sobre un asunto que era el *tu autem* de la mayor parte de los aventureros. Sobre estas materias fueron menos inteligibles las respuestas de la India; pero Luis creyó que jamas podian ser suficientemente categóricas, lisonjeándose mientras que solo trabajaba por satisfacer los deseos de Colon.

El dia despues de su llegada, obsequiaron á nuestro héroe con el espectáculo de algunos juegos á estilo del pais. Estos se han descrito ya tantas veces que no es necesario repetirlos en este lugar; pero en todos sus movimien-

tos y egercicios, los cuales eran de la tendencia mas pacífica, la jóven princesa se hizo notable por su gracia y habilidad. Tambien obligaron á Don Luis á hacer muestra de su destreza, y siendo el mancebo tan atlético como activo, le fuó fácil ganar la palma basta de su amigo Mattinao. El jóven cacique no manifestó celos ni disgusto á las resultas, mientras su hermana se reia y palmoteaba de puro gozo, al verle sucumbir, hasta en sus propios juegos, ante la mayor fuerza y mas robustos brios de su hermoso huésped. Mas de una vez pareció que las mugeres de Mattinao proferian blandos reproches á estos arrebatos de sentimiento; pero Ozema les contestaba con sonrisas y suaves réplicas, mientras Luis, en aquellos instantes la creia mas bella aun de lo que su imaginacion retratarla pudiera, y talvez con toda justicia, porque tenia las mejillas cubiertas de resplandeciente rubor, y centelleábanle los ojos cual si fuesen sus niñas dos gruesas cuentas de abrillantado azabache, y los dientes que se hacian visibles entre aquellos labios de cereza, parecian dos hileras de pulido marfil. Hemos dicho que los ojos de Ozema eran

negros, diferenciándose en este particular de los rasgados, melancólicos y cerúleos orbes que vertían su dulce luz en el rostro de la entusiástica Mercedes; pero sin embargo de esto eran parecidos los unos á los otros, pues que tan amenudo espresaban los mismos sentimientos, mas particularmente respecto á las materias en que Luis se hallaba concernido. Mas de una vez, durante la prueba de fuerzas, imaginára el jóven noble castellano que la espresion de arrobo, que sin disimulo danzaba en los ojos de Ozema, era el remedo de aquella arraigada delicia que tantas veces le habia iluminado con sus destellos, vertiéndose de los ojos de Mercedes, al presenciar sus triunfos en el torneo; y en semejantes ocasiones, se le ocurría que la similitud entre las dos era tan obvia, que casi las hacia idénticas, previa la correspondiente rebaja por la diferencia de traje y por otras particularidades de circunstancia precisa.

No ha de suponer por esto el lector que nuestro héroe fuese precisamente inconstante á sus antiguos amores. Léjos de tal cosa, Mercedes estaba demasiada atesorada dentro de su

corazon—y Luis con todos sus defectos era un hidalgo de corazon tan ardoroso y sincero como el mas estirado—para que fuese tan fácilmente destituida. Pero tenia pocos años, se hallaba á mucha distancia de la muger que por tan largo tiempo idolizára, y ademas, no era insensible, del todo, á una admiracion que con tanto hechizo como franqueza le daba á traslucir la virgen indiana. Si hubiese advertido en ella la mas leve mirada ladina, cualquiera prueba de que el artificio ó la astucia yacia en el fondo de la conducta de Ozema, á una vez se hubiera alarmado, y echo trizas las cadenas de su momentánea ilusion; pero, todo, por lo contrario, era tan franco y natural en la sencilla doncella, quien luego que manifestaba la parte que en sus pensamientos tenia su jóven huésped, lo verificaba con una simplicidad tan clara, con una sinceridad tan irrepresible, con una ingenuidad, por fin, tan obviamente fruto de su inocencia, que era imposible sospechar el mas leve artificio. En una palabra demostró tan solamente el conde de Llera que pertenecia al linage humano, al ceder hasta cierto punto á una fascinacion, que

bajo tales circunstancias hubiera hecho impresiones mas profundas en la fé hasta de otros hombres, cuya reputacion, en esto de estabilidad de propósito, estuviese mas sólidamente basada.

En las situaciones de tanta novedad, hu-ye el tiempo con rapidez, y Luis mismo se asombró, cuando, al mirar atras, se acordó de que habia pasado muchos dias en casa de Matinao, ó mas bien en lo que no impropia-mente pudiera denominarse el serrallo del cacique. Durante todo este tiempo tampoco se descuidáranlos Indios respecto á obsequiar á Sancho, el de la compuerta del dique. Habia sido el ilustre timonel un héroe, en su propio círculo, tambien como el jóven noble, al paso que ni en un ápice habia omitido el cumplimiento de su obligacion sobre el punto de hacer pesquisas en busca de oro. Aunque nó habia adquirido una sola palabra del idioma Haitense, ni enseñado una silaba del Español á ninguna de las campechanas ninfas que le rodeáran, consiguió adornar las personas de muchas de ellas con cascabeles, y condújose de modo que les sonsacára, en pago, toda cla-

se de joyuelas que se pareciesen en algo á ese metal precioso. Este trueque, sin duda, se haría con toda legalidad, pues que tuvo por base el favorito principio de los teoristas del comercio franco, quienes sostienen que el tráfico es un mero cambio de cosas equivalentes; y hacen la vista larga sobre todas las circunstancias adversas que pueden acontecer, en el preciso momento, para determinar la tarifa de los valores. Sancho tenia sus nociones de comercio, así como los filósofos de nuestra época; y como Don Luis y él se reuniesen de cuando en cuando durante su hospedage en la casa y aldea de Mattinao, confió el timonel á su noble amigo en una de estas entrevistas unas pocas de sus opiniones acerca de esta materia interesante.

—Advierto Sancho, que no te se ha olvidado la afición que tienes á las doblas, dijo riéndose Luis, mientras el marrajo gaviero le enseñaba el acopio de polvos de oro y de láminas del mismo metal que habia colegido.—Tienes tesoro abastanza en tu morral para acuñar una buena veintena de ellas, sin que le falte á ninguna los nobles bustos del rey nuestro señor y de su régia consorte.

—Doblad vuestro cálculo, señor conde; doblad la veintena, os digo, y todo á trueque de unos diez y siete cascabeles, que tan solo me costáran un puñado de maravedies. Por vida de la misa mayor! Este es un tráfico muy justo y concienzudo, cual conviene y es decoroso que lo hagamos nosotros los Cristianos viejos. Ahí veis á esos salvages; maldito si hacen mas caso del oro, que Useñoria de un Moro muerto, y por pura venganza tengo yo en igual baratura un cascabel. Por mucho que desprecien ellos, y háganlo del modo que mejor les cuadre, sus galas amarillas y sus polvillos rubios, me hallarán siempre igualmente dispuesto á deshacerme de los veinte cascabeles que me quedan de caudal. Regateen cuanto gusten, que yo les aseguro que han de hallarme tan listo, como ellos pueden estarlo, para trocar una cosa que nada vale con otra que vale ménos.

—Y es una partida honrada, Sancho, la de robar á un Indio su oro en cambio de una bagatela, que tan fácilmente se compra con una moneda de cobre vil. Acuérdate que eres Castellano, y en lo sucesivo dáles dos cascabeles en vez de uno solo.

—Jamás he olvidado mi cuna, señor conde, pues por feliz ventura la compuerta del dique de Moguer está en la madre España. ¿No ha de establecerse el valor de una cosa, por lo que haya de producir su venta en el mercado? preguntádselo á cualquiera de nuestros traficantes, y os dirán lo mismo que yo; esto está mas claro que el sol en los cielos. Cuando los Venecianos echaron el ancla delante de Candia, hallaron que los higos, las uvas y el vino griego, solo valian en aquella isla la pena de pedirlos, al paso que los productos que ellos llevaban á su bordo, procedentes de los países occidentales, se vendian á cualquier precio. Oh! nada hay mas óbvio que el hecho de que cada cosa tiene su valia, y que es un legalísimo tráfico el de dar un artículo de comercio, que en sí nada supone, á trueque de otro, que tiene el mismo intrínseco valor.

—Toda vez que se considere como accion honrada aprovecharse de la ignorancia agena, repúso Don Luis, quien miraba los asuntos comerciales con el verdadero desprecio de un noble, será justo engañar á los niños y á los idiotas.

—Dios me libre, y especialmente el glorioso San Andres, mi patrono bendito, de afirmar una cosa tan malvada! Los cascabeles, señor, son mas preciosos que el oro en Haiti, y habiendo tenido noticia de ello, no puedo hacer mas que sacrificarme, vendiéndolos por un puñado de basura. Bien veis que soy generoso en vez de avaro, pues que al fin este es un convenio entre los diversos estipulantes del negocio, quienes nos hallamos todos en la precitada insula, donde es preciso establecer la tarifa de los géneros de tráfico. Verdad es, que despues de esponerme á grandes riesgos por la mar, y de padecer mil privaciones, y sufrir inmensos trabajos y eventualidades, para llevar este oro á España, recogeré el fruto de mis riesgos, y sacaré asaz beneficio para ganarme un modo honrado de subsistir. Espero que Doña Isabela mirará con tanto interés por el bien estar de estos sus nuevos súbditos, que les prohiba mezclarse en todo negocio de navegacion—carrera por cierto de mucho trabajo y peligro, como Usia y yo sabemos demás.

—¿Y por qué motivo tienes tanto afan en anhelar esta gracia á favor de estos pobres is-

leños, y eso tambien, Sancho, á costa de tus propias costillas?

—Por una razon muy simple, señor, contestó el chusco con una ladina guiñada, solo con el objeto de que el tráfico no se desquibre, pues que el comercio debe de ser tan franco, y tan esento de trabas como posible sea. Ahora bien; si nosotros los Españoles venimos á Haiti, venderemos cada cascabel á onza de oro; por lo contrario, si obligamos á estos salvages á tomarse la molestia de pasar á España, una dobla de su oro les proporcionaria un par de almudes de cascabeles! No, señor, no; está muy bien arreglado esto como lo está; y ojalá que le caiga en suerte una doble racion de Purgatorio al hombre que desee ó intenté plantar obstáculos en la vía de un tege manege mercantil, tan bueno, tan honrado, tan libre y tan civilizador como este; he dicho.

Hallábase Sancho ocupado de esta suerte en la esplicacion de sus nociones acerca de la franquicia del comercio, gran misificacion de los filántropos de nuestros dias, cuando se levantò tal barahunda de gritos en la aldea de Mattinao, cual solo se oye en los momentos

de estremado apuro y de súbito terror. Tenia lugar el coloquio de los dos Españoles en un bosquecillo, que se hallaba á medio camino entre la poblacion y la morada particular del cacique; tan implicita, empero, habia llegado á ser la confianza que Don Luis y Sancho reposáran en su patrono, que ninguno de los dos llevaba consigo á la sazón arma alguna. El de Llera habia dejado tizona y tarja, hacia media hora, á los pies de Ozema, quien se entretuviera en remedar los ademanes del guerrero, manejando sus armas para su mútua diversion; mientras el de la compuerta del dique habia creído que era un arcabuz carga demasiado pesada para que pudiera llevarse arriba y abajo por mero pasatiempo. Esta última arma se habia quedado en la aldea, donde el viejo timonel encontrára un alojamiento tan cómodo.

—¿Será esta alguna alevosia, señor? exclamó Sancho. ¿Habrán descubierto esos belitres el valor verdadero de mis cascabeles, al cabo y al fin, y se habrán empeñado en que yo les abone lo que alcanzan por el saldo de la cuenta

—Apuesto la vida, Sancho, á que nos son

leales así Mattinao como su gente — escucha! ¿no gritan ahora «Caonabo?»

— Así es, señor; ese es el nombre del cacique Caribe, terror y espanto de todas estas tribus imbéciles.

— Traete el arcabuz, Sancho, si posible te es, y luego corre á buscarme en esas casas de allá arriba. Precisa defender á toda costa á Ozema y á las mugeres de nuestro generoso amigo!

Apenas hubo dado Luis esta orden, cuando él y Sancho se separaron; el marinero accoriendo á la aldea, que ya á este tiempo era una escena del mas borrascoso tumulto, mientras nuestro héroe, con pasos lentos y faz adusta, se retiró hácia el hogar privado del cacique, volviendo la cara de cuando en cuando, como si anhelára arrojarle en lo mas espeso de la pelea. Mas de veinte veces echó de ménos su corcel favorito y su robusto lanzon, aunque en verdad, no hubiera sido una proeza extraordinaria para un caballero de su manejo y brios, el hacer que desalentados buyesen ante él un millar de adalides semejantes á los que ahora le amenazaban. Muchas veces con

su aislado brazo habia el fogoso jóven roto filas enteras de la infanteria moruna, y la experiencia subsiguiente probó, que mas de un individuo, bien montado, arrollára bajo las herraduras de su caballo, á centenares enteros de aquellos desnudos aborígenes.

Antes que nuestro héroe, habia alcanzado la alarma las habitaciones de Mattinao. Don Luis llegado á casa de Ozema, halló á la jóven india rodeada de cincuenta mugeres, algunas de las cuales acababan de subir de la aldea, y una y todas pronunciaban á gritos el terrible nombre de «Caonabo!» Ozema misma era la que estaba mas tranquila que las otras, aunque fuese aparente, que por algun motivo, su persona servia de objeto de ansiosa solicitud á cuantas hembras en su rededor se hallaban. Luego que el noble castellano se introdujo en su habitacion, acudieron á ella tambien las mugeres del cacique; y pronto se echó de ver por sus palabras y ruegos, que instaban á Ozema que se fugase, para evitar que fuese presa del gefe Caribe. Aun se imaginó el conde de Llera, y no le engañó por cierto su fantasia, que las demás mugeres daban de hecho que la cap-

tura de la hermosa hermana de Mattinao era el objeto de aquel ataque repentino. Esta conjetura no refrescó en lo mas mínimo el ardor de Don Luis por defenderla. Al momento que los ojos de Ozema le columbraron, acorrió á abrazarle la jóven, y luego juntando las manos en ademan de desespero, pronunció el nombre de «Caonabo» en tonos que hubieran derretido un corazon de piedra. El entónces aseguró á la princesa de su adhesion, en los términos mas inteligibles que pudo, con el ademan de poner su adarga delante del pecho palpitador de la doncella, y de blandir su acero, cual si fuese en reto de sus enemigos; apenas le dió esta prenda, cuando desaparecieron todas las otras mugeres, acorriendo las unas al rescate de sus hijuelos, y todas en busca de un lugar de seguro asilo. En virtud de esta desercion tan singular como inesperada, hallóse Luis, por la primera vez desde que á ella le hubieron presentado, á solas con la encantadora Ozema.

El quedarse en la casa, haría que los enemigos se acercasen sin ser vistos, y los gritos y alaridos anunciaban asaz que por momen-

tos se aproximaba el peligro. En consecuencia, hizo Luis señas á la jóven para que le siguiese, haciendo primero un lio del paño de su turbante, y colocándolo en el brazo de su compañera para que le sirviese de broquel contra las flechas del enemigo. Mientras en esto se ocupaba, dejó Ozema caer la cabeza sobre los pechos de su campeón, y la escitada virgen se deshizo en lágrimas. Este indicio de febleza, sin embargo, solo duró un momento; en seguida alentóse la amazona, sonriéndose á través de sus lágrimas, y convulsamente apretó el brazo á Luis, tornándose otra vez una heroína indiana. Luego salieron juntos del edificio Don Luis y ella.

Pronto notó el noble castellano que su retirada de la casa se hiciera con exacta premura. Ya habia desaparecido toda la familia de Mattinao, y hallábase á la vista una partida numerosa de invasores, precipitándose furiosos por el bosque arriba, en el mas profundo silencio, aunque en toda apariencia resueltos á apoderarse de su victima. Sintió Don Luis á Ozema, quien se adheria á su brazo, temblar violentamente, y en seguida oyó que balbuciaba:

—Caonabo—no—no—no.

La jóven princesa habia aprendido este vocablo monosilabo de disentiimiento, y esta exclamacion dió á conocer á Luis que ella tenia una viva repugnancia de casarse con el gefe caribe. Su resolucion de protegerla ó morir no se aminoró de manera alguna por esta involuntaria manifestacion de sus sentimientos, que, no pudo menos de recelarse el mancebo, tendria alguna conexion consigo mismo, porque al paso que nuestro héroe era á un tiempo hidalgo y generoso, poseia la cualidad de ser hombre, y por tanto se hallaba bien dispuesto á reparar favorablemente en sus propias facultades de agradar. Solo era humilde Luis de Bobadilla en todo cuanto tuviese referencia á su Mercedes.

Soldado, casi desde la niñez, miró el jóven conde al instante en torno de sí con el objeto de apoderarse de una posicion que pudiera favorecer sus medios de defensa, y tornar á mejor recaudo sus armas. Por buena suerte halló una tan cerca, que solo tardó un minuto en ocuparla. Apoyábase el terrado en un precipicio de peñas, y á distancia de treinta pasos de la casa, habia un punto donde for-

maba ángulo la faz del despeñadero, destacándose un muro á cada lado, hasta un trecho de consideracion, mientras la roca que encima de él torrea, hacia suficiente proyeccion sobre su basamento para quitar todo recelo de que pudiese el enemigo arrojar piedras desde su cima. En el ángulo se veia multitud de pedruscos, que podia proporcionar guarida contra las flechas, y como hubiese por delante un espacio llano y cubierto de cesped, sobre el cual podia un caballero lucir su proeza, toda vez que se hallase en aquella posicion, sintióse fortalecido nuestro héroe, por no decir invencible, al conocer que solo cara á cara podian acometerle. Colocóse Ozema detras de uno de los fragmentos de los desprendidos peñascos, con su persona medio oculta, apesar de eso, pues que su interés por Luis y su curiosidad respecto á sus enemigos, la inducian igualmente á que dejase en descubierto la cabeza y parte de su hermoso busto.

Apenas se vió Luis dueño de aquella posicion, cuando una docena de Indios se formaron en ala á distancia de cincuenta varas á su frente. Estaban armados de arcos y flechas,

de mazas y lanzas. Careciendo de otra defensa que su rodela, hubiera juzgado el jóven noble que era muy precaria su situacion, si no hubiese conocido que la arqueria de aquellos salvages era poco temible. Sus flechas, á la verdad, podrian matar, cuando se disparasen á corta distancia, y contra la desnuda piel, pero era dudoso el que perforasen el terciopelo doble que servia de vestimenta al bizarro español, y el trecho de cincuenta varas no deberia causarle indebido recelo. No quiso el jóven retirarse á las peñas, pues que el espacio limpio era necesario al libre manejo de su fiel tizona, que era el arma en la cual podia confiar únicamente para adquirir un triunfo disputable.

Fué tal vez afortunado para nuestro valiente, el que Caonabo mismo no viniese en aquella partida, que tan de cerca le apuraba. Este formidable caudillo, que habia ido en seguimiento de las fugitivas hembras, creyendo que Ozema iba en su compañía, hubiera sin duda traído el negocio á un éxito inmediato, en virtud de una carga desesperada, donde el número podria prevalecer sobre el valor y la ac-

tividad. Los adalides presentes se sirvieron de una táctica distinta, y comenzaron á tender los arcos. Uno de los mas diestros de la partida, asestó una flecha con todo su brio, y dejóla volar. Soslayó la saeta en el escudo del caballero, y dió en el montecillo á su espalda, con tan poca fuerza como si la hubieran disparado en puro juego. Siguióla otra, y Luis la paró con la espada, desdeñando levantar la tarja para recibir semejante bagatela. El frio modo con que hizo frente al ataque, fué causa de que los Indios diesen un grito sin que Luis pudiera conocer si era efecto de admiracion ó de rabia.

La siguiente embestida fué mas juiciosa, porque se hizo sobre un principio algo parecido al que se dice adoptó Napoleon, para dirigir las descargas de su artilleria. Todos los que tenian arcos, que eran unos seis ú ocho, los tendieron á una, y vinieron las flechas á resonar sobre la rodela del asaltado en un solo vuelo. No fué fácil cubrirse enteramente de semejante granizada, y recibió nuestro héroe dos ó tres cardenales de las esquivadas saetas, aunque sin resultarle herida ninguna. Iban á ha-

cer otra descarga general cuando la alarmada doncella se precipitó de su escondrijo, y á modo de las Pocahontas de la historia americana, arrojóse delante de Luis, con los brazos cruzados sobre el pecho con la mas paciente mansedumbre. Luego que ella se presentó, resonaron gritos de—Ozema!—Ozema! entre los asaltadores, los cuales no eran Caribes, como entenderán cuantos conozcan los anales de aquellas islas, sino Haitianos menos belicosos, al mando de un gefe caribe.

En vano procuró Luis persuadir á la adicta doncella á que se retirase. Creia la cuitada que estaba en riesgo la vida de su protector, y ningun language, aunque le hubiera sido posible al mancebo poner en juego toda su elocuencia á la sazón, hubiera inducido á la heroina á dejarle espuesto á peligro semejante. Como procurasen los Indios atisvar alguna parte descubierta del cuerpo de Luis sin traspasar con sus flechas á Ozema, conoció el jóven que solo le quedaba el recurso de retirarse detras de un grueso pedruzco. Al lograr precisamente aquel amparo accidental, un guerrero de aspecto feroz se juntó con los enemi-

gos, los cuales desde luego comenzaron á darle una vocinglera esplicacion del estado en que se hallaba el ataque.

—Caonabo? preguntó Luis á la princesa señalando hácia el recién venido.

Meneó Ozema la cabeza, despues de examinar con ahinco las facciones del gefe extraño, y asiéndose al mismo tiempo del brazo de nuestro héroe, con seductora independendia,

—No—no—no—dijo ella con ansiedad. No Caonabo—no—no—no.

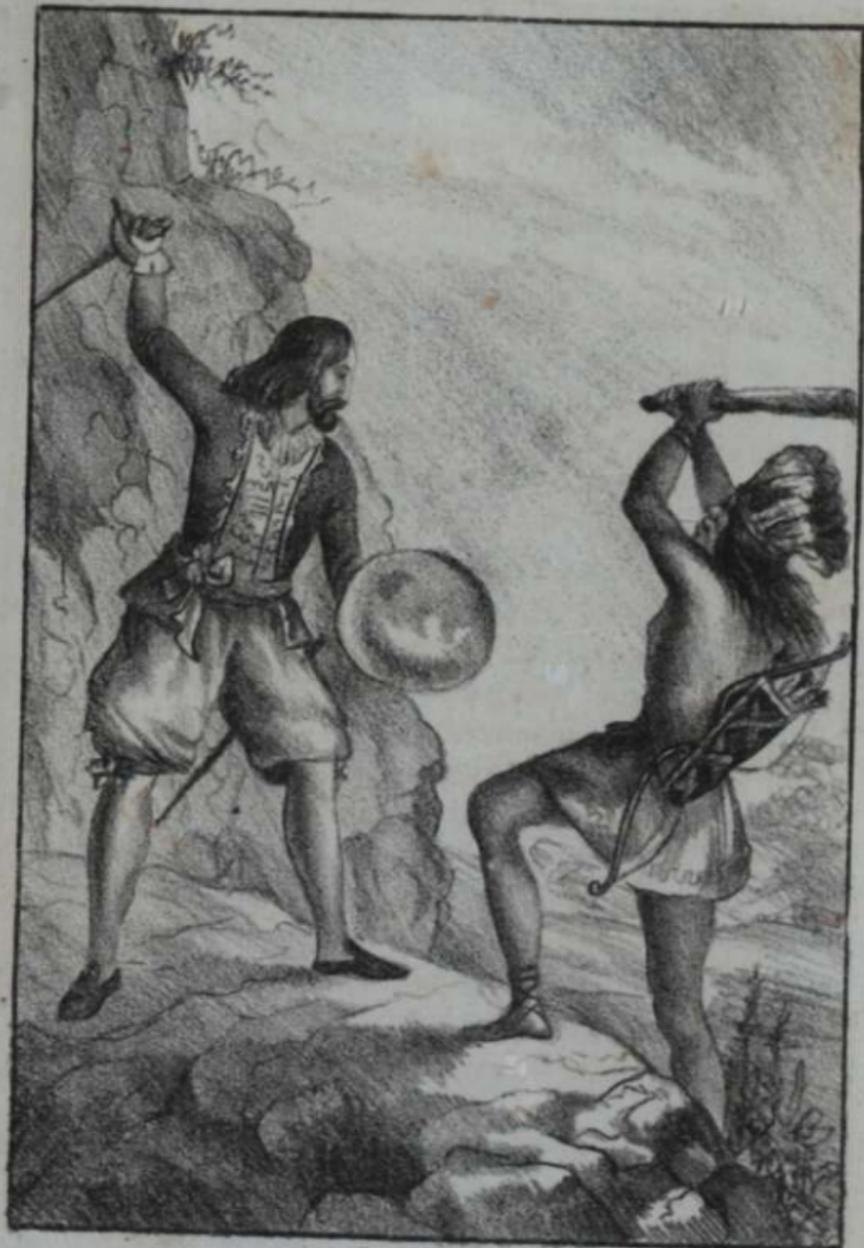
Comprendió Luis por la primera parte de esta respuesta que le daba á entender que el guerrero recién llegado no era el caudillo caribe; y por la segunda que le hacía manifiesta su arraigada aversion respecto á llegar á ser esposa suya.

Pronto se terminó la consulta entre los adversarios; seis de ellos empuñaron sus mazas y lanzones, é hicieron un avance hacia la ciudadela de los sitiados. Al verlos ya á ocho varas de su guarida, arrojóse á la esplanadilla nuestro héroe con un ligero salto para salirles al encuentro. Parando con la tarja dos de sus lanzas, cuyos leños descabezó de un solo revés

con la espada afiladísima y de alto temple, al recuperarse de su esfuerzo, encontróse la silvante tizona con el levantado brazo del madero que venia mas á vanguardia. Con el hábil tajo vinieron á tierra la mano y el arma de aquel hombre. Dando en seguida un corte al frente, la punta de su acero rasgó los pechos á los dos salvages de las lanzas que se habian quedado atónitos, salvándoles la distancia, á que se hallaban, de una herida mas mortal aun.

Esta rápida é inesperada egecucion llenó á los asaltadores de temor y espanto. Nunca antes habian conocido la fuerza del acero, cual en la guerra se usa; y la súbita amputacion del brazo parecióles hasta cierto punto milagrosa. Hasta el feroz Caribe retrocedió asombrado, y reanimó á Luis la esperanza de la victoria. Esta era la primera ocasion en que los Españoles tenian hostilidades con los moradores de las islas que descubierto habian, aunque acostumbran los historiadores referir un suceso, ocurrido mas tarde, como principio de las reyertas; pues que el sigilo que cubriera siempre la asistencia de Don Luis en





aquella expedicion, ha frustrado hasta el dia sus ligeras y superficiales observaciones. Por consiguiente, la eficiencia de un arma, cual nuestro héroe la blandia, era tan nueva entre los Haitianos como egecutiva y terrificá.

En aquel momento un grito lanzado por los salvages, y la aparicion de una nueva partida de invasores, con un gefe de alta estatura y de imponente aspecto á su cabeza, anunció la llegada de Caonabo en persona. El belicoso cacique pronto se enteró del estado de los negocios, y fué evidente que las proezas de nuestro héroe le llenaron de admiracion y de asombro. Despues de algunos minutos, mandó que sus seguidores se retirasen á buena distancia, y poniendo su maza en el suelo, se adelantó impertérrito hácia Luis, haciéndole señas de amistad.

Cuando se reunieron los dos adversarios, fué con mútuo respeto é igual confianza. Hizo el Caribe un breve aunque enérgico discurso, en el cual la única palabra que comprendió nuestro héroe, fué el nombre de la encantadora Ozema. Tambien á este tiempo se allegó á ellos la jóven India, y su amante se

volvió hácia ella dirigiéndole la palabra con acentos de pasión, cuando no de elocuencia. Muy amenudo se ponía la mano sobre el corazón, y tornábasele el habla suave y persuasiva. Replicóle con energía Ozema, y en voces apresuradas, cual las emite quien ya ha formado de antemano su propósito. Al terminar su réplica, ruborizáronsele las sienes á aquella ardorosa virgen, la cual, como si intentase á propósito dar á conocer su resolución á nuestro héroe, la concluyó diciendo en castellano.

—Caonabo—no—no—no!— Luis—Luis!

No es mas tenebroso el aspecto del huracan en los trópicos ni mas amenazador, que el ceño con que el gefe Caribe oyó el inequívoco desechamiento de sus pretensiones, acompañado, como lo fué, de una confesion tan clara en pró del estrangero. Ondeando el brazo en signo de reto, retrocedió orgulloso y furibundo hácia los suyos, y dió orden de renovar el asalto.

Esta vez, una nube de flechas precedió al ataque, y vióse obligado Luis á buscar su anterior guarida entre las rocas. Y en verdad,

este era el solo medio de salvarle á Ozema la vida; pues que la infeliz jóven perseveraba resueltamente en ponerse delante de su cuerpo, esperando escudarle de las saetas enemigas. Habia dirigido Caonabo al gefe Caribe, que del primer embiste se retirára, algunas palabras de vituperio, y aun llenaban el aire las flechas, cuando el guerrero se adelanto á la carrera con el objeto de vindicar su reputacion. Salióle al encuentro Don Luis, tan firme como la roca que le servia de espaldar. El choque fué violento, y el golpe que descargó el salvage sobre la tarja hubiera deshabilitado un brazo ménos hecho á encuentros tan rudos; pero resbalóse oblicuamente la maza del broquel, é hirió la tierra con el peso de un ovillo de lana. Conoció ahora nuestro héroe que todo dependia de una profunda impresion. Resplandeciò su acero á los rayos brilladores del Sol, y la cabeza del Caribe cayó al suelo cabe su maza, mientras el cuerpo se mantuvo recto un instante; tan templados eran los filos de la tizona, y tan diestro el revés que descargára.

Aprestábanse á la carga veinte Indios, pe-

ro quedáronse inmóviles, como hombres helados; á tan inesperada vista. Caonabo, sin embargo, impertérrito aun cuando mas asombrado se sentia, bramó sus órdenes, cual toro furioso, y la vacilante turba iba á avanzar otra vez, cuando se oyó el estrepitoso traquido de un arcabuz, seguido del silvo de la mortífera plomada. Un segundo Haitiano cayó muerto sobre el césped. Escedia las facultades del salvaje estoicismo el resistirse á semejante ataque el cual, para sus incultas mientes, aparecia provenir del cielo mismo. Dos minutos despues, asi Caonabo como todos los secuaces de aquel caudillo habian desaparecido de la vista. Al correr la turba por el otero abajo, salió de su emboscada el valiente Sancho, con su arcabuz, que ya habia tenido la precaucion de cargar de nuevo.

Las circunstancias no daban lugar á la mas leve demora. Ni un solo ser de la tribu de Mattinao se veia en direccion ninguna, y no dudó Luis que se hubiesen entregado todos á la fuga. Determinado á salvar á Ozema, esponiéndose á cualquier trance, encaminòse ahora al rio, con el objeto de escaparse en una

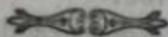
de las naos. Al atravesar la aldea, notaron los fugitivos que ni siquiera una casa habia sido saqueada; lo que hizo que Don Luis lo advirtiese á su compañera, despues de haber hablado con Sancho sobre circunstancia tan estraña.

—Caonabo—no—no—no!—Ozema—Ozema! fué la respuesta de la muchacha, quien bien conocia el verdadero objeto de la incursion del gefe Caribe.

Habia en el desembarcadero una docena de canoas; y bastaron cinco minutos para que los prófugos se entráran en una de ellas, y empezasen su retirada. La corriente tiraba hácia la mar, y al cabo de un par de horas se hallaron nuestros aventureros en el abierto océano. Como que el viento soplabá del este, no tardó Sancho en armar un esterajo como sustituto de vela, y, una hora antes de ponerse el sol, desembarcaron los tres en una punta que les ocultaba de la bahia; porque Luis tenia muy presente el encargo del almirante de que disimulase su escursion para no dar márgen á que otros pretendiesen igual gracia.

de las naos. Al atravesar la aldea, notaron los
luchivos que en seguida una casa habia sido
esquadrada; lo que hizo que Don Luis lo ad-
viesse, y se compadeciera, despues de haber ha-
blado con Sanchez sobre circunstancias tan es-
trañas.

CAPITULO VII



Dieces seis y mas diez de luengos años
Membrame puedo bien, en cuyo tiempo
Horas he visto horribles, cosas raras;
Pero esta triste noche ha reducido
Cuanto vide anterior, á bagatela.

SHAKESPEARE.—MACBETH.

Un espectáculo, que hirió á nues-
tro héroe de asombro y terror, ca-
si á grado igual que habian espe-
rimentado esas mismas sensaciones los incultos
Haitianos al traquido y efecto del arcabuz, le
aguardaba tan pronto como diese vista al sur-

gidero. La Santa Maria, caravela á cuyo bordo iba Colon, y la que Don Luis habia dejado muy pocos dias antes en todo su orgullo y brillantes jaeces, yacia embarrancada y perdida en las arenas, con los mástiles por la banda, abollados los armazones, y manifestando todas las demás señales de náutica destruccion. La Niña estaba anclada con toda seguridad, á poca distancia; pero una sensacion de aislamiento y de abandono heló las mientes del mancebo, al considerar aquella pequenísimá barca, cuyas dimensiones eran poco mayores que las de una saluca, elevada al rango de un navio para los efectos del viage. La playa estaba cubierta de pertrechos, y era óbvio que los Españoles y la gente de Guacanagarí trabajaban de consuno con el objeto de construir una especie de fuerte; lo que era indicio de que algun grave trastorno habia acontecido á la espedicion. Dejaron inmediatamente á Ozema en casa de un isleño, y apresuráronse Don Luis y Sancho á juntarse con sus amigos, á fin de pedirles una esplicacion de lo que visto hubieron.

Recibió Colon á su jóven amigo con gran-

de afecto, pero con suma afliccion. Muchas veces se ha contado ya el suceso que causó la pérdida de la nave, y supo Luis que, siendo la Niña muy pequeña para llevarse á todos, iba á quedarse una colonia en la fortaleza, mientras los demás aventureros se daban prisa por volver á España. Guacanagari habia hecho alarde de simpatía, y mostrádose cariñoso en extremo, mientras todos estuvieran demasiado absortos en la idea de su naufragio, para echar de menos á nuestro héroe, ó prestar oídos á un acontecimiento tan comun como el de una incursion hecha por un gefe Caribe, á fin de cometer el rapto de una beldad Indiana. Quizás el reciente suceso seria demasiado nuevo para que su noticia hubiese llegado todavia á las costas.

La semana que se siguió al regreso de Luis fué un tiempo de activo esfuerzo. Naufragó la Santa Maria el dia de Pascua de Navidad por la mañana, en el año de 1492, y el 4 del siguiente Enero ya se hallaba la Niña pronta á dar la vuelta de España. Durante este intervalo, Luis solo habia visto á Ozema una vez, y entónces halládola habia penada, en

mudecida y semejante á una marchita flor, que conservaba su hermosura aun mientras su caliz se ajaba. Sin embargo, por la tarde del dia tercero y mientras paseaba alrededor de la concluida fortaleza, allegósele Sancho, y le citó para una nueva entrevista. Con gran sorpresa de nuestro héroe, halló al jóven cacique acompañando á su hermana.

Aunque todos carecian de palabras para darse á entender, suplieron los signos esta falta y comprehendiéronse adecuadamente. Ya Ozema no estaba triste, ni abrumada de pesares; la sonrisa y la carcajada emanaban fácilmente de sus espíritus juveniles y bullidores, y juzgó Luis que nunca la habia visto mas amable ni hechicera. Ella habia arreglado su mezquino atavio con el coquetismo indiano, y el brillante y ardoroso color de sus mejillas añadia nuevo lustre á sus ojos centelleadores. Su forma ligera y ágil, modelo de gracias sin artificio, parecia tan etérea que apenas sobre la tierra aparentaba pesarse. Los dos hermanos, despues de discutir todos sus peligros y escapadas, y de pesar con madurez el carácter y sabida determinacion de Caonabo, habian

convenido en que solo la fuga podia prestar á Ozema la adecuada seguridad. Lo que mas determinaba al hermano para que su hermana acompañase á los extranjeros á su lejana patria, seria inútil investigarlo; pero los motivos de la princesa misma no pueden ser un secreto para nuestros lectores. Sabiase que el almirante ideaba llevarse á España cierto número de naturales de aquellas regiones, y tres mugeres, una de las cuales tenia igual rango que Ozema, habian ya consentido en ir. Esta era esposa de un gefe, no solo amiga de Ozema, sino parienta suya tambien. Todo parecia propicio para la empresa, y como un viaje á España fuese todavia un misterio para los naturales de las Indias, quienes lo consideraban de poco mayor largura que una travesia desde una de las islas á otra, no se presentaron dificultades formidables á la imaginacion del cacique ni de su hermana.

Sorprendió la proposicion á nuestro héroe. Lisonjeóle, al mismo tiempo que le complugo, el generoso consagramiento de Ozema, aun quando le daba infinita zozobra. Talvez hubo instantes en que desconfiára de sí mis-

mo. Siempre, sin embargo, reinaba Mercedes en su pecho, y el mancebo desechaba la sensación como una sospecha, que no podía albergar un leal caballero, sin ofrecer un insulto á su propio honor. Al cogitarlo segunda vez, hallaba que existían menos objeciones al proyecto de las que al principio imaginándose habia, y despues de una hora de discusión, salióse del chozajo, donde se ocultaban los principes, con el objeto de ir á consultar la materia con el almirante.

Aun se hallaba Colon en la fortaleza, y prestò oidos á lo que nuestro héroe le dijo, con gravedad y sumo interés. Una ò dos veces bajó los ojos Don Luis para esquivar la mirada escudriñadora de su superior; pero, en la totalidad, desempeñó adecuadamente la tarea que habia tomado á su cargo.

—¿Hermana de un cacique decis que es Luis? contestó el almirante algo pensativo.
¿virgen hermana de un cacique?

—Asi es, Don Cristóval, y de tales gracias, de tal nacimiento y de tal hermosura dotada, que dará á la Reina Nuestra Señora una es-celsa idea de la valia de nuestros descubrimientos.

—Debeis de tener presente, señor conde, que nada que puro no sea, puede ofrecerse á la pureza misma. Doña Isabela sirve de modelo á todas las madres y á todas las esposas; y espero que nada que pueda ofender sus mientes angelicales haya de provenir de sus adictos vasallos. ¿Supongo que no se habrá puesto en juego seduccion alguna respecto á esa silvestre moza, para despeñarla en el abismo del pecado y de la miseria?

—Don Cristóval, creo que no podreis juzgar talmente de mi. Ni la misma Doña Mercedes es mas inocente que la jóven á quien aludo, y ni su propio hermano pudiera tomar tan á pechos su bien estar como yo por él me intereso. Luego que los reyes hayan satisfecho su curiosidad y despedido á la doncella, es mi intencion ponerla bajo la custodia de la dama de Valverde.

—Cuanto mas estraordinarias sean las muestras, tanto mejores, Don Luis. Esto embelesará á nuestros soberanos, y les hará juzgar favorablemente de nuestros descubrimientos, como decis con sobrado juicio. La Niña es muy pequeña, cierto es; pero mucho ganamos con

dejar en tierra esta numerosa partida de hombres. He cedido la cámara principal á las otras hembras, pues que vos y yo podemos pasarlo duramente por algunas semanas. Que venga esa moza, y cuidado de sus comodidades y conveniencias.

Quedó el asunto concluido. A la mañana siguiente, muy temprano, se embarcó Ozema, llevando consigo el sencillo ajuar de una princesa indiana, y entre sus galas iba cuidadosamente guardado el turbante de Don Luis. Su parienta tenía para su servicio una doméstica, la cual era suficiente para asistir á entrambas. Esmeróse Luis en proporcionar á Ozema tal aposentamiento, que pudieran respetarse todas las exigencias de la comodidad y del decoro. La despedida de Mattinao fué sensiblemente tierna; pues que el afecto de familia parece que era altamente respetado entre aquel pueblo manso y sencillo; pero suponíase que la ausencia seria corta, y Ozema una y otra vez habia asegurado á su hermano que la repugnancia que hácia Caonabo sentia era inconquistable, por muy poderoso que fuese aquel tremendo cacique. Cada hora acre-

cia más esta aversion, fortaleciendo su intento de no ser jamás esposa suya. No había otra alternativa que la de ocultarse en la isla, ó emprender aquel viage á España; y en esta última había gloria también como seguridad. Con este consuelo, separáronse resignados los dos hermanos.

Tenia intencion el almirante de proseguir en sus descubrimientos, llevándolos mucho mas allá, antes de volver á Europa; mas la pérdida de la Santa Maria, y la desercion de la Pinta le redujeron á la necesidad de traer la expedicion á su término, no fuera que, por algun accidente desgraciado, quanto hasta entonces afazñado se habia, se le perdiese al mundo para siempre. En consecuencia, y á 4 de Enero de 1493, dióse á la vela hácia el este, costeando las playas de Haití. Su grande objeto era entónces tocar á España antes que le faltase la única barca que quedádole habia, en cuyo caso iba á perecer su propio nombre, de consuno con el conocimiento de sus investigaciones. Por feliz suerte, sin embargo, durante el dia seis, descubrió el almirante á la Pinta, que se dirigia con henchidas ve-

las hácia su consorte. Martin Alonso Pinzon habia conseguido uno de los objetos, por cuyo estímulo se desertára, es decir, el de asegurarse una vasta cantidad de oro, aunque no llegó á descubrir ninguna mina, cuya averiguacion, segun se cree, constituia su motivo principal.

No es parte integrante de esta relacion el detallar la entrevista que en pos tuvo efecto. Recibió el astuto genovés al culpable Pinzon con prudente reserva, y despues de haber oido sus descartes, le ordenó preparase la Pinta para el viage de vuelta. Despues de hacer la leña y agua necesarias, en una bahia favorable á tales objetos, los dos bajeles, en convoy, pusieron las proas al este, costeando siempre las riberas setentrionales de Haiti, Española, ó bien España la chica, como la denominó Colon. (*)

(*) Las fortunas de esta hermosa isla suministra una prueba notable, del modo en que los abusos se hacen por la Providencia de Dios que produzcan su propio castigo. Esta isla que tiene unos dos tercios del tamaño del Estado de Nueva-York, fué la sede de la autoridad española en el nuevo mundo durante muchos años. Los mansos aborígenes, quienes eran muy numerosos, y felices al tiempo del descubrimien-

Hasta el 16 del mes, no se despidieron por último los aventureros de aquellas hechiceras regiones. Apenas perdieron de vista la tierra, navegando en rumbo al nord-este, cuando les abandonó el viento favorable, y otra vez les salieron al encuentro los alisios. Sin embargo, continuaba bonancible el tiempo, y los dos bajeles, á fuerza de proseguir en la mejor direccion posible, habian conseguido para el 10 de Febrero, pues que el almirante hacia los sesgos que del recto curso exigian las bri-

to, fueron materialmente esterminados, por las crueldades de sus nuevos señores, y se halló necesario llevar negros del Africa para que trabajasen en los campos de las cañas. Hacia mediados del siglo décimo sexto, se dice, que doscientos de los aborígenes no se hallaban en toda la isla, aunque Ovando habia traído con engaños no menos que cuarenta mil naturales de las Bahamas, para suplir el lugar de los muertos en una época tan reciente como el año de 1513. En los dias posteriores, Española pasó al dominio de los Franceses, y todo el mundo sabe los terribles sucesos, en virtud de los cuales ha caído en las manos exclusivas de los descendientes de los hijos del Africa. Quanto se ha dicho, acerca de la influencia de la poblacion blanca de aquel pais, en quanto tiene conexion con nuestros propios Indios, se torna en insignificante, comparado con unos hechos tan espantosos.

N. del A.

sas desfavorables, atravesar ya aquella parte del océano donde reinaban estas constantes brisas, y alcanzar un paralelo de latitud tan alto como el de Palos, puerto de su destino. Al hacer tan largas bordadas la Niña, contrario á las anteriores esperiencias, tuvo que detenerse mucho á causa del tarco navegar de la Pinta, cuyo bajel habia rendido su palo trasero, y por lo tanto no podia resistir una sobrecarga de velámen. Tambien los ligeros vientos favorecian á la primera, que siempre se habia considerado como muy espedita en las aguas mansas y en las ventolinás suaves.

Muchos de los fenómenos, que se les hubieron presentado en el viage de ida, se advirtieron tambien en el de vuelta; pero ya ni los atunes escitaban esperanzas ningunas, ni las brozas daban aliciente á los recelos. Estos objetos, que ya se les habian tornado familiares, se pasaron con feliz éxito, aunque con mucha lentitud, y otra vez se topó con los vientos variables, por buena fortuna, á los quinze dias de navegacion. Hiciéronse entónces mas complicadas por fuerza las maniobras de travesía, y los pilotos, inusitados á una nave-

gacion tan dilatada y difícil, durante la cual ninguna ayuda les prestaban el agua ni la tierra, se embrollaron en sus cálculos, y disputaban acaloradamente unos con otros acerca de la verdadera posición de los buques.

—Ya habeis oído hoy, Luis, dijo sonriéndose el almirante, en una de sus renovadas conferencias con nuestro héroe, las disputas entre Vicente Yañez y su hermano Martín Alonso, y las de los otros pilotos, respecto á la distancia que nos separa de las costas españolas. Estas continuas variaciones del viento han apurado sobremanera á los honrados marinos, quienes se figuraban hallarse en cualquiera parte del Atlántico, escepto en aquella donde verdaderamente estan.

—Mucho depende de vuestra ciencia, señor: no solo nuestra propia seguridad, sino tambien el conocimiento de las resultas de la gloriosa hazaña que á feliz éxito hemos traído.

—Teneis razon, Don Luis. Vicente Yañez, Pedro Alonso Niño, y Bartolomé Roldan, prescindiendo de los profundos calculistas que la Pinta lleva á su bordo, colocan sus bajeles en las inmediaciones de Madeira; lo que nos

aproximaria á España ciento y cincuenta leguas mas de lo que la verdad pudiera demostrarnos. Estos buenos hombres se han dejado llevar de sus deseos, mas bien que de su ciencia respecto al Cielo y al océano.

—¿Y vos, Don Cristóval, en que parage colocais las caravelas, pues que ahora no hay motivos para disimular la verdad?

—Estamos, jóven conde, al medio dia de Flores, y á doce buenos grados occidente de las Canarias, en la latitud de Nafé comarca del Africa. Pero me conviene que permanezcan embrollados, hasta que el derecho de posesion de nuestros descubrimientos se haga asunto de certidumbre. Ninguno de estos hombres duda ahora de su habilidad en hacer lo que yo he hecho, y sin embargo no hay quien de ellos se atreva á regresar despues de haber atravesado este trozo de océano hasta las islas del Asia.

Comprehendió Luis al almirante, y como lo reducido de la embarcacion hiciese azarosa la confianza de secretos, mudaron la conversacion los dos amigos.

Hasta este tiempo, aunque los vientos fue-

ran con mucha frecuencia variables, el temporal habia permanecido bonancible. Algunos chubascos ocurrieron, como sucede amenudo en la mar, pero no habian sido duraderos ni recios. Todo esto era muy grato para Colon, quien ahora que verificado habia el gran propósito para el cual podia decirse que respiraba el vital aliento, sentia cierta inquietud de que la importantisima solucion de su problema quedase perdida para los demás hombres, asi como lo experimenta el que lleva un objeto precioso á través de escenas de peligro, por la seguridad de su tesoro. Estaba á mano, sin embargo, una mudanza terrible, y en el instante mismo, cuando al gran navegador mayores esperanzas alentáran, decretado era que sufriese la mas ruda de sus pruebas todas.

Al encaminarse hácia el norte los bajeles, púsose mas templado el aire como es de precisa ocurrencia, y el viento mas fuerte. Durante la noche del 11 de Febrero, adelantaron mucho camino las caravelas, haciendo mas de cien millas entre ponerse el sol y su próximo levantar. Al dia siguiente se vió infinidad de ave-cillas, por cuya razon figuróse el almirante muy

próximo á las Azores, mientras los pilotos se creían cercanos á la isla de Madeira. El día siguiente sopló menos favorable la ventolina, aunque sin aflojar, y levantóse una gruesa marejada. Luciéronse ahora ventajosamente las buenas propiedades de la Niña; pues que antes de bajarse el Sol, tuvo que luchar con tales furias de los elementos, que pocos de los que iban á su bordo habian nunca presenciado. Por buena fortuna, cuantos arbitrios el arte de navegar mas consumado podia poner en juego á fin de hacer á aquella barca mas segura y cómoda, se habian adoptado, y se la veia tan dispuesta para resistir á una borrasca como las circunstancias pudieran permitirlo. Su único defecto esencial consistia en su falta de lastre; pues que hallándose casi agotadas la mayor parte de las provisiones de boca que habia llevado, y vacío gran número de sus pipas de agua, calaba mucha menos mar de lo que deberia haber hecho. Esta caravela era tan chica, que tal circunstancia, la cual importa muy poco para la seguridad de los buques grandes, llegó á suponer muchísimo respecto á un vaso cuyos medios de resisten-

cia no le hacian superior á los peligros de los chubascos. Bien comprenderán nuestros lectores la distincion cuando les digamos que los buques de alto porte solo pueden perder sus mástiles al ser acometidos por ráfagas súbitas, pues que rara vez se les vence de un lado, á no ser por la fuerza de las olas; al contrario, los barcos de poco tamaño corren riesgo de zozobrar, cuando el ensanche de sus lonas es desproporcionado á su aplomo y estabilidad. Aun cuando los marinos que navegaban la Niña conocian que su caravela tuviese este defecto, el cual, por la mayor parte procedia de haberse consumido casi toda el agua dulce, esperaban llegar á puerto tan pronto, que no habian tomado medidas para remediar este mal.

Tal era el estado de las cosas, cuando se puso el Sol por la tarde del 12 de Febrero de 1493. Como de costumbre, hallábase Colón sobre el alcázar, pues que entónces los buques de todos portes llevaban esas mal ideadas escrescencias, aunque la popa de la Niña apenas merecia el nombre de alcázar. Veíase junto á Luis, y ambos estaban vigilan-

do el aspecto del Cielo y de la mar con silencio gravísimo. Nunca antes había visto nuestro héroe los elementos en tan grande conmoción; y aun el almirante acababa de confesar que rara vez había presenciado una noche tan amenazadora. Tiene cierta solemnidad la hora de ponerse el Sol en las mares, cuando amagan los nubarrones, y se coagulan los signos de la borrasca, y ceñan los elementos, cual nunca se advierte en la tierra firme. La soledad de una nave, bregando á través de un desierto de aguas con aspecto tenebroso, contribuye á influir en los sentimientos que despertado se han, pues que aparece un solo objeto sobre el cual se estrellen todos los furiosos esfuerzos de la procela. Quanto rodea al desgraciado nauta en semejante ocasion parece obrar de consuno para ayudar en la barabunda comun; siendo el océano, los cielos y el aire, igualmente accesorios del horrendo cuadro. Cuando los invernosos ceños de Febrero se ennegrecen en torno de todas las cosas, los oscuros tintes de la pintura se entiñeblan hasta ofrecer sus gradaciones mas foscas.

—Esta es una cerrazon de noche muy ame-

nazante, Don Luis, observó Colon, al momento en que los últimos rayos, que el Sol arrojaba hácia arriba en direccion de los nublados tempestuosos, se borrahan de sus deshilachados contornos. Raras veces he visto una tarde mas amagadora.

—Tenemos doble confianza en el cuidado de Dios, cuando navegamos bajo vuestra guia, señor; primero en su bondad, y luego en el conocimiento que nos asiste de la destreza de su agente.

—El poder del Supremo Autor es bastante para imbuir al mortal mas débil la habilidad adecuada, cuando es su divina voluntad salvarnos; ó para obcecar en su ciencia al hombre mas esperto, cuando sus iras solo pueden aplacarse con la mundana destruccion de sus criaturas.

—¿Considerais como portentosa esta noche, seor Don Cristóval?

—He visto presagios tan malos como estos, aunque raras veces, á la verdad; si la caravela no tuviese una carga tan pesada, dable me seria contemplar con menor ansiedad nuestra situacion.

—Vuestras palabras me sorprenden, mi almirante! Nuestros pilotos se quejan del poco lastre que llevamos sobordo!

—Muy cierto es eso, en cuanto respeta á la sustancia material; pero traemos en la nao un cargamento de ciencia, que mucho me penaria ver derrochado en estos vagos oleages. ¿No advertis cuan aprisa y tenebrosa se corre en nuestro alrededor el velo de la noche, y con cuanta rapidez se va reduciendo la Niña á nuestro mundo entero? Apenas podemos divisar á la Pinta, que ya se asemeja á una informe sombra sobre las espumosas aguas, sirviéndonos mas bien de fanal agoroso para avisarnos de nuestra propia desolacion, que como una compañera para alentarnos con su presencia y convoy!

—Nunca os he conocido tan desalentado, escelentísimo señor, por causa del aspecto del temporal!

—No es mi costumbre, jóven noble; pero abrumba mi corazon su glorioso secreto. Ved ahí!—¿no notais ese signo ulterior de la contienda de los elementos?

Mientras así hablaba el almirante, mante-

niase con la cara vuelta hácia España; mientras los ojos de su colocutor estaban clavados en el horizonte portentoso del occidente, en torno del cual aun se hacia reacia la luz suficiente para tornar sus ceños tan amedrentadores como visibles eran. Asi es que no habia notado la mudanza que llamára la atencion del gran navegante, y esprimiera de él aquella observacion, pero volviéndose súbito, pidió á su amigo esplicaciones. No obstante la estacion, habia iluminado el horizonte al nordeste un repentino relámpago, y aun mientras el almirante estaba refiriendo el hecho, y señalando hácia aquella parte del Cielo, donde el fenómeno habia aparecido, otras dos ráfagas de fuego eléctrico se siguieron en vivisima sucesion.

—Señor Vicente! gritó Colon, inclinando el cuerpo hácia delante de modo que pudiese ver desde lo alto un grupo de boscas figuras que estaba en la media cubierta á sus pies. ¿Está el señor Vicente entre vosotros?

—Aqui estoy, Don Cristóval, y ya he advertido el presagio. Es una señal de que va el viento á soplar aun mas furioso.

—Visitarnos habrá pronto una borrasca,

dignísimo Vicente, y esa vendrá desde aquel punto del Cielo ó de la banda contraria. ¿Está todo seguro en la caravela?

—Creo que nada hay ya por preparar, señor almirante. Todo el trapo se halla reducido al menor bulto posible, las amarras están bien aseguradas, y por arriba llevamos poquísimo cabeceo. Sancho Ruiz, cuida de las guñadas no sea que metamos dentro mayor cantidad de agua de la que nos convenga!

—Tened también cuidado de las luces de popa, á fin de que nuestra compañera no nos pierda en la oscuridad. No es ahora tiempo de dormir, Vicente!—poned al timon los hombres de mayor confianza.

—Señor, ya los he elegido con el mayor esmero: Sancho Mundo, y Pepe el de Moguer están encargados de esta obligación por ahora; otros timoneles de igual habilidad tengo de reserva para su relevo, tan pronto como espere el tiempo de la guardia á que pertenecen.

—Está muy bien, amigo Pinzon; mas ni vos ni yo podemos pegar los ojos esta noche.

Las precauciones de Colón no carecían de fundamento. Una hora después de haberse vis-

to aquellos relámpagos desnaturales, levantóse una manga de viento del sudoeste, favorable en cuanto á direccion, pero temible respecto á fuerza. No obstante lo mucho que anhelaba llegar á puerto, hallólo prudente el almirante aferrar la única vela que tenia en los palos; y durante la mayor parte de la noche ambos buques corrieron á palo seco, con las proas dirigidas hácia el nordeste. Decimos que ambos, porque Martin Alonso, apesar de su mucha práctica de los borrascosos mares, y de su disposicion de obrar siempre por si solo, hacia que la Pinta se mantuviese tan próxima á la Niña, que pocos minutos pasaban sin que se la viese columpiar en el lomo de una mar espumosa, ó hundirse á plomo en sus surcos, al dispararse sin restriccion ante el soplo de la tempestad. Sin embargo, conservábase siempre al costado de su compañera, tal como un hombre se ase de otro hombre en los instantes de dependencia y de peligro.

Asi pasó la noche del 13, y la luz del dia trajo consigo un cuadro mas vivo de toda la escena, aunque se creyó que el viento habia alojado hasta cierto punto sus iras cuando aso-

mó el Sol. Esta mudanza' tal vez existiria tan solo en las imaginaciones de aquellos marinos, pues que la luz aminora usualmente la apariencia del peligro, porque habilita al hombre para arrostrarlo mejor. Sin embargo, cada caravela desplegó un poco de trapo, y ambas siguieron levantando espuma, hácia adelante, y dirigiéndose presurosas en direccion á las costas de España con sus inesperadas nuevas. A medida que el dia se adelantò, aminoróse sensiblemente la furia del viento; pero al acercarse otra vez la noche, tornó á soplar con renovado brio, mas contraria y obligando á los aventureros á recoger hasta la última pulgada de lona que á dar á la ventolina atrevido se hubieran. Ni fué esto lo peor. Las caravelas á este tiempo, habian llegado á un trozo de mar, donde bramaba un oleage atravesado, efecto de alguna otra ventolina que habia soplado recientemente de un punto distinto. Ambas barcas lucharon osadas á fin de asegurar su rumbo, en circunstancias tan adversas; mas comenzaron á bregar de modo que escitaban la desazon de aquellos que comprendian cuanta era la resistencia de los leños,

y que estaban á cabo del origen de donde los peligros emanaban. Al aproximarse la noche, advirtió Colon que la Pinta perdía terreno, pues que la avería de su arboladura era de bastante monta, aun cuando no tuviese volando una pulgada de vela. Con mucha repugnancia dió órdenes á fin de que la Niña orzase para arrimarse mas á su compañera, pues que la separacion, en tal crisis, seria un mal, al que seguiria infaliblemente una ruina positiva.

En este estado cerró la noche del 14 en torno de nuestros aventureros solitarios y ceñidos de mar. Lo que en la antecedente solo habia sido presagio y amenaza tornóse ahora en realidad horrible. El mismo Colon declaró que nunca habia conocido bajel que tuviese que luchar con borrasca mas furiosa, ni procuró ocultar á Luis hasta donde alcanzaban sus aprehensiones. Delante de los pilotos y de la tripulacion, se le veia sereno y aun alegre; mas luego que se quedaba á solas con nuestro héroe, tornábase franco y abatido. No por eso habian abandonado al célebre navegador su tranquilidad y firmeza. No salió de sus labios quejumbre alguna invaro-

nil, aunque le anublaba el ánimo la idea de que sus grandes descubrimientos corrían peligro de perderse para siempre.

Tal era el estado de las sensaciones pre-
valecientes en el pecho del almirante, mien-
tras sentado en su estrecha cámara, durante
las primeras horas de aquella noche tremen-
da, se hallaba en vigilancia de cualquier ac-
cidente consolador ó desastroso, que ocurrir
pudiera. El abullar de los vientos, que ma-
terialmente raspaban de la superficie del reso-
nante Atlántico sábanas enteras de salitre,
apenas se oía entre el rugido y embate de las
aguas. A veces, en verdad, cuando la carave-
la se hundía inerte entre dos gigantescas olas,
el fragmento de trapo que aun tendiera al hu-
racan, solía zamarrearse, y el viento parecía
acallado y en calma; y luego otra vez, cuan-
do la máquina boyadora bregaba por subir, á
manera de un hombre que se está ahogando
y gana la superficie en virtud de esfuerzos fre-
néticos, parecería cual si las columnas de aire
fuesen á precipitarla delante de sí, con tanta
liviandad como lo hacían con los rociones de
agua. Hasta Don Luis, aunque poco sugeto á

padecer alarmas, conoció que su situación era muy crítica, y la acostumbrada bilaridad de sus espíritus habíase relevado en su frente por una tenebrosa gravedad, que nada tenía de común con él. Si una columna de un millar de Moros hostiles hubiera estado delante de nuestro héroe, antes pensara en los medios de arrollarla, que en los de evadirla; pero esta guerra de los elementos no admitía de elección. En efecto parecía cual si fuese luchar brazo á brazo con el Hacedor Supremo. En semejantes escenas, á la verdad, los hombres mas bravos no hallan consuelo en guarecerse detras de su intrepidez y resolución; porque los esfuerzos de un mortal son insignificantes y vanos cuando se oponen al alvedrio y al poder de Dios.

—Esta es una noche, tremenda, señor Don Cristóval, observó con calma nuestro héroe, conservando en su exterior mas indiferencia de la que en su interior sentía.—Para mi, sobrepuja á cuantas he pasado hasta la fecha, mecido por el vaiven de las tempestades.

Sollozó pesadamente Colon, y luego apartando del rostro las manos, miró alrededor cual

si buscáramos algunos enseres que le hiciesen falta.

—Señor conde, respondió con dignidad el gran piloto, nos queda que desempeñar un solemne deber. Ahí tenéis una hoja de pergamino en el cajón á vuestro lado de la mesa, y aquí hay avios de escribir. Cumplamos con este encargo importante, mientras aun se nos concede tiempo misericordiosamente; pues que solo Dios sabe cuantas horas nos quedan ya de vida.

No mudó de color Don Luis al escuchar palabras tan portentosas, pero púsosele el rostro muy formal y grave. Abriendo el cajón, sacó el pergamino; y colocólo sobre la mesa. Entónces el almirante, tomando una pluma, hizo señas á su compañero para que de otra se apoderase, y ambos comenzaron á escribir del modo mejor que lo permitia el incesante bamboleo de la caravela. La tarea era árdua, pero se egecutó con toda limpieza. Al escribir Colon un párrafo, se lo dictaba á Luis, quien lo ponía fielmente en su pergamino palabra por palabra. La sustancia de esta memoria era el resúmen de los descubrimientos verificados, la latitud y longitud de Española,

con la posición relativa de las otras islas, y un breve relato de lo que se había visto. La carta estaba dirigida á Fernando é Isabela. Luego que ambos concluyeron su tarea, envolvió con cuidado el almirante su misiva en una cubierta de hule, mientras Luis en todo le imitaba. Cada cual tomó entonces un gran trozo de cera, en cuyo centro se aseguró esmeradamente el pliego de pergamino. Envió ahora Colon por el tonelero de la nave, á quien dió orden de meter cada amasijo en un barril separado. Como que esta clase de vasijas está de sobra en los bajeles, antes que espirasen muchos minutos, quedaron encerradas las dos cartas en sus vacíos toneles. Llevando estos consigo, ascendieron de nuevo al alcázar Don Luis y Colon. La noche era tan espantosa, que nadie dormía, y la mayor parte de la gente de la Niña, marineros y oficiales, se hallaba agrupada en el trozo de cubierta próximo al palo mayor, donde únicamente, salvo los lugares aun mas privilegiados, se suponían seguros los hombres de no ser barridos á la mar por la conjunta fuerza del viento y de las olas. Aun aquí, á la verdad, empapábanles á menudo los

rociones, de cuya ruda visita no se hallaba esento el mismo alcázar.

Luego que tornó á presentarse Colon, agolpáronse en torno suyo sus secuaces, ansiosos de saber su dictámen, y sollicitos de oír su propósito actual. El haberles revelado lo cierto hubiera sido introducir la desesperacion donde la esperanza habíase ya estinguido del todo; y meramente insinuándoles que cumplia un voto religioso, Colon con sus propias manos arrojó el barril á las aguas fervidoras. El de Luis se colocó en el punto mas elevado de la popa, con la esperanza de que flotando se quedase, despues de sumergida la caravela.

Tres siglos y medio han pasado rodando por el mundo, desde que Colon adoptára tan sábia providencia, y nunca se ha vuelto á tener el indicio mas leve de aquel barril. Era tal su ligereza que tal vez haya continuado flotando por enteros siglos. Protegido de robustos flejes, puede aun estar boyando en el desierto acuoso, preñado de sus revelaciones estupendas. Posible es tabien que muchas veces le hayan rodado las olas sobre algun playazo, y otras tantas llevadoselo la resaca de nuevo, y

quizás en mil ocasiones hayan pasado junto á él infinitos buques, confundiéndolo con sus vulgares compañeros que con tanta frecuencia se topa flotando en el océano. Si alguien lo hubiese hallado, pronto se hubiera abierto; y registrado su contenido por cualquier hombre civilizado, es casi imposible que una ocurrencia de tanto interés se hubiese totalmente perdido.

Cumplido este deber, tuvo ahora lugar el almirante para tender la vista alrededor. Era tan densa la oscuridad, que, á no ser por la pequeña luz que destellaban las aguas turbulentas, difícil habria sido distinguir los objetos á una distancia igual á la longitud de la caravela. Los que solo se han embarcado en navios de alto porte no pueden tener una idea justa de la situacion en que ahora se hallaba la Niña. Este vaso, poco mas grande que una faluca de buenas dimensiones, habia salido de España con su aparejo latino, que tanto se usa en las ligeras barcas costaneras de la Europa meridional; pero la hechura de su velámen se habia cambiado en las islas Canarias. Al flotar esta nave en una bahia ó en un rio, su altu-

ra fuera del agua no podía haber pasado de cuatro ó cinco pies; y ahora que luchaba con la borrasca en un mar de travesía, y precisamente en aquella parte del Atlántico donde es mas furioso el barrido de los vientos, asemejábase la tal navecilla á algun animalejo acuático, que ocasionalmente sube á la superficie para respirar. Momentos hubo en que la caravela parecia irse hundiendo irremisiblemente en los abismos del océano; porque en torno de ella se henchian monstruosas cordilleras de negras olas; habiendo destruido la barabunda de las aguas toda la ordinaria simetria de las ondas rodadoras. Aunque se ha usado de mucho lenguaje figurativo para hablar de los amontañados oleages, no seria exceder de la verdad literal el añadir que los penoles de la Niña se hallaban á veces mas hundidos que los mares circunstantes, que eran arrojados hácia arriba de un modo tan torreante que su vista inducia á recelar que se desplomasen en cataratas sobre sus bordas y bodega, pues que literalmente hablando carecia la nave de cubierta central. Esto por cierto formaba una gravisima causa de peligro, pues

que al reventar una ola pudiera haber llenado de agua el bajel, llevándosele, con cuantos en él estaban, irremisiblemente al fondo. Así como era, las crestas del oleaje le caían encima á cada momento, ó bien se disparaban de una banda á otra de su casco, formando inmensas sábanas de brillante salitre, aunque por feliz ventura nunca tenían suficiente poder para hundir aquella boyadora-fábrica. En tales instantes toda la salud de la barca dependía de sus frágiles cobertizos de lona embreada; si estas ligeras protecciones hubiesen faltado, dos ó tres olas sucesivas habian colmado la bodega infaliblemente, hasta abogar al leño; cuando la pérdida de todos hubiera seguido como una consecuencia inevitable.

Habia dispuesto el almirante que Vicente Yañez, con todos los rizos tomados, en esperanza de arrastrar la caravela á través de aquel caos de agua, hasta llegar á una parte del océano donde la corrida de las aguas era mas metódica. La direccion general de los mares tambien, en cuanto podia decirse que tal fuese su direccion habia sido respetada, y la Niña bregaba hácia adelante—ó mas propiamente

te pudiera decirse que raneaba en su rumbo, habiendo hecho cinco ó seis leguas, desde que el día desapareció sin haber conseguido mudanza ninguna. Ya se acercaba la medianoche, y todavía presentaba la superficie del océano el mismo silvestre aspecto de confusión caótica. Llegóse al almirante Vicente Yañez, para advertirle que la barca no podía ya ni aun con el trapo de vela que desplegado llevaba.

—Al subirnos sobre la mar, dijo el piloto, el arranque de la lona, hace que estemos muy á pique de que se le despoje la popa á la nao, señor Don Cristóval; y luego que nos hundimos en el surco de las olas, el retroceso de la vela es igualmente amenazador. La Niña no puede considerarse segura mientras lleve una pulgada de velámen.

—¿Ha visto alguien á Martin Alonso en esta hora que ha transcurrido, preguntó Colón, mirando ansioso hácia el punto donde debiera verse á la Pinta. ¿Has descuidado los fanales, Vicente?

—Ya era imposible que su luz resistiera al temporal, señor almirante. De cuando en cuando hemos conseguido encendellos, y á ca-

da señal ha contestado debidamente mi hermano.

—Enciéndolos una vez mas. Este es un instante en que la presencia de un amigo solaza el alma, aun cuando se halle tan desvalido como nosotros mismos.

Izáronse las farolas, y despues de atisvar con sumo cuidado, una lejana luz, de débil resplandor, se vió destellar en el arranque de la ventolina. Repitiòse el experimento, por intervalos cortos, y otras tantas veces se respondió á la señal, por distancias en aumento, hasta que la luz del buque consorte, se perdió finalmente del todo.

—La arboladura de la Pinta es demasiado endeble para aguantar apuro semejante, ni aun el peso de sus propios atavios, observó Vicente Yañez, y mi hermano ha hallado que es imposible ceñir tanto el viento como nosotros. Se desvia un poco mas á barlovento.

—Aseguremos la vela mayor, contestó el almirante, como dice muy bien. Nuestra débil barca no puede resistir por mas tiempo estas furiosas oleadas.

Reunió entónces Vicente Yañez unos cuan-

tos de sus hombres mas diestros, y acorrió á proa á fin de que la órden se egecutase. Al mismo instante púsose el timon en rumbo, y sesgó la caravela hasta que la ventoliná le entró por la popa. La tarea de recoger la vela fué muy fácil, hablando comparativamente porque la verga distaba pocos pies de la cubierta y solo proyectaban de ella las puntas de los penoles. Sin embargo, se necesitaban hombres de fibra y de diestras manos para aventurarse á subir en semejante momento. Trepó Sancho por un lado del mastil, y Pepe por el otro, manifestando ambos aquellas cualidades que son tan solo propiedad del perfecto marino.

«Meziase ahora la caravela á merced de los vientos y de las olas, pues que el término «correrla» no podia ser aplicable á un bajel tan bajo de bordas como aquel, y al que guarecía tanto de la accion de los vientos la altura de las oleadas. Si estas hubiesen poseido su regularidad ordinaria, un bajel de tan corta alzada hubiera zozobrado á la fuerza, pero el eximirse ahora de semejante calamidad se debió hasta cierto punto, á una irregu-

laridad que por sí era fuente de peligros nuevos. Sin embargo, proseguía la Niña navegando hácia adelante, y eso con ligereza, aunque no con la celeridad necesaria para correr mas aprisa que las aguas perseguidoras, si las olas le hubiesen dado caza con su acostumbrado órden y rapidez. El atravesado mar destruyó todo esto: las olas se entrechocaban, produciendo en efecto aquellas crestas que de otro modo hubieran rodado por encima en espuma barriente, y disparándolas hácia arriba en asombrosas cascadas.

Esta fué la crisis del peligro. Durante una hora salió desbocada la caravela en medio de aquellas tinieblas del caos, con una especie de precipitada furia; no sin frecuencia haciendo camino con su costado á la mar, cual si la impaciente popa estuviese resuelta á anticiparse á la proa, esponiendo á todos al apuro estremo de recibir un diluvio de agua por la travesía. Este inminente riesgo solo se evitó merced á la actividad del timon, que trabajaba Sancho con toda su destreza y energia, hasta que el sudor le manaba á chorros de la frente, cual si otra vez se hallase espuesto al

Sol de los trópicos. Al fin hizo tan grande y general el pánico, que por solicitud comunes obligóse al almirante á hacer las promesas usuales. Con este objeto se reunieron todos los hombres á escepcion de los que cuidaban del gobernalle para echar suertes á fin de ver quienes serian los penitenciados.

—Estan en las manos de Dios, amigos míos, dijo Colon, y es fuerza confeseis vuestra confianza en sus bondades, aminorando vuestra seguridad en su santa bendicion solamente, y en sus milagrosos favores. En ese virrete que tiene el señor de Muñoz en las manos, hay tantos garbanzos cuantas personas estamos aqui; uno de ellos lleva la señal de la sagrada cruz, y aquel que saque este divino emblema, quedará comprometido á ir en romeria al santuario de Nuestra Señora de Guadalupe, llevando por via de ofrenda un cirio de peso de cinco libras. Como el mas grande pecador de todos vosotros asi como por ser almirante vuestro, la primera prueba ha de ser mia.

En seguida Colon metió la mano en el virrete, y al sacar un garbanzo, y mirarlo á la luz de la linterna, se halló que tenia en su superficie el signo indicado.

—Eso está muy bien, señor, dijo uno de los pilotos; échese de nuevo en la gorra el garbanzo y renuévese la suerte para una penitencia aun mas severa, que cumplirse habrá, en el santuario mas venerando para toda la cristiandad; quiero decir el de Nuestra Señora de Loreto. Nuestra peregrinacion á el santo templo vale por dos romerias á cualquier otro.

En los instantes de afliccion, el religioso sentimiento suele desarrollarse con fuerza en el humano espíritu; asi es que la propuesta fué recibida con entusiasmo. Accedió á ella de buena gana el almirante, y luego que todos hubieron sacado sus suertes hallóse el garbanzo de la cruz en manos de un marinero llamado Pedro de Villa, sugeto que no tenia la mejor fama respecto á piedad ni á ciencia.

—Esa es una jornada fatigadora y costosa! refunfuñó el electo penitente—y no se puede hacer con pocos recursos.

—No tengas cuidado por eso; amigo Pedro; respondió Colon: el trabajo de caminar será tu porcion, y la mia sufragar el costo de tu viaje. Buen Bartolomé Roldan, la noche se pone cada instante mas terrífica.

—Así es, señor, y poca satisfacción me dá el ver aquí á Pedro convertido en peregrino, aun cuando parezca que el mismo cielo ha sido quien dirigiera la elección. Una misa celebrada en Santa Clara de Moguer, y uno que vele cabe su altar, una noche entera, hará mas al caso que esas distantes romerías á cargo de un belitre como este.

Esta opinion no dejó de tener partidarios entre los marinos de Moguer, é hizose una tercera prueba á fin de que la persona se determinase. Otra vez sacò del virrete nuestro almirante el cruzado garbanzo. Apesar de eso el peligro (nó) se disminuía, pues que la carabela amenazaba volcarse á cada momento entre la turbulencia de las olas.

—Estamos demasiado livianos, Vicente Yañez, dijo Colon; y aun cuando la empresa aparezca desesperada, debemos hacer un esfuerzo para llenar de agua de la mar nuestras botas vacías. Introdúzcanse mas niangas debajo de los cobertizos; y envíense á la bodega algunas manos primorosas, para asegurar de que el agua nó se nos vaya allá, en vez de correr dentro de los toneles.

Obedeci6se esta 6rden, y pasaronse horas enteras para egecutarla. La gran dificultad consistia en proteger 6 los hombres que sacaban el agua de la mar, pues mientras el elemento entero estaba bramando en semejante confusi6n al rededor de los bajeles, no era materia f6cil asegurar una sola gota de una manera 6til. La paciencia y la perseverancia, sin embargo prevalecieron por 6ltimo, y antes que la luz volviera, tantas botas vacias se habian llenado, que ayudaron eficazmente 6 la firmeza de la caravela. Cerca del alba llovi6 6 torrentes, y mud6se el viento de sud 6 este, al paso que perdi6 poquissima parte de su furia. Con esta ocurrencia di6se al aire la vela mayor, la cual arrastr6 como pudo 6 la barca, por una mar tumultuosa un corto n6mero de millas en direcci6n oriental.

Luego que albore6 el dia, mud6se la escena con ventaja. En ninguna parte se veia 6 la Pinta, y era la opini6n de muchos 6 bordo de la Ni6a, que su compa6era de viage se habia ido por ojo. Pero las nubes habian abierto un poco, mientras una especie de mistico resplandor servia de orla al occ6ano, que es-

taba emblanquecido de espuma, y hervia aun
 con espantoso furor. Sin embargo las olas se
 tornaban por grados mas arregladas, y ya los
 marineros no se veian en la precision de atar-
 se sobre cubierta para impedir que se los lle-
 vassen al agua los golpes de mar. Izáronse otras
 velas en los padecidos mástiles y á medida que
 iba cesando el cabeceo, tornóse mas serena la
 nao y mas segura en sus movimientos.



CAPITULO IV.

De la vista de tierra ahora privados,
 Inciertos el profundo recorrian
 Sin senda demarcada; los cuitados
 Seguir al rumbo fieles impedian
 Adversos huracanes, que escitados
 La negra mar en derredor cesfian;
 Y tan feroz la tempestad bramaba
 Que apenas el bajel se columbraba.

LA VISION DE LA PACIENCIA.

T era el estado de las cosas por la mañana del día 15, y poco después de salir el sol, oyóse desde el tope el jubiloso grito de «tierra!» Es digno de notarse que este descubrimiento tuvo lugar por la proa directamente, tan exactos fueron todos

los cálculos del almirante, y tan cierto se hallaba este de su posición en el mapa. Sin embargo, una docena de opiniones comenzaron á prevalecer á bordo, entre los pilotos y los marineros, respecto á nueva también venida, imaginándose los unos que era el continente Europa, al paso que los otros creían que era la isla de Madeira. El mismo Colon aseguró públicamente que se hallaban á la vista de una de las Azores.

Cada hora cercenaba la distancia entre este anhelado punto de tierra y los fatigados aventureros, cuando la ventolina dando una entera vuelta en torno de la rosa náutica, comenzó á soplar directamente de la isla. A través de un largo y cansado día, mantúvose firme la barquichuela con el viento por la proa, ciñendolo en lo posible á fin de llegar á fuerza de viradas á aquel tan codiciado puerto; pero la henchidura de la marejada y la sucia ráfaga hacían que fuesen sus progresos tan lentos como penibles. Tornó á ponerse el Sol entre tinieblas invernosas, y aun yacía la tierra en el punto contrario, y en toda apariencia á una distancia imposible de franquear por entónces.

Transcurrióse hora tras de hora, y todavía en la oscuridad la Niña luchaba para acercarse mas al punto donde se habia divisado la tierra. Jamas abandonó el almirante su puesto, en todas aquellas escenas desoladoras, porque le parecia que las fortunas de sus descubrimientos pendian ahora por decirlo asi, de un endeble cabello. Nuestro héroe estaba menos vigilante, pero hasta él comenzaba á sentir mayor ansiedad por las resultas, al aproximarse el momento de ir á decidirse los destinos de la expedicion.

Al salir el Sol, volviéronse los ojos de todos hácia la acuosa orla del horizonte, y con gran chasco para cuantos iban á bordo de la Niña, no habia ya á la vista el mas leve indicio de tierra. Figurábanse algunos que todo habia sido una ilusion; pero el almirante fué de parecer que habian pasado la isla durante la noche, y sesgó en su rumbo á fin de navegar mas hácia el medio dia. Esta mudanza en la direccion de la nave hacia solo una ó dos horas que se hiciera, cuando tornó á descubrirse turbiamente la tierra hácia el punto oriental, donde antes columbrarla hubiera sido imposible. Viró

la caravela en busca de aquella isla; y bregó por alcanzarla hasta que volvieron las tinieblas, luchando contra una fuerte ventolina y un furioso mar por la proa. Otra vez tupióse alrededor la noche, y la tierra se desvaneció de nuevo en la oscuridad.

A igual hora que en la noche anterior se habia reunido la gente de la Niña, para entonar la *Salve*, como himno vespertino en laude de la Santísima Virgen; porque es uno de los incidentes mas sensibilizantes de este viaje el que aquellos toscos marinos llevasen consigo por los desconocidos desiertos del Atlántico, las preces de su religion, y los rezos comunes á toda la cristiandad. Mientras asi ocupados se hallaban hablase visto una luz á barlovento, la cual se supuso estaba en la isla que primero habian divisado, y fortaleció el dictámen del almirante, quien discurría hallarse la caravela en el centro de un grupo de islas, y que navegando á estribor habia de hallarse en disposicion de llegar á puerto á la siguiente mañana. El alba sin embargo no trajo consigo otra mudanza que la ya advertida, y todos se preparaban el dia 17 á pasar otra noche como

las anteriores, agitados de incertidumbre, cuando el grito de tierra realentó súbito los decaídos ánimos de cuantos llevaba á su bordo la caravela.

Púsole la proa atrevidamente la Niña, y antes de media noche se encontró bastante cerca de la tierra para echar el ancla; sin embargo tan recio era el viento, y tan turbulenta estaba la mar que se rompió el cable, ahuyentando, por decirlo así, á los pobres aventureros, de las regiones á las cuales con toda propiedad pertenecian. Hizose vela, y renovóse el esfuerzo de mantenerse contra la ventolina, hasta que al amanecer consiguió la caravela aconcharse á la costa y obtener un surtidero en la parte septentrional de la isla. Entónces, los fatigados y casi exhaustos marinos conocieron que Colon opinára á derechas, y que habian llegado á la isla de Santa Maria, una de las Azores.

No pertenece á esta historia el referir todos los incidentes que ocurrieron mientras en este puerto permaneció la Niña. Por parte de los Portugueses hubo una tentativa para apoderarse de la caravela, pues que habian sido

los últimos en perseguir al almirante, cuando su partida del antiguo mundo, y eran ahora los primeros en acometerle á su retorno. Sin embargo, frustráronse todas sus maquinaciones, y despues de apresar á la mayor parte de la tripulacion, y permitir que el almirante en una ocasion se diese á la vela sin aquellos hombres, quedó definitivamente arreglado el asunto en virtud de la prudencia y energia de Colon, quien puso por fin la proa á España, despues de reembarcada toda su gente, el dia 24 del mes antedicho.

La providencia parecia favorecer el pasage de los aventureros, durante los primeros dias, pues el viento les sopló favorable y la mar estuvo bonancible. Entre la mañana del 24 y la noche del 26 anduvo la caravela casi cien leguas con rumbo á Palos; mas luego comenzaron á soplar vientos sucios que acarrearón otro tremendo mar de leva. Arreció de nuevo la ventolina, aunque asaz favorable para permitirles navegasen á oriente, con un leve soslayo al norte, ocasionalmente enderezando por completo el rumbo. El temporal era duro, pero como el almirante conocia que iba acercán-

dose al continente europeo, no tuvo porqué quejarse, y alentaba á su gente con la esperanza de una pronta llegada. De esta suerte amaneciò el dia 2 de Marzo, que fué Sábado, cuando creyó hallarse Colon á algunas cien millas de la costa de Portugal, porque los vientos del sur le habian hecho derribar algun tanto al norte.

La noche comenzó favorable; sin embargo, seguia luchando el bajel en su camino por una mar tremenda que venia precipitada del medio dia, y con el viento casi por la proa, soplando tan recio que obligó á reducir las velas á un tamaño manejable. Era la Niña una barca excelente, como ya abastanza se ha hecho ver, é iba ahora mas serena que cuando la acometió primero la borrasca; porque sus pilotos habian llenado de agua otro buen número de sus botas vacias, que no habia sido posible estivar útilmente durante el pasado temporal.

—Has vivido junto al timon, Sancho Mundo, desde que las ventolinias comenzaron, dijo chanceándose Colon á eso de la última hora del primer cuarto, y al pasar cerca del puesto del viejo marino. No es pequeña honra ocu-

par ese destino en medio de los severos temporales que ha sido nuestra mala suerte sufrir.

—Tal lo considero, señor don almirante; y espero que sus muy ilustres y escelentes altezas, los dos soberanos lo contemplen bajo igual punto de vista, en cuanto tiene conexion con la pesadumbre de mi deber.

—¿Y por qué no en cuanto tu honra en ello se interesa, amigo Sancho? interpuso Luis, quien se habia tornado en íntimo del timonel desde el lance de los peñascos.

—La honra, seor maese Pedro, es comida fiambre, y se hace una bola en el estómago de un hombre pobre. Una dobla bien vale un par de condados para un infelice como yo, pues que la dobla ayudaria á granjearme respeto entre los hombres de mi clase, al paso que los condados solo atraerian sobre mi cabeza la befa mas condigna. No, no, maese Pero, vuesa señoria dará una saldriquera de oro, y cedo mis honores á los que gusten engalanarse con ellos. Si un hombre ha de alzarse en este mundo, es preciso que principie por el principio, que ponga por solera un fundamento sólido; despues de lo cual háganle caballero del orden de San-

tiago, toda vez que le necesiten los soberanos para apuntar el nombre del tal bizarro adalid en sus listas.

—Sancho, eres demasiado locuaz para ser un timonel, aunque en otros respetos un sujeto muy apreciable, observó el almirante con gravedad; vigila tu rumbo; que no te faltarán buenas doblas luego que se termine el viage.

—Mil gracias, señor almirante, y por vía de prueba que sirva para convencer á usencia que no tengo los ojos cerrados, aun cuando ande un poco suelta mi lengua, no haré mas que suplicar á su magnitud y á los pilotos, que vigileis ese harapo de nubarron, que se va levantando por allá, hácia el sud-oeste, y que os pregunten si presagia bien ó mal.

—Por vida de la Misa, señor Don Cristóval que tiene razon el timonero; exclamó Bartolomé Roldan, quien se hallaba á mano; esa es una nube de aspecto muy siniestro, y mucho se asemeja á las que paren los chubascos blancos en las costas del Africa.

—Tened cuidado con eso, tened cuidado, buen Bartolomé, contestó pesaroso el almirante. En verdad que nos hemos confiado hasta

la demasia en nuestra buena fortuna, y que hemos sido asaz negligentes de los signos con que el Cielo nos avisa. Llámense sobre cubierta todas las manos, y que tambien suba Vicente Yañez, porque mucha falta nos van á hacer.

Ascendió ahora Colon al alcázar, desde donde dominaba una vista mas estensa del Cielo y de la mar. Las señales, verdaderamente, eran tan portentosas como súbitas habian sido en presentarse. Llenaba la atmósfera una niebla blanquecina, que se asemejaba á una cenicienta humareda, y apenas tuvo tiempo el almirante de mirar en torno suyo, cuando un estruendo espantoso, parecido al pisar de mil caballos que pasan á escape por encima de un puente de tablas, vino precipitándose con el viento. Oyóse hervir el agua, como es de costumbre en semejantes momentos, y estalló la tempestad sobre la frágil barca, cual si una legion de envidiosos demonios hubiese resuelto que jamás regresase á España con las faustas nuevas de que era portadora.

Un traquido, igual á la descarga de mil fusiles, fué la primera señal de que el chubasco se habia desplomado sobre la Niña. Proce-

dia de la rotura de las lonas, pues que todas las velas se hicieron trizas en un mismo instante. Hundióse de lado la caravela hasta que mojó sus mástiles el oleage, y hubo un momento de restringido instante, durante el cual, privados hasta de aliento los marinos mas viejos y baqueteados, temieron que la nave á volcarse iba. A no ser por esta averia del velámen, la calamidad pudiera muy bien haber acontecido. Sancho, que manejaba el timon, lo habia enderezado á tiempo, y luego que la Niña se recobró de la embestida, casi se salió fuera del agua al impelerla el desatado huracan.

Este fué el principio de un nuevo ventarron, que aun sobrepujó en violencia al que habiau escapado tan recientemente. Durante la primera hora el terror y el desfallecimiento casi paralizaron los esfuerzos de la chusma, pues que nada se hacia, ni pudiera hacerse para sacarla del peligro en que se veia. Ya estaba corriéndola á palo seco la nao—postrer recurso del marino—y hasta los últimos andrajos de la lona estaban hechos trizas y arrancados trozo á trozo de las vergas, ahorrando á los hombres los esfuerzos que habrian sido

necesarios para aferrarlos. En esta crisis la penitente tripulacion acudió de nuevo á sus ritos religiosos, y otra vez recayó en suerte al almirante el hacer romeria á algun favorito santuario. Ademas toda la tripulacion hizo voto de ayunar á pan y agua el primer Sábado despues de su regreso.

—Notable es, Don Cristóval, dijo Luis, luego que ambos tornaron á quedarse solos en el alcázar, notable es el que esta suerte caiga tan amenudo sobre vos. Por tres ocasiones os ha elegido la Providencia para ser instrumento de contricion y de gratitud.—Este es el resultado de vuestra fé escesiva.

—Decid mas bien, Don Luis, que proviene de mis escesivos pecados. Solo mi orgullo deberia atraerme reprehensiones aun mas enérgicas que las actuales. Me temo que se me habia olvidado que yo era tan solo un agente, electo por Dios con el fin de traer á cabo sus propios y grandiosos fines, é iba cayendo en los lazos de Satanas, imaginándome que yo, por los merecimientos de mi propio saber y de mi innata sabiduria, habia traído á término esta vasta fazaña que emana verdaderamente del supremo poder de la Deidad.

—¿Y creéis que corremos peligro, señor?

—Mayores riesgos nos asedian ahora, Don Luis, que cuantos amagarnos hubieron desde nuestra salida de Palos. Estamos corriendo desenfrenados hácia el continente, el cual no puede distar de nosotros treinta leguas, y, como lo estais viendo, el océano se alborota mas y mas á cada hora. Por buena ventura, la noche se halla muy adelantada, y al venir la luz del día hallemos quizas arbitrios de salvamento.

Reapareció el alba como de costumbre, pues cualquiera que sea el disturbio que sobre su faz aparezca, la tierra prosigue sus revoluciones diurnas en la sublimidad de su vastura, dando á cada mudanza á los miserables gusanillos, que se arrastran sobre su superficie, las pruebas indubitables de que un poder omnipotente preside á todos sus movimientos. La luz, sin embargo, no acarreó cambio ninguno en el aspecto del Cielo ni del océano. Continuó el viento soplando con furor, y la Niña prosiguió bregando entre el caos de las aguas, precipitándose mas y mas cerca al continente que delante de ella iba á desplegarse.

Cerca del conmedio de la tarde, las señales de tierra se hicieron del todo aparentes, y nadie dudó de la cercanía del bajel á las costas de Europa. Nada empero estaba á la vista todavia sino el rabioso océano, el sucio Cielo, y aquella especie de luz sobrenatural, vulgarmente llamada candilazo que se estiende por la atmósfera tan amenudo en las horas de la borrasca. El punto en donde se puso el Sol, aunque sabido con el auxilio de la aguja de marear, no podia ser trazado por la vista, y otra vez la noche cerró sobre la invernosa escena, cual si á la frágil caravela la hubiese abandonado la esperanza asi como la luz del dia. Para añadir á la zozobra de los que iban á su bordo, corria una pesada mar de través, y como siempre acontece, á los buques de tan pequeño porte, en circunstancias semejantes, toneladas enteras de agua caian sobre le nao incesantemente, amenazando destruir la obra muerta y sus frágiles cobertizos de lona embreada.

—Esta es la noche mas terrible de todas, hijo Luis, dijo Colon, una hora despues que la oscuridad hubo corrido en torno de la ca-

ravela sus espesos cortinages. Si salimos en bien de esta noche, podemos juzgarnos como protegidos por Dios mismo.

—Y sin embargo de eso, señor, hablais con calma; y con tanta calma como si el corazon vuestro rebozase con la esperanza.

—El marino que no pueda comandar sus nervios y su voz, hasta en el extremo peligro, la vocacion equivocado ha. Pero siéntome tranquilo, Don Luis, y mi tranquilidad no es aparente. Dios nos tiene en su santa guarda, y hará lo que mas sirva para adelantar su alvedrio santísimo. Mis hijos—mis pobres hijos tristemente me penan agora, aunque en las mientes del Altísimo hasta los desvalidos y huérfanos ocupan un lugar!

—Señor, dado caso que perezcamos, se quedarán los Portugueses con nuestro secreto; ellos son quienes únicamente lo saben, amen de nosotros mismos; pues que supongo que respecto á Martin Alonso poca esperanza puede haber de que salvado se haya.

—Ese es otro motivo de tristura; yo empero he tomado medidas tales que mucho será que no sirvan para asegurar á sus Altezas

en el afianzamiento de sus derechos indisputables. Lo demás, es preciso, dejarlo á la sabiduría omnipotente.

En aquel instante se oyó el estremeciente grito de «tierra»! Esta voz, que tan pocas horas hacia hubiera dado margen á la algazaramas estrepitosa, fue ahora un manantial de nuevas alarmas. Aunque la noche estaba muy oscura; habia instantes en que las tinieblas algun tanto se disiparan, en un circulo de una ó dos millas alrededor del bajel, y por cuyo medio unos objetos tan prominentes como las costas verse pudieran con bastante claridad. Tanto Colon como nuestro héroe se dirigieron presurosos á la proa de la caravela al oír el grito, aun cuando fuese muy peligroso el hacer un movimiento cualquiera, á fin de conseguir la mejor vista posible de la tierra firme. En verdad, estaba esta á tan corta distancia, que cuantos iban á bordo, oyeron ó figurábanse que oían el rugido del oleage que contra los peñascos se estrellaba. Que aquella costa fuese la de Portugal, nadie lo dudaba; pero el continuar con la proa hácia ella, y sin puerto ninguno donde guarecerse, seria

una destruccion inmediata. No quedaba otro recurso que el de virar y mantenerse de cara al viento, procurando conseguir distancia hasta el próximo Sol. Apenas hubo insinuado el almirante esta necesidad, cuando Vicente Yañez se puso á egecutar sus órdenes en el mejor modo posible.

Hasta entónces el viento se habia sostenido al sud-oeste, y de su resulta navegaba al este la caravela, con el sesgo de un punto ó dos hácia el norte; ahora pues se dirigió la maniobra á orzar cuanto se pudiera para traer su proa al setentrion, con derribo de un punto ó dos hácia poniente. Segun la direccion en que la costa al parecer corria, se creyó que esta mudanza en el rumbo pudiera mantener á la caravela, durante unas cuantas boras, á suficiente distancia de las riberas. Pero esta maniobra no podia verificarse sin el auxilio de la lona, y dióse orden de soltar la mesana. El primer zapateo de la vela fué tremendo, y tan poderosa la sacudida, que por poco arranca el mástil de su base; luego en la parte de proa quedóse todo tan tranquilo como si la muerte alli se enseñorease; porque hundién-

dose el buque detras de una barrera de agua se quedó inerte la vela. Aprovecháronse de la circunstancia Sancho y su compañero timonel, para poner á la banda el gobernalle, y luego que la barca boyó para arriba, luchando con los desencadenados elementos, llenóse la vela con un choque igual al que se siente de resultas de el súbito zamarreo de un resistente cable. Desde aquel momento orzó la Niña otra vez con la cabeza hácia la mar, aunque tuvo que abrirse paso por medio de tal conglomeracion de turbulentas aguas, que á cada instante amagaban ponerla quilla arriba.

—Luis! dijo una blanda voz junto al hombre de nuestro héroe, mientras este se asia de la puerta de la cámara destinada á las mugeres—Luis!—Haiti, mejor—Mattinao mejor, mucho malo; Luis!

Era Ozema quien se habia levantado de su catre, para reconocer el espectáculo espantoso del océano. Durante el tiempo suave de que gozaron los aventureros en los primeros dias de su viage, el trato entre Luis y los Indios que iban abordo habia sido constante y jovial. Aunque ligeramente incomodada de re-

sultas del mareo, siempre habia recibido Ozema sus visitas con deleite immaculado, y tantos habian sido sus progresos en la lengua española, que se asombrára de su rapidez hasta su mismo enseñador. Ni tampoco los medios de comunicacion se reducian meramente á los adelantos de Ozema; pues que Luis, al esmerarse en instruirla, habia aprendido tantas palabras de la lengua nativa de la princesa, como ella de la del noble mancebo. Asi es que consiguieran entenderse, recurriendo á ambos idiomas por aquellos términos que la necesidad requeria. Daremos una traduccion libre del coloquio, procurando al mismo tiempo hacer el diálogo característico y gráfico, en cuanto dable nos sea.

—Pobre Ozema! respondió nuestro héroe, atrayéndola con blandura á un sitio, donde pudiese guarecerla de los violentos vaivenes de la nave.—Mucho echarás de menos á Haiti, ciertamente, y la pacífica seguridad de tus bosquecillos!

—Caonabo alli, Luis!

—Es verdad, doncella inocente; pero ni aun ese Caonabo es tan terrible como la furia de estos elementos.

—No-no-no-Caonabo mucho malo. Romper el corazon de Ozema. No Caonabo, no Haiti.

—El temor que tienes al gefe Caribe, preciosa Ozema, te ha trastornado en parte la razon. Tu tienes un Dios, asi como le tenemos nosotros los cristianos, y cual nosotros debes poner en él tu confianza. Solo él patrocinarte puede!

—¿Qué patrocinar?

—Cuidar de ti, Ozema; ver de que no te suceda daño alguno. Mirar por tu salud y salvacion.

—Luis proteger á Ozema. Asi prometer á Mattinao—asi prometer á mi corazon.

—Querida beldad, y asi lo haré, hasta donde mis facultades alcancen. ¿Pero que me es dado hacer contra la borrasca?

—¿Qué hacer Luis contra Caonabo?—matar, cortar Indios; hacer á él huir.

—Esa fue fácil tarea para un caballero cristiano, que blandia una buena tizona, y abrazaba una adarga fiel; ¿pero estas armas de qué sirven contra las iras de la tempestad? Solo nos queda una esperanza, y esta es la de poner nuestra confianza en el Dios de los Españoles.

—Españoles grandes—tener Dios grande.

—No hay mas que un Dios, Ozema, y ese reina en todas partes, en Haiti asi como en España tambien. Acuérdate de lo que te he dicho respecto á su amor, y á la clase de muerte que sufriera, á fin de salvarnos á todos; y tu me prometiste adoracion tributarle, y recibir el santo bautismo luego que en mi patria desembarcáras.

—Dios! Ozema hacer, lo que Ozema decir. Mi amar ya al Dios de Luis.

—Ya has visto su cruz santa, Ozema hermosa, y prometido has besalla, y bendecilla.

—¿Donde cruz? no ver cruz—¿arriba en Cielo? ó donde? Enseñar ahora cruz—cruz de Luis—cruz de amor de Luis!

Llevaba al cuello el noble mancebo la dádiva que al despedirse diérale Mercedes, y tentala puesta sobre el corazon. Sacando ahora del seno la rica joya, llevósela primero á los labios con fervor piadoso, y ofrecióla en seguida á la jóven indiana.

—¿Ese es Dios de Luis? preguntó Ozema sorprendida algun tanto.

—No, no, pobre y obcecada doncella.

—¿Qué obcecada? interrumpió con ansia la aguda virgen, porque ningun vocablo que al jóven le caia de los labios, llegaba á sus oídos sin recogerse.

—Obcecada significa que los que nunca han oído hablar de la cruz, ni de sus infinitas misericordias, se hallan completamente á oscuras.

—Ozema no obcecada ahora! exclamó la Hai-tiense apretando contra su pecho la alhaja. Dar cruz-guardar cruz-no obcecada otra vez, jamás. Cruz Mercedes!-Dijo esto la jóven, pues en virtud de uno de esos errores que no son infrecuentes al comenzar á comunicarse sus ideas los que hablan lenguas distintas, á la doncella de los bosques se le habia impreso, de resultas de algunas exclamaciones involuntarias de Luis, la noción de que la palabra «Mercedes» significaba cualquiera cosa de sobresaliente valia. (*)

(*) Esta observacion de Cooper es justísima. Los tragineros del muelle de Cádiz, notando que los marinos ingleses usan con frecuencia de la espresion «I say,» y los franceses de la de «dis donc,» toman estos espletivos por un nombre comun á los individuos de aquellas naciones; así es que para llamar á un inglés desde léjos siempre se valen de la espresion «I say!» y cuando hablan de los franceses suelen designarlos con el apelativo «didones.» N. del T.

—Ojalá que esa, cuyo nombre pronuncias, te tuviera bajo su blando patrocinio, á fin de que pudiese conducir tu alma pura al conocimiento justo de tu Criador. Esa cruz proviene de Mercedes misma, y bien haces en amarla, y en acogerte á ella. Ponte esa cadena al cuello, inocente jóven, porque ese emblema puede ayudar á salvarte de la muerte, en caso de que la ventolina en las costas nos estrellara antes que el próximo Sol nos alumbre. *Esa cruz es un signo de amor imperecedero!*

Asaz comprendió de esto la muchacha, especialmente porque la transmision oral de la joya fué segundada, por parte de nuestro héroe, con una accion suavemente compulsoria, á fin de obligar á la doncella á aceptarla, y no tardó la cadena en ceñir su cuello, ni el santo emblema en reposar sobre su corazon. El cambio de temperatura, asi como tambien la idea de decoro, habia hecho que el almirante proporcionara á aquellas hembras unas amplias vestiduras de algodón, y las bellas formas de Ozema se hallaban modestamente envueltas en uno de esos mantos, bajo cuyos pliegues habia ella escondido la alhaja, que

cariñosamente apretaba contra su seno, solo porque era una dádiva de Luis. Este jóven, sin embargo, no veía el asunto de igual manera. Solo habia sido su intento, en los instantes de peligro, prestar á la Indiana aquello que las ideas supersticiosas de su siglo le inducian á imaginarse pudiera servirle de salvaguardia sustancial. Como que Ozema no era por ningun título muy diestra en manejar el abrigo de una vestidura, á que no se hallaba acostumbrada, aun cuando su buen gusto natural le hubiese enseñado á ceñirse graciosamente con ella, el jóven, medio por distraccion, la habia asistido en colocar la cruz en su nuevo santuario, cuando un violento vaiven de la barca, le obligó á sostener á su protegida, rodeándole la cintura con uno de sus brazos. Cediendo en parte al mecido de la caravela, cuya violencia hasta hacia perder el equilibrio á los marineros mas diestros, y quizás desequilibrada otro tanto por la ternura de su propio corazon, no rechazó Ozema libertad semejante, la primera á que nuestro conde se habia atrevido; sino que se mantuvo, incesantemente confiada y sostenida por aquel

brazo, que de todos cuantos existian, era mas grato á sus sentimientos creer se hallase destinado á desempeñar esa obligacion por toda la vida. Al instante siguiente reposaba ya su cabeza sobre el seno del jóven, y la cara se la veia vuelta hácia arriba, con los ojos clavados en el rostro de su jóven sostenedor.

—Menos alarmada te encuentro, Ozema, con esta tempestad horrible, de lo que suponer seria racional. El recelo por causa tuya me ha dado mayor desasosiego del que hubiera yo creído posible; y sin embargo, no das la mas ligera muestra de terror!

—Ozema no infeliz-no necesitar Haiti-no necesitar Mattinao-nada necesitar-Ozema dichosa ahora-tener cruz.

—Dulce é inculpable inocente! quiera el Cielo que jamás conozcas otras sensaciones!— Ten confianza en tu cruz.

—Cruz, Mercedes-Luis, Mercedes. Luis y Ozema guardar para siempre cruz.

Quizas fué dichoso para la altamente apreciada felicidad de la doncella, el que la Niña en aquel instante zambullera la proa con tal esfuerzo, que obligó irremediabilmente á nues-

tro héroe á soltar la cintura de la India, y perdiendo el equilibrio á arrastrarla consigo de cabeza hasta el parage donde estaba Colon guareciendo su curtido rostro hasta cierto punto contra la violencia de la tempestad. Luego que se puso en pié, advirtió que estaba cerrada la puerta de la cámara y que ya Ozema no era visible.

=¿Estan asustadas nuestras hembras con esta escena aterradora, hijo Luis? preguntó con calma Colon, pues aunque sus propios pensamientos habian estado casi absortos con la situacion de la caravela, habia advertido cuanto en rededor suyo se pasaba.=Son fuertes de corazon; pero hoy hasta la mas valiente amazona se estremecería al presenciar una borrasca tan deshecha.

=Poquisimo temor les dá, Don Cristóval, pues que no conocen el peligro. El hombre civilizado es reconocido por nuestros huéspedes como superior suyo en grado tal, que asi los varones como las hembras dan muestra de tener implicita confianza en nuestros medios de salvacion. Acabo de entregar á Ozema una cruz, y de aconsejarle ancóre toda su fé en ella.

—Has hecho bien; ese emblema sagrado es ahora el protector mas seguro de todos nosotros. ¡Manten la proa de la caravela tan cerca del viento como te sea posible, Sancho; pues así que este alfoje, cada pulgada que hácia la tierra ganemos, es un paso dado hácia nuestra seguridad.

Dióse la contestacion de costumbre, y luego se puso término al coloquio: pues que las furias de los elementos, y la espantosa manera en que la Niña se veia compelida á luchar materialmente para sostenerse sobre la superficie del océano, proporcionaban un amplisimo tema de reflexiones para cuantos la escena presenciaban.

De este modo se pasó la noche. Luego que rompió el alba, destelló sobre un espectáculo de borrascoso trastorno. El Sol no se hizo visible en todo el dia, y los oscuros vapores se deslizaban tan bajos ante el aliento de la tempestad, que aminoraban la altitud aparente de la bóveda del Cielo mismo, aunque el océano presentase una estensa sábana de undulante espuma. No tardó en hacerse visible la tierra alta, casi por el costado de la caravela, y

todos los marinos mas viejos pronunciaron al instante que era el peñon de Lisboa. La distancia no era grande, tal vez no llegaria á veinte millas; pero la necesidad de arrostrar la borrasca, y de hacer vela ciñendo el viento, en un temporal semejante, hacia la situacion del bajel todavia mas critica de lo que lo habia sido en todas las pruebas anteriores. En aquel momento, quedaron olvidados los ardidés políticos de los Portugueses, ó tenidos como consideraciones secundarias del todo, pues que no parecia que hubiese otra alternativa que entrar en puerto ó perecer en naufragio. Cada pulgada que en despecho del viento se adquiria era de suma importancia para los navegadores, y Vicente Yañez se colocó junto al timon á fin de vigilar su manejo con todo el abinco de la esperiencia y de la autoridad. Solo podian los palos con las velas mas bajas, y estas con los rizos tomados cual su construccion lo requeria.

De tal suerte la barquilla, asaltada de la borrasca, siguió bregando en su rumbo, hundiéndose ora en los surcos del oleage, de modo que la tierra, el océano y todo, escepto los



furiosos rompientes, amen de las nubes que amenazadoras los cobijaban, desaparecian de la vista de los desalentados marinos; ora alzándose, como si fuese, de la sombría calma de una caverna, para volar ante el influjo de una tempestad rugiente, turbulenta y rechinadora. Estos últimos instantes fueron los mas criticos. Cuando el erguido casco cavalgaba en el lomo de una ola, soslayándose á estribor, por causa de aplanarse debajo de su quilla el acuoso elemento, parecia cual si el siguiente golpe de mar hubiera de sumergirlo sin remedio; tan veladores empero se hallaban los ojos de Vicente Yañez, y tan lista la mano de Sancho Mundo, que siempre esquivaba el bajel la calamidad amagadora. Sin embargo, posible no era impedir que entrasen en el barco gruesos rociones, y la enfurecida mar barria de cuando en cuando la cubierta, á fuer de las estensas sábanas de agua que una cataracta despide, y la tripulacion se vió precisada á abandonar del todo aquella parte del flotante leño.

—Todo depende ahora de nuestro velámen, dijo Colon, arrancando un hondo suspiro; si ese aguanta, estamos mas seguros que cuando

corriamos á palo seco; pero estoy cierto de que Dios está con nosotros. Figúrome que el viento sopla con menor violencia que en la noche pasada.

—Tal vez sea así, señor. Creo que nos vamos arrimando al punto que señalado nos habéis.

—Ese es aquel saliente peñascoso. Si conseguimos doblarlo, estamos en puerto de salvamento. Si no lo logramos, somos todos almas del purgatorio, y ya estamos viendo nuestro comun sepulcro.

—La caravela se porta á las mil maravillas, señor, y aun no tenemos perdida toda esperanza.

Una hora mas tarde se hallaban tan próximos á la tierra que podían verse hasta las personas que por ella transitaban. Instantes hay en que puede decirse que la vida y la muerte se ofrecen con medida igual á cada lado de la vista del marino. A la una parte está la destruccion, á la otra la seguridad. Como el bajel se acercaba lentamente á la orilla, no solo se hacia audible el retronar de las olas contra las peñas, sino que la espantosa mane-

ra en que el agua era arrojada hácia arriba en chorros espumosos , añadia al horror del espectáculo. En semejantes ocasiones no es fenómeno extraño el de vastas cascadas á la altura de algunos centenares de pies, ni el de ver el disparado salitre impelido por el huracan hasta inmensa distancia tierra adentro. Lisboa tiene á su frente todo el arranque del océano, sin que lo interrumpen ni quiebren islas ningunas ni promontorios; al paso que la costa de Portugal es la mas desabrigada de cuantas en Europa se conocen. Las ventolinas del sud-oeste, ó por otro nombre los vendavales, recorren mil y ochocientas leguas de océano, y los oleages que arrear delante de si para estrellarlos en las costas son verdaderamente horrendos. Ni tampoco el temporal que ahora procuramos describir era uno de los mas usuales. La estacion habia sido tan tempestuosa, que apenas dejará al Atlántico un instante de sosiego , mientras los oleages, levantados por una ráfaga, apenas tenian tiempo para reposarse, cuando otra alzaba las aguas en una direccion nueva, y hacia nacer aquel bamboleo que mas descuaderna las naves, y e

cual es peculiarmente azaroso para los vasos pequeños.

—Ya corta la mar con proa mas erguida, señor Don Cristóval, exclamó Luis, al verse á tiro de escopeta de la punta ansiada.—Otros diez minutos de favorable sesgo, y vive Dios que lo conseguimos!

—Teneis razon, hijo mio, contestó el almirante con tranquilidad. Si algun accidente nos hiciese embestir contra aquesos peñascos, ni dos tablones de la Niña guardarían compañía por cinco minutos tan siquiera. Déjala ir! buen Vicente Yañez! déjala ir!... que derribe un punto entero, y corte el agua con aliviada quilla. Todo consiste en la lona, y con eso no nos hará falta ese punto... Ya arrancó, Luis; mirad á la tierra y vereis cuan aprisa vamos.

—Verdad, señor, pero la caravela se arrima espantosamente á esa punta!

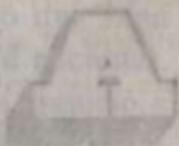
—No temais; un rumbo valiente es con frecuencia el mas seguro. La costa nada tiene de somera, y nosotros calamos poca agua.

Reinó un profundo silencio abordo. La caravela se precipitaba hácia la pedregosa punta con alarmante celeridad, y cada momento la

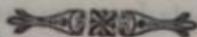
llevaba perceptiblemente mas cerca del bullente remolino de agua que en torno de los peñascos se deshacia en espuma. Sin entrar absolutamente dentro de su vòrtice, deslizóse la Niña rascando su borde, y á los pocos instantes despues, siguió un curso directo por el Tajo arriba, que se ensanchaba delante de ella. Arrióse la vela mayor, y los marineros estuvieron á pié firme sobre la cubierta, sin recelo ni pesadumbre, seguros de hallar un buen puerto y la mas completa seguridad.

Así concluyó virtualmente la mayor hazaña marítima que nunca el mundo ha atestiguado. Verdad es que en seguida se hizo una correria hácia Palos; pero este viage fué insignificante respecto á la distancia, é infructífero en sus incidentes. Colon habia llevado á cabo su vasto propósito, y su triunfo no era ya un secreto. Bien sabido es el recibimiento que le hicieron en Portugal, así como tambien las principales ocurrencias que tuvieron lugar en Lisboa. Ancló en el Tajo el dia 4 de Marzo, y salió de su rada el 13. Por la mañana del 14, doblaba la Niña el cabo de San Vicente, y siguió su rumbo al este á favor de

una ligera brisa, que soplabá del norte. Cuando amaneció el día 15, hallóse el bajel de nuevo sobre la barra de Saltes, despues de una ausencia de doscientos y veinticuatro días únicamente.



CAPITULO V:



Era una noche, y en solaz gustoso
De sus dignas comadres rodeada,
Ella entreoia un cuento escandaloso,
Cuando la puerta súbita llamada,
Estremeció con retronar sonoro,
Y pronto en su presencia fue admitido
Un robusto rapaz, cubiertás de oro
Las anchas franjas de su azul vestido.
Un sombrero cual torta, orondo y lato,
Gruesa hevilla de plata en el zapato,
Lucia el galán, y limpio padizuelo
De la India en su cuello se veia,
Y en su mano un janquillo se blandia;
Linda facha era aquella del mozueto.
MICKLE.



PESAR de los nobles conceptos que formaba la base de la expedición, que de mencionar acabamos, la perseverancia y decision necesarias para llevarla á buen éxito, y lo magnifico de las consecuencias que de su prósperos resultados de-

pendian, hizo entónces el viage poquisimo ruido, en medio de los incidentes rebullidores y del activo egoismo de aquel siglo, hasta que fueron conocidos sus desenlaces. Un mes antes de finalizarse la contrata con Colon, se firmó por mano de ambos soberanos el decreto para la espulsion de los judios; y este desarraigo de una porcion tan grande de la nacion española, fué en si mismo un suceso muy á propósito para apartar los ojos del pueblo de una empresa que se juzgaba tan dudosa, y á la que sostenian recursos tan insignificantes, como la del gran navegador. Habiasen señalado el fin del mes de Julio como último plazo para la partida de aquellos perseguidos religiosos, y así fué, que en el mismísimo tiempo, y casi en el preciso dia en que Colon se dió á la vela desde Palos, dirigíase la atencion de los Españoles hácia lo que bien pudiera denominarse una calamidad nacional. La partida de aquellos infelices se asemejó á la marcha que del Egipto hicieron sus antepasados; los caminos se veian bullir con las apiñadas masas, muchas de las familias que las componian marchando á emigrar sin saber á donde.

Los reyes habian salido de Granada en el mes de Mayo, y despues de pasar en Castilla dos meses, se trasladaron á Aragon hácia principios de Agosto, en cuyo reino acertaban á hallarse, cuando se hizo á la mar la expedicion. Allí permanecieron todo lo restante de la temporada, arreglando negocios de importancia suma, y muy probablemente dispuestos á evitar el espectáculo de las miserias que habia difundido su edicto contra los Hebreos, pues que contenia la Castilla una crecida porcion de esta clase de sus súbditos. En Octubre pasaron á visitar á los turbulentos Catalanes; y la corte permaneció en Barcelona todo el invierno. Ni mientras se hallaron en aquel punto de sus dominios dejaron de ocuparles sucesos muy momentosos. El dia 7 de Diciembre se atentó contra la vida de Don Fernando, á quien el asesino dió una herida en el cuello, profunda aunque no mortal. Durante las criticas semanas en que se creia corriese peligro la vida del rey, no se movió Isabel de su cabecera, con todo el incansable afecto de una esposa bien adicta; al paso que sus pensamientos mas bien moraban en sus cari-

ñosas solicitudes que en ningún tema de mundano engrandecimiento. Siguiéronse las investigaciones mas prolijas á fin de averiguar los motivos que guiaran la mano homicida; suponiéndose siempre que en semejantes casos son las conspiraciones sus promotoras; aunque la historia nos demostraria probablemente que la mayor parte de esas malvadas tentativas contra la existencia de los soberanos, eran mas bien resulta de un fanatismo individual, que de planes combinados con el objeto de destruir.

Isabela, cuyo blando espíritu se condolia de las miserias que su religiosa sumision le obligára á imponer á los Judios, se eximió de la pena adicional de llorar á un esposo, que perdiera la vida por medios tan violentos. Fernando recuperó gradualmente la salud. Todas estas ocurrencias, de consuno con los cuidados generales del gobierno, habian hecho que hasta la reina hubiese olvidado ya el viage á Caytá; mientras el político Fernando, allá en sus mientes, considerára mucho tiempo hacia, el oro espendido en la espedicion como otro tanto caudal vanamente derrochado.

La balsámica primavera de los países del sud, desarrollóse como siempre, y ya la fértil provincia de Cataluña se habia engalanado con sus deliciosas verduras á fines de Marzo. Hacia ya algunas semanas que el rey se adonara á sus ocupaciones habituales, é Isabela, exenta de sus temores como esposa, habia vuelto á dejarse ir por el tranquilo cauce de sus deberes, y entregádose de nuevo á sus actos usados de benevolencia. Empachada con las pompas de sus altos destinos, de resultas de los acontecimientos recientes, y anhelando sin cesar la indulgencia de sus afectos domésticos, aquella estimable matrona, no obstante la fuerte y natural inclinacion que siempre sintiera por esta clase de vida, habia vivido mas entre sus hijos ó personas de su confianza en aquellos últimos tiempos de lo que acostumbrára. Su primera amiga, la marquesa de Moya, como puede suponerse, estaba siempre junto á ella, y Mercedes pasaba la mayor parte del tiempo en la presencia inmediata de su régia señora, ó bien en la de sus hijos.

Habia habido una noche de besamanos al concluirse el mes; é Isabela, muy complaci-

da con escaparse de escenas semejantes, habiase retirado á sus aposentos intimos, á fin de disfrutar de la conversacion del círculo, en medio del cual tan á sus anchas se encontraba. Era cerca de media noche; el rey estaba trabajando, como tenia de costumbre, en un gabinete inmediato. Hallábanse presentes, además de los miembros de la real familia, y Doña Beatriz con su hermosa sobrina, el arzobispo de Granada, Luis de San Angel, y Alonso de Quintanilla; estos dos últimos habian recibido cita del prelado, para discutir algunas cuestiones referentes á las rentas eclesiásticas ante su ama ilustre. Sin embargo, habianse concluido ya los negocios, y la reina Isabel se hallaba dando tono á su tertulia con la condescendencia de una princesa, y las suaves gracias de una muger.

—¿Hay algunas nuevas de los infelices é ilusos Judios, señor Arzobispo? preguntó Isabel, cuyos generosos sentimientos la llevaban siempre á lastimarse de la severidad que religiosa dependencia de sus confesores la habian inducido á sancionar.—Nuestras preces deberán acompañarles, por cierto, aunque nues-

tra política y nuestro deber hayan exigido su espulsion.

—Señora, contestó Fernando de Talavera, se hallan sin duda á estas horas sirviendo á Mamón entre los Moros y los Turcos, cual en España le sirvieron. No se inquiete el augusto ánimo de vuestra Alteza á favor de aquellos descendientes de los enemigos y crucificadores de Cristo, los que, toda vez que sufran, no hacen mas que sufrir justamente, por el pecado imperdonable de sus progenitores. Mas bien, ilustre ama mia, preguntémos á los señores Quintanilla y San Angel, si saben lo que se ha hecho de su favorito Colon, de aquel piloto genovés; y para cuando esperan verle regresar, arrastrando por la barba al Gran Khan, á fuer de su cautivo.

—Nada sabemos de él, santo prelado; dijo con presteza San Angel, desde su partida de las Canarias.

—¿De las Canarias? preguntó algo sorprendida la reina ¿ha habido alguna noticia de aquellas partes?

—El rumor es quien lo dice, señora. Cartas no han llegado á España, en cuanto ave-

riguar he podido; pero corre cierto runrun, procedente de Portugal, sobre si el almirante tocó en Gomera y en la Gran Canaria, donde parece tuvo que arrostrar ciertas dificultades, y desde cuyos puntos salió poco despues haciendo carrera á poniente; desde esa época nada se ha sabido acerca de las caravelas.

—Por cuyo hecho, señor arzobispo, añadió Quintanilla, se trasluce que estorbos de poca monta no es probable consigan detener á los aventureros.

—Os aseguro, señores, que un vagamundo genovés, que posee los despachos de almirante en virtud de comision de sus Altezas, no tendrá mucha prisa por deshacerse de semejante dignidad—repuso el preste, riéndose sin mucha deferencia á favor de las concesiones que en pró de Colon habia hecho su régia ama.—No es fácil de que el rango, la autoridad y el emolumento, se deshechen sin cuidado, cuando pueden conservarse por el medio poco peligroso de mantenerse á distancia del poder del cual emanaron.

—Sois injusto para con el Genovés, santo varon, y juzgais de él con harta aspereza,

observò la soberana. En verdad que yo nada sabia de estas nuevas recibidas de las islas Canarias, y alégrome de saber que Colon haya hecho camino hasta allá sin ningun contratiempo. ¿No dicen los marinos que el invierno pasado ha sido de los mas borrascosos, señor de san Angel?

—Y á tal grado, señora, que he oido jurar aquí en Barcelona á la gente de mar, que en la memoria de los nacidos no se ha presentado otro igual á él. Dado caso que la mala fortuna visitase á Colon, espero que tal circunstancia alegarse pueda en su disculpa; aunque mucho dudo que se encuentre inmediato á ninguna de nuestras borrascas ni tormentas.

—¿Quién, él? exclamó triunfante el arzobispo. Ya constará el que se haya abrigado en algun rio del Africa, y todavia tendremos que arreglar de resultas alguna etiqueta con Dom Joao de Portugal.

—Aquí viene el rey para darnos su dictámen, interpuso Isabela. Hace tiempo que no le oigo mentar el nombre de Colon. Fernando mio, ¿te has olvidado enteramente de nuestro almirante genovés?

—Antes de que se me pregunte acerca de asuntos tan remotos, contestó el monarca sonriéndose, deja que investigue unas materias que mas de cerca nos atañen. ¿Desde cuando dá Vuestra Alteza audiencia á sus súbditos tan á deshora de la noche?

—¿Y á esta reunion la llamais audiencia, Don Fernando? Solo estan aquí nuestros hijos queridos, Beatriz y su sobrina, el santo arzobispo, y esos dos fidelísimos servidores de vuestro propio séquito.

—Verdad es; pero no cuentas con las antecámaras, ni con los que de puertas afuera están aguardando tu beneplácito.

—¿Y quién puede solicitar entrada á estas horas? seguramente que te chanceas, esposo mio.

—Entónces tu propio page, Diego de Ballesteros, ha dado un aviso falso. Repugnándole interrumpir tu privacidad, á unas horas tan avanzadas, llegóse á verme, diciendo que un hombre de modales estraños y de estraordinaria guisa acaba de entrar en palacio, insistiendo en tener una entrevista con la reina, aunque sea tarde ó temprano. Son tan singu-

lares las relaciones del porte de ese desconocido, que he dado orden para que se le admita, y yo mismo he venido con el objeto de presenciarse la visita. El page añade que el pretendiente jura que son iguales todas las horas, y que el dia y la noche se han hecho igualmente para los usos humanos.

—Fernando querido, ¿habrá traicion en esto?

—No temas, Isabel mia; no tienen tanto ánimo los asesinos, y los leales estoques de estos caballeros sobrarán para nuestra proteccion.—Calla! ya suenan pasos, y preciso es aparentar serenidad aun cuando recelemos alguna alevosia.

Abrióse la puerta, y se presentó ante la presencia real el inclito Sancho Mundo. El tante y aparicion de un ente tan singular excitó á un tiempo sorpresa y risa; mientras los ojos de todos se clavaron en él maravillados; y mucho mas, por cuanto engalanaban su persona diversos adornos, que habia traído de las Indias imaginarias, entre los cuales se veian dos brazaletes de oro. Mercedes fué la única persona que descubrió su profesion por su aire

y vestido, levantóse involuntariamente la doncella, juntando las manos con energía y permitiendo se la escapase una ligera exclamacion. Notó la reina esta pequeña pantomima, que al punto dió justa direccion á sus propios pensamientos.

—Yo soy la reina Isabel, dijo ella levantándose sin ulterior sospecha de peligro, y tú eres un mensajero del Genovés Colon.

Sancho, quien habia ballado muy difícil el que se le admitiera, ya que se halló de la parte de adentro, tomó las cosas con su cachaza natural. Su primera accion fué echarse de hinojos, cual Colon le habia encargado especialmente que lo hiciera. Nuestro timonel habia adquirido el vicio de servirse del yerbajo de Haiti y de Cuba, y en efecto, fué el primer marino que mascára tabaco. Esta costumbre habiase ya arraigado en él, y antes de contestar, ó antes de haber tomado aquella postura, tan novisima para él, juzgó conveniente llenarse la boca con un chicote del vegetal atractivo. Luego, dando una sacudida á su equipage, pues que llevaba encima cuanta ropa decente le reconocia por su dueño, se dispuso á dar una respuesta adecuada.

—Señora—Doña—Vuesa Alteza, contestó el hombre de mar,—cualquiera lo hubiese acertádolo á primera vista. Yo soy Sancho Mundo, el de la compuerta del dique; uno de los mas fieles vasallos y marineros de la Escelencia de Vuesa Alteza, porque soy natural y vecino de Moguer.

—¿Vienes mandado por Colon, te pregunto?

—Del mesmo, si señora; muchas gracias á vuestra real Beatitud por la noticia. Don Cristóval me ha enviado á campo atraviesa desde Lisboa, juzgando que los Portugueses, esa canalla ladina, estarian menos dispuestos á tener sospechas de un pobre gaviero, como yo, que de uno de vuestros correos que gastan botas y espuelas todos los dias. El maldito camino es bastante largo, y no hay una mula entre las cuabras de Lisboa y este palacio barcelonés que merezca le eche los calzones un cristiano.

—Luego ¿traerás algunas cartas, supongo? Un hombre como tú no es de suponer traiga otra cosa ninguna!

—En eso, la gracia de Vuesa Alteza, Do-

ña reina, esta su merced muy equivocada; lo que sí es muy cierto que no traigo la mitad de las doblas que me sonaban en el bolsillo cuando me puse en marcha. Por vida de la misa, los mesoneros me tomaron por un Grande de España, según lo que me ordeñaron en sus cuentas.

—Dale oro á ese hombre, buen Alonso— pues es de una casta que exige la recompensa antes de que pueda sacárseles la mas leve palabra.

Contó Sancho con mucha frescura las monedas que le pusieron en la mano, y hallando que escedian con mucho á sus esperanzas mas lisongeras, halló que ya no tenia motivos de prevaricar.

—Habla, belitre! gritó el rey; te andas con bromas, donde adeudas tu obediencia y tu deber?

La aguda y cortante voz de Don Fernando tuvo mayor efecto en los oidos de Mundo, que los tonos mas blandos de Isabela; sin embargo de que hasta su tosco instinto se habia impresionado con la belleza matronal y la gracia de la reina de Castilla.

—Si Vuestra Alteza condesciende á dejarme saber lo que le complace oír, hablaré con toda prontitud,

—¿Dónde está Colon? preguntò la reina.

—Ultimamente en Lisboa, señora; aunque pienso que se halle ahora en Palos de Moguer ó en sus cercanias.

—¿Y donde ha estado?

—En Cipango, y en los territorios del Gran Khan; á cuarenta dias de navegacion distante de Gomera, y en un pais de maravillosa hermosura y escelencia.

—Tu no puedes—no te atreverías á chancerte conmigo! ¿Podemos dar crédito á tus palabras?

—Solo con que Vuestra Alteza conociera una migaja á Sancho Mundo, no sentiria semejantes sospechas. Os diré, señora, asi como tambien á todos estos nobles caballeros y damas, que Don Cristóval Colon ha descubierto el otro lado de la tierra, que ahora sabemos que es redonda porque hemos dado vuelta á ella; y que tambien se ha enterado de que la estrella del norte camina por el Cielo, como una muger charlatana esparciendo por el bar-

rio sus chismorreos; y que ha tomado su Es-
celencia posesion de unas islas mucho mas gran-
des que toda la España, en las cuales crece el
oro, y donde la santa iglesia puede emplearse
en cosechar Cristianos al cabo de algun tiempo.

—La carta—Sancho—dame la carta. Difi-
cil seria que te enviase Colon para que le sir-
vieses de espositor verbal.

Deshizo ahora el socarron varios envolto-
rios de trapo y de papel, hasta poner á cubier-
to la misiva del almirante; entónces, mantenién-
dose arrodillado, la tendió hácia la reina, dán-
dole la molestia de que se adelantase algunos
pasos á fin de recibirla. Tan inesperadas y asom-
brosas eran las nuevas, y tan original la esce-
na toda, que nadie se interpuso, dejando á Isa-
bela por única actora; asi como era virtualmen-
te la sola que hablaba. Habiendo desempeña-
do Sancho con éxito tan feliz la comision que
se le encargára espresamente en atencion á su
aspecto y carácter, circunstancias que se creia
hubieran de ponerle á recaudo de toda deten-
cion y despojo, se puso con cachaza en cucli-
llas, pues que le mandára su almirante que no
se alzase hasta que no se lo digesen, y sacando

del bolsillo el oro que acababan de darle, comenzó á contarle de nuevo. Tan absorta estaba la atencion que todos fijaban en la reina, que nadie hizo caso del timonel ni de sus ademanes. Abrió Isabel la carta, que devoró con los ojos, al registrar renglon por renglon. Como el gran navegante tenia de costumbre, el escrito era muy largo, y se necesitaron algunos minutos para leerlo. Entretanto, ninguno de los espectadores se movia, pues que todos tenian la vista fija en el hablante rostro de la reina. En él se veian el realzado resplandor del gozo y de la sorpresa, el brillo del deleite y de la maravilla, y el fulgor del arrobosanto. Luego que acabó de leer la carta, volvió Isabel los ojos al Cielo, juntó las manos con energia y exclamó entusiasmada:

—No á nosotros, señor, sino á vos se atributada toda la honra de este portentoso descubrimiento, y todos los beneficios de esta grande prueba de vuestra bondad y poderio.

Así diciendo, dejóse caer en una silla, y deshizose en lagrimas. Profirió el rey una ligera exclamacion al oír las palabras de su consorte régia; y luego, quitándole con blan-

dura la carta que asia ella con mano irresistible, leyóla con gran deliberacion y cuidado. Rara vez acontecia verse al cauto rey de Aragon tan conmovido como lo fué, cuando menos aparentemente, en aquella ocasion. El aspecto de su semblante, al principio, indicó el asombro, siguiéronse las señales de ansia y de codicia; y luego que dió fin á su lectura, iluminó su grave rostro una espresion inequívoca de triunfo y de gozo.

—Buen Luis de San Angell! gritó el monarca, y tu, honrado Alonso de Quintanilla, estas han de ser gozosas nuevas para los dos. Y aun vos tambien, santo prelado, os regocijareis de que la iglesia está á la piqueta de conseguir adquisiciones tan gloriosas—aunque de antaño os manifestárais poco favorecedor del Genovés. Mucho mas de nuestras esperanzas realizado se ha, porque Colon ha descubierto de todas veras las Indias; acrecentando nuestros dominios, y otrosí adelantando la autoridad nuestra de un modo inaudito.

No era usual ver á Don Fernando talmente escitado, y él mismo conocia que estaba dando muestra de una exhibicion extraordinaria.

ria, pues que desde luego se allegó á la reina y asiéndola de la mano, la condujo hacia su propio gabinete. Al salirse del salon insinuó á los tres nobles varones que le siguieran para celebrar un consejo. Dió este paso el rey mas bien en virtud de reserva habitual, que por causa de ningun objeto premeditado; porque su miente se hallaba enozobrada de un modo que no le era comun, á par que la cautela formaba parte de su religion asi como tambien de su politica. No es sorprendente, pues, que luego que el monarca y aquellos á quienes invitara á seguirle, dejaron el aposento, solo se quedásen en él las princesas, la marquesa de Moya, Mercedes y Sancho Mundo. Apenas hubieronse ausentado el rey y la reina, cuando la régia prole se retiró á su aposento, dejando á nuestra heroina, á su pupila y al inclito timonel á solas en el salon. El buen marino permanecia aun de rodillas, apenas enterado de cuanto acababa de pasar; pues que se hallaba intensamente absorto en su propia situacion, y en sus motivos particulares de regocijo.

—Ya puedes alzarte, buen hombre, porque no estás ya en presencia de sus Altezas.

Serian las ocho de la mañana cuando los bajeles pasaron la barra de Saltes; y muy entrado se halló el día antes que los navegadores perdiesen de vista las eminencias familiares, que en torno de Palos descollaban, así como también las demas bien conocidas atalayas de la costa. El rumbo se dirigia exactamente al Sur, y como las embarcaciones de aquel tiempo eran escasas de mástiles, y por tanto daban al viento poquisima lona, comparativamente hablando si se considera con referencia á la navegacion mas boyante de hoy dia, la proporcion de camino que lograban hacer era mas corta, y estaba léjos de prometer un pronto término á un viage que conocian todos habria de ser dilatado sin egemplo, y que muchos recelaban seria indefinido. Dos leguas marítimas, ó tres millas inglesas por ahora, era buen caminar para un bajel en aquellos dias, aun quando soplase en su favor un viento fresco; siendo notable que hay pocos dias, anotados por Colon mismo en su célebre diario de aquella navegacion, que se acerquen á ciento y sesenta millas en las veinte y cuatro horas, y cuyo progreso se

inculca en él como una maravillosa prueba de ligera andadura, y digna de ensobrecer al marino mas estirado. En estos nuestros dias de locomocion y tragin, apenas seria necesario insinuar al inteligente lector, que ese camino es poco menos de la mitad de la distancia que navega un buque velero, bajo circunstancias iguales, en nuestros propios dias.

Asi púsose el sol por primera vez á los ojos de los aventureros en este célebre viage, despues de haber navegado á favor de una recia ventolina, para servirnos de las mismas palabras que usa Colou en su memoria, durante once horas desde su salida de la barra. Hasta entónces su camino habia sido algo menos de cincuenta millas, con rumbo clavado al sur desde el punto de su partida. La tierra en las cercanias de Palos se habia hundido ya tras el márgen acuoso del océano en aquella direccion; y la costa, estendiéndose hácia oriente, solo dejaba ver aca y allá, á los espertos ojos de los marinos mas veteranos, las nebulosas cumbres de algunas montañas del reino de Sevilla al sumergirse el rojo disco del sol en el acuoso lecho del horizonte occidental y

desaparecer de la vista. En aquel preciso instante, hallábanse otra vez sobre el alcázar Colón y Luis, contemplando con melancólico interés las últimas sombras que se desprendían de las tierras de España, mientras estaban cerca de ellos dos marineros ocupados en empalmar un cabo que había faltado con el roce de un botón. Hallábanse estos sentados en la cubierta; mas como se habían apartado algún tanto por respeto al almirante, ni este ni su colocutor advirtieron su presencia al principio.

—Ahi se hunde el sol bajo las ondas del anchuroso Atlántico, seor Gutierrez, observó el caudillo, quien siempre se valia cauteloso de uno de los nombres supuestos de Don Luis, cuando recelaba estuviese cerca alguna otra persona. Ya nos abandona el sol; pero amigo; mas en su diurna carrera veo una prueba inequívoca de la forma globular de nuestra tierra y de lo infalible de una teoría, que nos dá á entender que la region de Catay puede alcanzarse en virtud de un viage á occidente.

—Siempre estoy dispuesto á admitir la sabiduria de todos vuestros planes, esperanzas

y pensamientos, señor Don Cristóval, contestó el jóven, puntilloso observador de las reglas del respeto, tanto en sus modales como en su habla; sin embargo, confieso que no puedo comprender lo que el curso diario del sol tenga de comun con la situación de Catay, ni con el camino que allá conduce. Bien sabemos que este astro grandioso viaja á través de los cielos, sin descanso; que sale de la mar por las mañanas, y se retira á su cama de olas por la noche; pero esto lo verifica tanto en las costas de Castilla como en las de Catay, y por consiguiente no me hiera el entendimiento que pueda aducirse de esa circunstancia una inferencia particular, en pró ni en contra de nuestra tentativa.

Mientras se decia esto, dejaron de trabajar los dos marineros, y fijaron los ojos con miradas de curiosidad en el semblante de Colón. En virtud del movimiento, reparó Luis que uno de ellos era Pepe, y haciéndole un signo de reconocion, pasó la vista á su compañero quien le era totalmente desconocido. Este último tenia por todos títulos el aspecto de un curtidísimo hombre de mar, de los

de aquellos dias, y á quien, tanto en Inglaterra como en los demas paises al setentrion de Europa, se le habria denominado *perro marino*; cuyo término espresa la idea de un hombre tan completamente identificado con los mares por la fuerza de la costumbre, que semejante asociacion habia dado un colorido particular á su exterior, á sus pensamientos, á su language y hasta á su moralidad. Este marinero rayaba en los cincuenta años; su estatura era corta y rechoncha, atlética y todavia muy activa; pero traslucíase aquella mezcla de la criatura animal é intelectual en sus toscas y groseras facciones, que con tanta frecuencia se halla esculpida en los rostros de los hombres dotados de socarroneria natural, y de entendimiento claro y vigoroso, cuando sus hábitos han sido burdos y sensuales. Que era un marinero de la clase sobresaliente lo conoció Colon á la primera mirada, no solo en virtud de su general aspecto, sino por la ocupacion á que se adonaba, y la cual pertenecía á aquel ramo de faenas que solo se confian á las manos de los hombres mas diestros en cualquiera tripulacion.

—Este es mi modo de raciocinar, respondió el almirante, luego que apartó la vista de aquellos dos hombres, á quienes tambien habia dispensado una rápida ojeada:—el sol no se ha hecho para dar vuelta á la tierra sin suficiente causa; pues que la Providencia de Dios está regida por su sabiduria infinita. No es probable que un luminar tan generoso y útil fuese destinado á derramar sus beneficios en parte ninguna donde hubiese de despediciarlos, y estamos ciertos ya de que el dia y la noche verifican sus viages sobre la tierra, caminando á occidente hasta la distancia que conocida nos es; de donde infero que el sistema es armonioso, y que los beneficios del almo astro se dispensan al hombre incesantemente, repartiéndose en sucesion por todos los varios puntos de la tierra en que habitamos. El sol, que acaba de desaparecer respecto á nosotros, está visible todavia en las Azores y se hará visible otra vez para Esmirna y las islas griegas, una hora ó dos antes que torne á deslumbrar nuestros ojos. Nada ha destinado la naturaleza para la inutilidad ó el desperdicio; y creo que á Ca-

tay iluminará el disco, que acaba de ponerse para nosotros mientras nos hallamos en la hora mas profunda de la noche, á fin de volver por la carrera oriental á través del estenso continente de Asia, con el objeto de sonreirse á nuestra vista luego que venga la mañana. En resúmen, amigo Pero, lo que Febo hace ahora en los cielos con ligerísima premura, lo imitamos nosotros mas humildemente con nuestras caravelas; concédanos el tiempo suficiente, y tambien nos deslizaremos en torno del mundo, regresando de nuestro viaje por la region de los Tártaros y de los Persas.

—De todo lo cual inferis que el mundo es redondo, y en eso hemos de estribar la certidumbre de nuestro buen suceso.

—Eso es tan cierto, señor de Muñoz, que sentiria mucho pensar que semejante teoria fuese desechada por el último hombre de cuantos con nosotros navegan. Aqui tenemos á dos marinos, que han entreoido nuestro colloquio, y les interrogaremos, á fin de enterarnos de las opiniones de unos hombres bien curtidos con las brisas del océano.—¿Eres tu

el esposo de aquella jóven con quien tuve conversacion ayer tarde en la playa, y tu nombre es Pepe?

—Señor Almirante, la memoria de vuestra esclencia me dispensa demasiada honra con no olvidar una cara que es completamente indigna de que se la note y recuerde.

—Esa es una cara honrada, amigo mio, y manifiesta sin duda un corazon sincero. ¿Podré contar contigo como con un seguro sosten, vengan como vinieren las cosas?

—Su esclencia no solo tiene el derecho de comandarme, en calidad de almirante de sus Altezas, sino que lleva tambien consigo la buena voluntad de mi Mónica, lo que equivale á haber ganado un firme sostenedor en su marido.

—Te doy gracias, honrado Pepe, y contar puedo con tu fidelidad en lo futuro, respondió Colon, volviéndose hácia el otro marinero.—Y tú, camarada, tienes aspecto de uno á quien no asusta la vista del agua brava.—Supongo que te llamarás con algun nombre?

—Con algun nombre me llamo, noble almirante, contestó el perro viejo, alzando los

ojos con la franqueza de un hombre acostumbrado á que se le permitiera dar suelta á sus dicharros;—aunque ese nombre ni tiene Don ni Señor que lo lleve á remolque. Mis compinches suelen llamarme Sancho, cuando aprieta la prisa, y luego que las buenas maneras pueden mas que la premura, me añaden el vocablo Mundo; lo que forma el compuesto Sancho Mundo para espresar los títulos y apellidos de un hombre tan insignificante como yo lo soy.

—Muy grande es el nombre de Mundo para un personaje tan pequeño, dijo el almirante, quien preveía la conveniencia de conseguir amigos entre la tripulación, y había estudiado á los hombres suficientemente para conocer que mientras la familiaridad indebida socava el respeto, el apeamiento hasta cierto grado tiende á llevarse en pos de sí los corazones.—Mucho me admira que te atrevas á llevar tan altanero apellido?

—Digo á mis camaradas, señor muy excelente, que Mundo es mi título; y que soy mucho mayor que todos los reyes, el mas estirado de los cuales se contenta con tomar

sus títulos de una de las partes de aquello, cuyo todo me corresponde á mi.

—¿Y tambien tus padres se denominaron Mundos, ó es un nombre ese afectado propósito á fin de proporcionarte ocasiones de manifestar la agudeza de tu ingenio cuando te pregunten tus superiores?

—Respecto á quella buenagente, que primero habeis mencionado, señor Don Almirante, dejaremos que contesten por sí mismos, y eso por la buena razon de que ignoro como se llamaban, ó si en realidad tenian nombre alguno. Dícenme que fui hallado, pocas horas despues de nacer, metido debajo de una canasta vieja, junto á la compuerta del dique en la famosa ciudad de...

—No hagas caso del lugar preciso, amigo Sancho; halláronte con un cesto por cuna, y eso desde luego forma un abultado tomo en tu historia.

—Perdonad, señor Escelentísimo; pues no quisiera que esa circunstancia ofreciera márgen en siglos venideros á que se diesen de calabazas los hombres por averiguar el punto preciso donde hube mi nacimiento. Dícen que nin-

guno de cuantos aqui vamos, sale exactamente hácia adonde nos dirigimos, y será por tanto muy del caso que una ignorancia igual oculte los parages de donde procedemos. Pero como yo tuviese el mundo delante de mi, diéronme de él en la pila cuanto podia adquirirse en virtud de un nombre.

—¿Has sido marino largo tiempo, Sancho Mundo—ya que te empeñas en que Mundo te se llame?

—Tan largo tiempo, señor, que me maréo y pierdo las ganas de comer siempre que ando por tierra firme. Como me hallaron en la compuerta, no fué difícil meterme dentro del dique, y un dia me botaron al agua en una caravela, y vime en esas mares, Dios sabe como. Desde aquel tiempo me he sometido á la suerte, y al llegar á puerto, procuro siempre reembarcarme lo mas pronto posible.

—¿Y por qué feliz acaso he obtenido yo tus servicios en esta gran espedicion, buen Sancho?

—Las autoridades de Moguer me matricularon en ella por órden de la Soberana, señor Escelentísimo; porque creyeron que este

viage seria mas de mi gusto que ningun otro, como era probable que jamas tuviese fin.

—¿Con que os obligaron por fuerza á prestar vuestro servicio á bordo de esta nao?

—A mi no, señor Don Almirante, aunque los que aqui me enviaron tal creyeron. Es muy natural que, una vez en su vida, desee un hombre visitar todas sus posesiones, y como me han dicho que hacemos rumbo hácia el otro lado del Mundo, no permita Dios se me hubiese escapado tan buena proporcion de visitar aquella parte de mis heredades.

—Tu eres Cristiano, Sancho, y deberá alistarte el deseo de ayudarnos á llevar la cruz para levantar su enseña en aquellas regiones paganas.

—Señor, Escelentísimo, Don Almirante, poco le importa á Sancho cual sea el cargamento que la nave lleve sobordo, con tal que no haya necesidad de dar mucho á la bomba, y que el gazpacho esté bien hecho. Si no soy un Cristiano muy devoto, la culpa es de los que me hallaron cerca de la compuerta del dique, pues que tanto la iglesia, como la pila de bautismo, están á un tiro de piedra de

aquel parage. Me consta que este mi amigo Pepe, es Cristiano, señor; porque le vi pocos dias hace debajo del manteo del padre cura, ocurrencia que dudo hayan visto en cuanto á mi respeta los hombres mas viejos que existen en Moguer. Pero, noble Almirante, á todo riesgo tomaré á mi propio cargo deciros que ni soy judio ni Musulman.

—Saicho, tienes en ti cierta cosa que manifiesta eres un marinero diestro y atrevido.

—Atento á entrambas esas cualidades, señor Don Colon, dejemos que hablen otros. Cuando arree el chubasco juzgareis de la primera por vuestros propios ojos; y luego que la caravela llegue al borde mismo de la tierra, hácia donde piensan algunos que navegamos; entonces habrá una ocasion escelente de ver, quien puede y quien no contemplar el abisno con emblante sereno.

—Basta; cuento con Pepe y contigo entre el número de mis mas fieles seguidores.— Al espresarse de este modo, separóse de ellos Colon, y volvió á tomar su rostro aquella venerable gravedad que por lo común se veia entronizada alli, y que prestaba tanto realce á

su autoridad, en virtud de la impresión de respeto que hacía en cuantos le miraban. Pocos minutos despues, el almirante y su fingido secretario se retiraron á la cámara principal.

—Mucho me maravilla, Sancho, díjole Pepe, luego que se quedaron solos sobre la cubierta, que te arriesgues á menear la lengua con tanta franqueza, aun en presencia de un gefe que lleva consigo la autoridad de la reina. ¿No temiste ofender al almirante?

—Válgame Dios! ¡cuanto puede con un hombre tener muger é hijo! ¿No conoces la diferencia que existe entre los que se jactan de abolengo y alcurnia ilustre, y los que nada poseen en el mundo sino un nombre asaz cuestionable? El señor Don Almirante, ó es un hombre en extremo grande y elegido por la Providencia para abrir el camino de los desconocidos mares que menciona, ó no pasa de ser un Genovés hambruno, que nos lleva, ni él mismo sabe adonde, á fin de que pueda comer, beber y dormir con honra y provecho, mientras nosotros seguimos jadeando trassus pisadas, cual asnos pacientes arrastrando la carga que el caballo me-

nosprecia. En el un caso es demasiado grande y enaltecido para cuidarse de palabras ociosas; en el otro ¿qué espresiones puede haber demasiado malas que un Castellano no le diga?

—Ya! tienes mucha aficion á llamarte á ti mismo Castellano, apesar de lo de la com-puerta y canasta, y de hallarse Moguer en territorio sevillano.

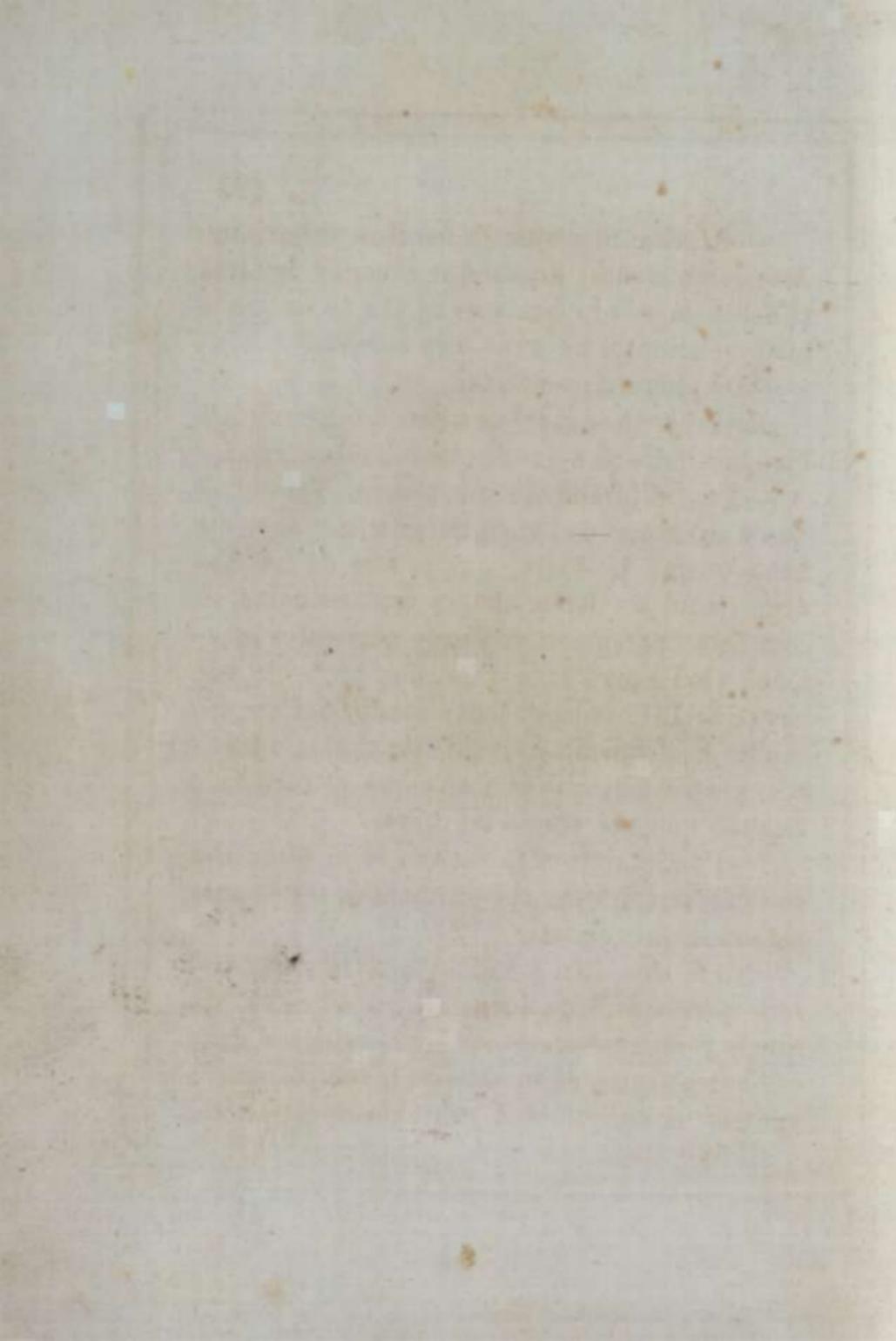
—Escucha, Pepe ¿no es señora nuestra la reina de Castilla? Y los vasallos... los vasallos legitimos y verdaderos, como tu y yo, por egemplo, ¿no serán dignos de ser paisanos de su soberana? Jamas te echés por tierra, Pepe amigo, pues siempre hallarás al mundo demasiado dispuesto á hacerlo respecto á ti, sin que tu le ayudes para tu propio descrédito. En cuanto á este Genovés, será enemigo ó amigo de Sancho, segun váyamos viendo: en el primer caso espero mucho solaz de sus intenciones; en el último, bien puede, te aseguro, andar á caza de su Catay hasta el dia del juicio, que no se hallará mas cerca de ella, mientras pueda yo estorbárselo.

—En verdad, Sancho, que si las palabras pueden servir de obstáculo á un viage, ó pro-

porcionar su próspero éxito, eres el marino mas indispensable para cuantas expediciones se confien á la mar salada; no hay quien te gane en bachillerias.

Un instante despues se levantaron los dos hombres, pues habian acabado su tarea; y dejando la cubierta, se confundieron con lo restante de la tripulacion. Pero Colon no habia marrado su objeto; porque su condescencia, como tambien sus palabras, produjeran un efecto muy favorable en las mientes de Sancho Mundo, nombre que efectivamente tenia el marinero; y al adquirirse la amistad de un hombre, tan agudo, y dotado de lengua tan suelta, consiguió el Almirante el apoyo de un aliado que por pretesto ninguno habia de menospreciarse. Semejantes combinaciones, y con el favor de instrumentos tales como este, suelen con frecuencia dar resultados felices; porque posible es, hasta para el descubrimiento de un mundo, que dependa todo de las buenas palabras de cualquiera que sea mucho mas insignificante para tener influencia sobre las opiniones que lo era Sancho Mundo.





—Sancho, dijo nuestra heroína, ruborizándose como el alba; dijiste que el conde de Llera te habia mandado hablastes de él á su tia ¿no te hizo mencion de ninguna otra persona?

—De ninguna, señorita.

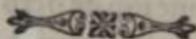
¿Estás cierto de eso, buen Sancho? Recuérdalo bien ¿no te hizo mencion de otro nombre ninguno?

—No, si juramento me toman. Verdad es que ó su señoría ó el viejo Diego el timonel, me habló de una tal Clara, que es ama de un bodega aquí en Barcelona, y recomendóme su casa como parage en donde se encuentra excelente vino; pero creo será mas probable que haya sido Diego que el señor conde, por cuanto el uno hace mucho caso de esta clase de asuntos, y seria mas que probable que el otro nada tuviese que ver con la tal Clara.

—Puedes retirarte, Sancho, dijo Mercedes con desmayada voz; por la mañana tendremos algo mas que decirte.

No le supo mal á Sancho que le despidieran, y se volvió de buena gana á su cama, sin que le pasase remotamente por la cabeza el daño que habia hecho, de resultas de la mezclanza de verdad y de exageracion exhibida en su relato.

CAPITULO VI.



Tambien Homero con su "Mac., delante,
Segun los papeleros de Buffon,
Inventar pudo un cuento estravagante,
Deduciendo por honda conclusion
En lengua Galo-Céltica y brillante,
Que los uranutaes, con razon,
Algun dia en la Escocia se engendraron
Y de las Tierras Altas se fugaron. *

LORD. J. TOWNSHEND.

L noticia del regreso de Colon, y de los descubrimientos que habia conseguido hacer, se esparció por la Europa con la celeridad del relámpago. No tardó en considerarse este suceso, segun el dictámen comun, como el grande acontecimien-

* Para hacer inteligibles estos versos á mis lectores castellanos precisa darles una esplicacion. El

to del siglo. Por muchos años despues, ó hasta la época en que Balboa descubrió el Pacífico, se creyó haberse alcanzado las Indias en virtud á un viage occidental; y por consiguiante la hechura esférica de la tierra supúsose averiguada de resultas del experimento adhibido. Las ocurrencias de la navegacion, las maravillas vistas, la fertilidad del suelo de oriente, la suavidad del clima, las riquezas que contenia en oro, especias y perlas, amen de las curiosidades que el almirante habia traído como pruebas de su buena ventura, formaban el tema comun de conversacion á cada hora. Hacia mu-

autor de ellos alude á cierto célebre publicista escocés, que tenia, por supuesto, la palabra *Mac*, delante de su apellido, y el cual guiado por un amor patrio, sacado de quicio, atribuía á origen escocés todos aquellos pueblos que se señalaban por sus heroicidades. Otra conjetura me atrevo á aventurar, y la cual espero no parezca tan descaminada, pues me ilumina para ella la palabra *Mac-Homero* de que se sirve en estos versos el caustico Townshend. Mac-Pherson fué el que dió á luz en Escocia los célebres poemas de Osian, que se comparan con los de Homero; y apesar de que muchos eruditos suponen todavia que Macpherson los recopiló de ciertos cantares nacionales que se transmitieran hasta su tiempo, de generaciones en generaciones por tradicion oral hay motivos para suponer que él fuese el verdadero autor de los poemas,

chos siglos que bregaban los Españoles por arrojar de la Península á los Sarracenos; pero como este evento fuese el resultado del tiempo y de una lucha prolongadísima y tenaz, hasta su completo éxito parecía insignificante y ténue cuando se le comparaba con la brillantez repentina que servía de aureola á los descubrimientos occidentales. En una palabra, regocijábanse los piadosos con la esperanza de ensanchar el imperio del Evangelio; empalagaban los avaros su imaginación con ilusiones de tesoros inagotables de oro purísimo; hacían cálculos los diplomáticos acerca del acrecentamiento

y que el hijo de Fingal sea un mero ente de razón. Acontezca esto ó no respecto al ciego bardo de las Tierras Altas de Escocia (*Highlands*) Townshend pertenece á aquellos escépticos quienes juzgan

Que sin que valga la ilusión;

De Homero el tema

Fué una pámema

Y Homero mismo una ficción.

Con lo que antecede conocerán mis lectores el sentido de unos versos, que de lo contrario poquísima inteligencia pudieran prestarles; porque Townshend limita su crítica á asuntos de circunstancias tan puramente locales, que solo se hace comprensible á los extranjeros en virtud de comentarios ó de conjeturas.

N. del T.

to del poderio español; los hombres de ciencia se envanecían con el triunfo del talento sobre la preocupación y la ignorancia; al paso que veían en ciernes otras acciones aun mayores de los conocimientos humanos; y los enemigos de Fernando é Isabela se quedaban atónitos, y comenzaron á respetar las glorias de la España aun cuando las contemplasen con envidia.

Los pocos días que transcurrieron después de llegar el mensajero de Colon, formaron una época de deleite y de curiosidad. Enviáronse respuestas al almirante para que apresurara su pronta presentación, decretáronsele altísimos honores, y así su nombre llenaba todas las bocas, como su gloria todos los corazones leales en los dominios de Aragon y Castilla. Espidieronse órdenes para alistar los preparativos de una nueva expedición, y solo se hablaba del descubrimiento reciente y de sus consecuencias probables. Así se pasó un mes, espirado el cual, llegó á Barcelona el almirante, acompañado de la mayor parte de los Indios que se trajera de las islas descubiertas. Hiciéronsele los obsequios mas nobles, y los soberanos le recibieron, sentados en un trono dispuesto dentro de un sa-

lon público, levantándose al verle, y obligándole á que tomase asiento él mismo, cuya distincion es de la naturaleza mas escelsa, y por lo comun solo se concede á los principes de sangre real. Allí les refirió Colon la historia de su viage, manifestóles las cosas curiosas que habia traido, y esplayóse sobre sus esperanzas de beneficios futuros. Luego que terminó la narracion, cuantos estaban presentes doblaron la rodilla, y cantaron el Te-Deum los prestes de la Capilla Real; mientras hasta la adusta naturaleza de Fernando se disolvió en tiernos lloros, de resultas de una dádiva tan inesperada y magnífica como le otorgaba el Cielo.

Por mucho tiempo fué Colon objeto de la curiosidad universal, ni tampoco dejaron de llover sobre él honras y consideraciones, hasta que volvió á salir de España, llevando bajo su mando la segunda espedicion á oriente, como entónces se denominaba el viage.

Pocos dias antes de la llegada del almirante á la corte, se presentó repentinamente en Barcelona Don Luis de Bobadilla. En las ocasiones ordinarias los movimientos de un jóven grande, á quien tanto distinguian su rango y

sus peculiaridades, hubieran dado á los cortesanos asunto de conversacion, no tan fácil de agotar; pero ahora el tema del viage, absorbiéndolo todo, proporcionó á nuestro héroe una pantalla. Sin embargo, su presencia, no podia menos de llamar la atencion, y comenzó á susurrarse, con las sonrisas y gestos de costumbre, que habia venido al puerto en una caravela procedente de Levante; llegando á hacerse uno de los chistes corrientes de la hora, el de decirse unos á otros al oido, que tambien el jóven conde de Llera habia hecho su viage *oriental*. Todo esto daba poquisimo cuidado á nuestro héroe, quien no tardó en seguir las ocupaciones habituales de su vida, luego que se halló reinstalado en sus destinos cerca de los reyes. El dia que se recibió á Colon con toda solemnidad, hallóse presente en el salon Don Luis, ataviado con sus vestidos mas lujosos, y no habia noble ninguno en España que mas honrase su alta alcurnia, con su talante y porte. Se advirtió que durante la pomposa exhibicion, miróle Isabela mas de una vez con particular sonrisa; al paso que al notarlo menearonse muchas graves cabezas, pues

que veían al mismo tiempo la seriedad que afectaba en su semblante la favorita de la reina, en una ocasion de tanto júbilo, atribuyendo su severidad á las poco decorosas inclinaciones de su vagamundo sobrino. Nadie, en aquel dia, contemplaba á Luis con mayor deleite que Sancho, quien se hizo el remolon en Barcelona, á fin de participar de las honras de su gefe, y á quien, en virtud de sus servicios, se le permitió tomar asiento entre los mismos cortesanos. No fué poca la admiracion de los concurrentes al ver el modo con que el viejo timonel se servia de aquel nuevo yerbajo, llamado «tabaco;» mientras dos docenas de sujetos que se empeñaron en imitar su deleitosa satisfaccion padecieron fatigas de muerte al hacer la primera prueba. Una de las aventuras de Sancho fué de un carácter tan descomunal, é ilustra á tal punto los sentimientos de la época, que no estará mal la detallemos con todos sus pormenores.

Habiase acabado el recibimiento; y el viejo marino se salia del salon, con la concurrencia, cuando llegó á hablarle un hombre, que segun la apariencia contaria unos cuarenta años, su-

geto de buen porte, y de urbanas maneras, quien fué á solicitar de él le hiciese la hora de asistir á un ligero convite, semejante á los que ya habian dado varios individuos de la corte á Colon y á sus amigos. Sancho, nada esquivó, pues que las delicias de hacer papel en el mundo le eran tan nuevas; aceptó de buenísima gana, y no tardó en hallarse sentado dentro de un salon del palacio; donde habia reunidos algunos veinte de los jóvenes nobles, con el objeto de obsequiarle; porque aquel dia, en Barcelona, considerábanse felices los que pudiesen tener en su mesa al mas insignificante de los seguidores de Colon. Apenas entraron ambos en el apartamento, cuando se agolparon en torno de ellos los jóvenes hidalgos de Castilla, abrumando á Sancho con mil manifestaciones de atencion, y dirigiendo á su compañero mil ansiosas preguntas, por docenas á la vez y saludándole bajo el nombre de señor Pedro, señor Mártir, y á veces con el de señor Pedro Mártir, en toda su estension. Apenas será necesario añadir que este sugeto era el historiador, que estos últimos tiempos nos han dado á conocer con el titulo de «Pedro Mártir;» in-

genio italiano, á cuyo cuidado é instruccion habia confiado Isabela gran parte de la nobleza de su corte. Habíase ideado la entrevista actual, con el objeto de complacer la curiosa propension de aquellos señores juveniles de la corte, y se habia elegido á Sancho para el efecto, con sujecion á aquel principio, que nos estimula á echar mano de los géneros de segunda calidad, cuando se nos niega servirnos de los de prima.

—Dádme el parabien, señores, gritó Pedro Mártir, luego que pudo hallar una ocasion para proferir sus sentimientos—pues que mi buena ventura escede en mucho á mis esperanzas. Respecto al Liguiriano mismo, y á todos los hombres de categoria que dependen de su séquito, se hallan acosados hoy por las manos mas ilustres de España; pero aquí tenemos á un habilísimo piloto, quien sin duda egerciera abordo de una de las caravelas una autoridad de segundo grado, y el cual se ha avenido á hacernos honra, y á tomar parte en nuestra humilde comida. Saquéle de entre una turba de solicitantes, y todavia no he tenido ocasion de preguntarle su nombre, el cual supongo se hallará dispuesto á darnos de su propio acuerdo.

Nunca le faltaba á Sancho la desfachatez: y tenia demasiado talento natural el inclito timonel para conducirse de un modo, que no pudiera motejarse de burdo, ni de tosco hasta el punto de dar ofensa á nadie; aunque no por esto haya de suponer el lector que fuese un académico, ni que tuviese unas nociones muy profundas de filosofia natural. Afectando pues el astuto marino un aire de acuada dignidad, y ya algo adiestrado á su nuevo destino en virtud del millar de interrogatorios á que habia respondido en el último mes, dispúsose á dar valimiento á sus aseveraciones, como hombre que acababa de llegar de las recién descubiertas Indias.

—Llámome Sancho Mundo, señores, para servir á vuestras mercedes, y á veces me dicen Sancho el de la compuerta del dique, aunque yo preferiria ahora que me llamaran Sancho, el de las Indias, magüer que le plazca á su excelencia Don Cristóval tomar para si esta última apellidacion, y con mucha justicia, en verdad, pues que su título á ella es algo mejor que el mio.

Varios de los concurrentes protestaron que

las pretensiones del locutor eran de la mas alta valia; y luego fueron presentados á Sancho un sin número de jóvenes de las primeras casas de Castilla; pues aun cuando los Españoles no tengan la misma mania por esta especie de urbanidad que los Americanos, la ocasion era una de aquellas en que el sentimiento nativo lograba una ascendencia sobre la reserva convencional. Despues de estas ceremonias, y hallándose presentes los Mendozas, los Guzmanes, los Cerdas y los Toledos, quienes se consideraron dichosos en dar la mano á aquel humilde hombre de mar, todo el correo acudió al salon del banquete, donde estaba preparada una mesa, que hacia honor á los cocineros barceloneses. Durante la comida, aunque la curiosidad de los jóvenes nobles comprometiera hasta cierto punto en este particular la idea de su buena crianza, no hubo pregunta que pudiera conseguir de Sancho interrumpiese sus obligaciones en aquel momento, pues que siempre cumplia los deberes de semejante clase con una especie de veneracion religiosa. Sin embargo, luego que le apuraron mas de cerca que de costumbre, puso sobre el mantel su cuebi-

llo y tenedor, espresándose en los términos siguientes con adecuada solemnidad:

—Señores, dijo el de la compuerta, considero que la comida es un don que concede el Cielo al hombre, y júzgo irreverente hablar mucho, cuando las delicias de la mesa nos invitan á prestar homenaje al grandioso ser que nos las dispensa. Don Cristóval tiene este modo de pensar, bien me consta, y todos sus seguidores imitan á su bien amado y venerable caudillo. Luego que me encuentre en disposición de hablar, señores Dones Hidalgos, todo os lo contaré, y entónces Dios favorezca á los ignorantes y á los necios.

Despues de esta indirecta, nada hubo que responder, y satisfecho el apetito de Sancho, respaldóse en su silla el célebre gaviero, y dió á entender con su ademan que se hallaba pronto á proseguir.

—Jáctome de poquísima instruccion, señor Pedro Mártir, dijo el marino; pero lo que he visto, visto lo he, y lo que se sabe, sábelo tan á fondo un hombre de mar, como saberlo puede un doctor de Salamanca. Haced pues vuestras preguntas, como os dé á entender Dios,

y esperad que un hombre pobre aunque honrado las conteste del mejor modo que dable le sea.

El sabio Pedro Mártir se vió precisado á manejar el asunto conforme á las circunstancias; pues en aquel momento, cualquiera noticia que proviniese, por decirlo así, de mano prima, iba á recibirse con la mayor ansia; así es que se aprestó á hacer sus preguntas del modo sencillo y directo que le habian invitado á hacerlas.

—Pues bien, señor mio, comenzó el hombre de ciencia, queremos adquirir instruccion por cualquier estilo. Suplico nos digais redondamente, cual de los objetos maravillosos, que habeis atestiguado en este viage, ha hecho en vuestro ánimo una impresion mas profunda, y os parece el mas notable!

—No sé si puede compararse ninguno con las revueltas que daba la estrella del norte, dijo sin cortarse el buen Sancho. Nosotros los marineros hemos tenido siempre á ese astro como una cosa tan inmóvil como la catedral de Sevilla; pero en este viage le hemos visto mudar de posicion con la misma inconstancia que los vientos.

—Cáspita! que eso es milagroso en verdad! exclamó Pedro Mártir; tal vez hay en ello alguna equivocacion, seor Sancho, ademas que no os supongo muy ducho en las investigaciones siderales!

—Pregúnteselo vuestra merced á Don Cristóval; cuando primero observamos ese *ferómetro* como le llamó el almirante, hablamos juntos de la materia, y llegamos á concluir que en el mundo nada habia tan estable como pareciéra. Crea vuesarced, señor Don Pedro, que la estrella del norte dá sus vueltas como si fuese un catavientos.

—He de consultar sobre esto al nobilísimo almirante; pero, despues de lo referente á ese astro, seor marino, ¿qué es lo que mas juzgásteis digno de atencion? Hablo ahora de cosas ordinarias, dejando las científicas para futuras discusiones.

Esta era una pregunta harto grave para que pudiese contestarse con liviandad, y mientras estaba Sancho rumiando la réplica, abrióse la puerta del salon, dando entrada á Don Luis de Bobadilla, quien se presentó en todo el atavio de sus varoniles gracias y de su brillante ves-

timenta. Una docena de voces pronunciaron su nombre á una, y Pedro Mártir se levantó para recibirle, con aspecto y ademanes, en que se traslucía el cariñoso sentimiento mezclado con reproche tolerante.

—Me he tomado la libertad de solicitar esta honra, señor Conde, dijo el preceptor, aun cuando hace tiempo que es hallais fuera del alcance de mis consejos y disciplina; pero juzgué que un sujeto, tan aficionado á viajar como vos, pudiera aprovecharse de una leccion útil, así como tambien hallar refocilamiento en oír las maravillas de una espedicion tan gloriosa como la que acaba de hacer el ilustre piloto extranjero. Este digno marino, en quien no dudo tuviera gran confianza el almirante, se ha servido participar hoy de nuestra mezquina, si bien hospitalaria mesa, y vá á referirnos multitud de hechos interesantes y de maravillosos incidentes respecto á tan portentosa aventura. Señor Sancho Mundo, este caballero es Don Luis de Bobadilla, conde de Llera, Grande de altísimo linage, y sugeto á quien las mares no desconocen, pues que con mucha frecuencia las ha atravesado en propia persona.

—Está demás que me lo digais, señor Pedro, contestó Sancho, devolviendo el urbano y festivo saludo con un profundo aunque burdo respeto,—pues que lo he conocido á la primera ojeada. Su esclencia ha estado en el oriente así como Don Cristóval y yo, aunque fuimos allá por distinto rumbo, y ni unos ni otros llegamos precisamente tan lèjos como á Catay. Hónrame sobremanera vuestro conocimiento, Don Luis, y me tomo la libertad de pronosticaros que el noble almirante hará que la navegacion entre mas en moda que lo ha estado en estos años atrás. Si pasais alguna vez por las cercanias de Moguer, os ruego que no os dejéis ir por la puerta de Sancho Mundo, sin deteneros á preguntar si el amo se encuentra en casa.

—Os lo prometo de buenisima voluntad, digno maese, dijo Don Luis riéndose y tomando una silla,—aun cuando el viage me llevase á la compuerta del dique. Y ahora, señor Don Pedro, no sea yo causa de que se interrumpa el discurso, que segun adverti al entrar era interesante en extremo.

—He estado calculando el asunto, señores;

prosiguió Sancho con mucha gravedad, y el hecho que mas me llama la atencion, despues de los revoltorios de la estrella del Norte, es el que no haya doblas en Cipango. Lo que es oro no falta, y paréceme harto singular que un pueblo tenga oro, y que no se acuerde de la conveniencia de acuñar doblas, ú otras monedas de hechura semejante.

Pedro Mártir y los demás concurrentes soltaron la carcajada al oír esta salida, y luego se discutió la materia en otra forma.

—Prescindiendo de esta cuestion, que mas bien pertenece á la policia de los Estados, que á los fenómenos de la naturaleza, continuó Pedro Mártir, ¿que cosa os pareció mas notable respecto á la humana naturaleza?

—En ese particular, creo que la isla de las mugeres puede apuntarse como el mas extraordinario de los *fenómetros* que presenciado hemos. He conocido á muchas mugeres encerrarse en los conventos; y á muchos hombres tambien; pero antes de este viage, no habia oido nunca de que ni las unas ni los otros quisieran enclaustrarse en las islas.

—¿Y es eso verdad? preguntó una docena

de voces, ¿en efecto, señor, toparon vuesas mercedes con alguna isla de esa clase?

—Creo que la vimos á lo léjos, señores, y tengo por buena ventura el que á ella no nos acercásemos, porque encuentro que las chanquetas que hay en Moguer nos dan bastante ruido, sin necesidad de que nos hallemos de pronto con una entera cáfila de ellas. Luego allí está el pan que crece á modo de raiz, ... ¿Qué dice de eso useñoria, señor Don Luis? ¿No es cierto que es un manjar de gusto muy sabroso?

—Maese Sancho, por Dios, esa es una pregunta de vuestro propio poner, y por tanto debe ser de vuestro propio contestar. ¿Qué se yo sobre las maravillas de Cipango, pues que os consta que Candia yace en direccion opuesta? Buen amigo, responded á esas materias con vuestra propia boca.

—Verdad, ilustre Conde, y pido humildemente me perdoneis. Cierta que es la obligacion del que vé, es referir, así como es el creer la obligacion de los que visto no han. Espero que cuantos aqui nos hallamos desempeñemos sobre este punto nuestros diversos papeles.

—¿Y la carne que comen los Indios es tan

notable como su pan? preguntó uno de los Cerdas.

—Y tanto, noble señor, cuanto que se comen unos á otros. Ni yo ni Don Cristóval, para no mentir, fuimos convidados á banquetes de esa clase; pues que supongo se figurarian que no admitiriamos el obsequio; pero muchos fueron los informes que tuvimos acerca de esa práctica, y segun el cálculo mas aproximado que pude hacer, el consumo de hombres en la isla de Bohio, deberá ser igual al de vacas en España.

—Interrumpieron al orador veinte exclamaciones de asco, mientras Pedro Mártir meneaba la cabeza, á fuer de hombre que esquivára creer la verdad de la noticia. Sin embargo, como no esperase oír una filosofia muy profunda, ni una ciencia muy honda, procedente de los labios de un sujeto tan simple como el tal Sancho Mundo, prosiguió su conversacion:

—¿Nos direis algo acerca de las aves rarisimas que el almirante ha presentado hoy á sus Altezas? preguntó el sabio.

— Señor, las conozco como la madre que las

parió, especialmente los loros. Son unos pajaracos muy astutos, y no dudo que pudiesen contestar á algunas de las preguntas, de las que hacen muchos aquí en Barcelona, á su perfecta satisfaccion.

—Veo claramente, señor Sancho, que sois un socarron, y aficionado á una broma, contestó sonriéndose el hombre científico. Dad rienda suelta á vuestra fantasia; y ya que con la instruccion, de que careceis, no os es dable adelantaros, divertidnos al menos con vuestros concetos.

—San Pedro sabe que yo haria cualquiera cosa en obsequio de vuestras mercedes, señores, pero cuando nací se me imprimió en el corazon tal sello de verdad, que no me es posible chancear. Lo que veo es lo que creo, y como he estado en las Indias, me es imposible cerrar los ojos para no admirar sus portentos. Topamos con una mar de broza lo que no es un milagro que acontece todos los dias, pues que no dudo que los mismisimos diablos apilasen sobre el agua todos aquellos yerbajos, á fin de que nos estorbasen de llevar la cruz á los pobres paganos que habitan á esotro lado de

ellos. Atravesamos aquella mar, en virtud mas bien de nuestras preces, que en virtud de los vientos favorables.

Miraron todos aquellos jóvenes á Pedro Mártir para averiguar su opinion respecto á semejante teoria, y el maestro, aun cuando tuviese algun tinte de la supersticion del siglo, no se halló muy dispuesto á engullir todo lo que plugo á Sancho aseverar, magüer que e honrado gaviero hubiese verificado el viage á las Indias.

—Ya que manifestais tanta curiosidad, señores, acerca del asunto de Colon, ahora almirante del Mar Océánico, en virtud del noble encargo que sus Altezas le dieran, podré satisfacer vuestro anhelo, contándoles cuanto sepa, dijo Luis, hablando con dignidad pero con calma.—Bien os consta que anduve mucho con Cristóval Colon, antes que se diese á la vela, y que tuve alguna mano en traerle de vuelta á Santa Fé, aun cuando hubiese ya salido de aquel Real Sitio, como se suponía, por vez postrera. Nuestra intimidación se ha renovado desde que llegó á Barcelona el gran Genovés, y muchas horas pasado hemos en coloquios pri-

vados, discurriendo acerca de los sucesos de estos meses últimos. Lo que así he aprendido vedme pronto á comunicallo, con tal que tengais la condescendencia de oillo.

Como toda la reunion le diese un consentimiento ansioso, comenzó ahora Luis un relato general del viage, detallando todas las circunstancias principales de interés, y dando las razones que mas en voga á la sazón se hallaban acerca de los varios fenómenos que apuráran á los aventureros. Habló durante una hora larga, procediendo en su relacion de isla en isla, consecutivamente, y esplayando su discurso sobre sus producciones, ora imaginarias, ora reales. Parte, y no poca, de su relato, dependió de las equivocaciones del almirante, y de sus erróneas interpretaciones de las señas y lengua de los Indios, como es fácil de suponer; pero todo se dijo con claridad, y en términos elegantes, ya que no elocuentes, al paso que con un aire singularísimo de verdad. Por fin, nuestro héroe empalmó en su auditorio las resultas de sus propias observaciones, cual si fuesen una copia del relato del almirante, y mas de una vez se halló interrumpido por estrepí-

tosos accesos de admiracion, tributados á las bellezas vividas y gráficas de sus descripciones. Hasta el mismo Sancho le escuchaba con deleite, y luego que acabó de hablar el jóven noble, levantóse de su silla exclamando con cordial arrebató.

—Señores, podeis creerle, cual si estuviera predicándoos el evangelio mismo. Si este señor hubiese atestiguado personalmente lo que acaba de describir con tanta perfeccion, no pudiera haber sido mas exacto, y me considero sobremanera venturoso en escuchar la historia de nuestro viage, la cual desde luego acoto como mia propia, copiándola palabra por palabra; pues, asi consiga el favor de mi santo patrono, como que nada mas que eso he de decir á mis compinches de Moguer, luego que me halle de vuelta en aquella bendita ciudad de la niñez mia.

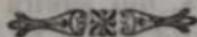
Mal tercio hizo á la influencia de Sancho, el efecto producido por la relacion de Don Luis, la cual, dijo en voz alta Pedro Mártir, hubiera hecho honor á un hombre de letras que hubiese acompañado la espedicion. Apelaron algunos de los presentes al viejo marino en so-

licitud de saber su modo de pensar acerca de las aserciones que acababa de oír; pero sus protestaciones se hicieron de resultas mas vehementes á favor de la exactitud del relato.

Increible es la reputacion que este pequeño engaño dió al conde de Llera. El poder repetir con exactitud y buen efecto unas palabras que se suponía haber salido de los labios de Colon, era una prerrogativa en cierto grado; y Pedro Mártir, que con justicia disfrutaba de una alta reputacion en virtud de su ciencia, comenzó á preconizar por todas partes las alabanzas de nuestro héroe, mientras sus discípulos servían de eco á sus voces con todo el ardimiento y la imitacion tan naturales á la juventud. Tal, en verdad, era la vasta reputacion adquirida por el Genovés, que cualquiera conseguia una especie de reflejado renombre, cuando se le consideraba como partícipe de su confianza, de modo que un millar de locuras, achacadas real ó imaginariamente al conde de Llera, quedaron de hecho olvidadas con la circunstancia de que el almirante le hubiese juzgado digno de ser el repositorio de hazañas y de sentimientos, cuales el noble mancebo acababa de

referir. Además, como se veía á Luis con mucha frecuencia en compañía de Don Cristóval, no fué rehacio el mundo en conceder al jóven la posesion de ciertas cualidades, que, por causa de algunos motivos, no fáciles de explicar, se le habian ido por alto hasta entónces. De este modo alcanzó Luis de Bobadilla algunas ventajas, de carácter público, en virtud de su resolution y genio emprendedor, aunque muchas menos, que hubieran resultado de una franca admision de lo que habia ocurrido. Hasta que punto, y de que modo le aprovecharon estas cualidades á él y á sus pretensiones respecto á Mercedes, aparecerá en las siguientes páginas.

CAPITULO VII



Cada mirada, cada movimiento
Alguna nueva gracia despertando,
Sobre su forma daba nacimiento
A una aureola de reflejo blando.
Mas pronto alguna gracia aun mas divina,
La anterior anublaba, y en pos de ellas
A ofuscar acudia sus luces bellas
Otra gracia de luz mas peregrina.

MASON.

El día del recibimiento de Colon en Barcelona habia sido un rato de sensaciones tumultuosos, y de sincero deleite para el alma ingenua y pura de la reina castellana. Ella fuera el genio promovedor de aquella empresa, en cuanto concierne

á los recursos y á la autoridad; y nunca hubo testa coronada que recibiese mas amplio galardón, del solaz de su conciencia, por la magnitud de las resultas que siguieron á sus esfuerzos celosos y bien intencionados.

Luego que tuvieron término la escitacion y barahunda de aquel dia, retiróse Isabel á su gabinete, y como era su costumbre en las grandes ocasiones, dió suelta de rodillas á su efusion de gratitud en ardorosas preces, rogando á la Providencia Divina la sostuviera só el cúmulo de las nuevas responsabilidades que sus hombros abrumaban, dirigiendo sus pasos á derechas, tanto como reina soberana, cuanto como muger católica. Hacia pocos minutos que dejára la actitud de la prece, y hallábase sentada con la mano en la mejilla, cuando un ligero tocar á la puerta le llamó la atencion. Solo habia en España una persona que pudiera tomarse esta libertad, por muy humilde y suave que fuese el aviso; así es que la reina, levantándose al instante, destorcio la llave y dió entrada al rey.

Todavía conservaba Isabela su hermosura. Sus formas, siempre de perfeccion admirable,

nada habían perdido aun de sus gracias hechiceras. Poquisimo de su lustre faltara á sus ojos, al paso que su sonrisa, dulce y benéfica siempre, no dejaba de reflejar los puros y femeniles impulsos de su corazon. En una palabra, su belleza juvenil sufrido habia poco desgaste de resultas de la transicion ordinaria á las atracciones matronales de la esposa y madre; pero en aquella noche parecia cual si todos sus encantos virginales hubieran súbitamente reflorado. Encendia sus mejillas el entusiasmo santo; la sublimidad de sus pensamientos prestaba redondez á sus facciones, pues que largo rato sobre aquellos habia morado Isabela, y destellaban en sus ojos las esperanzas ennoblecientes de la religiosa exaltacion. Pasmó á Fernando esta leve mudanza en el aspecto de su esposa, y despues de contemplar á la reina en silencio, unos instantes, cerró la puerta del gabinete.

—¿No es esta una recompensa muy maravillosa de unos esfuerzos tan livianos? exclamó la reina, quien se imaginaba que los pensamientos del rey tenian la misma direccion que los suyos.—Un nuevo imperio ganado á tan poca

costa, repleto de tesoros que la imaginacion no puede calcular, amen de millones de almas que habran de redimirse de la esclavitud eterna, por los méritos de una gracia, que debe de ser tan inesperada para ellas, cual el conocimiento de que existian lo ha sido para nosotros.

—Siempre estás pensando Isabela en el bien estar de las almas! Pero tienes razon; ¿pues qué son las pompas y glorias de este mundo si se comparan con las esperanzas de salvacion y á las delicias del Cielo? Confiésote que Colon ha escedido en mucho á mis deseos mas exagerados, y ha hecho nacer tal porvenir para la España, que el ánimo sabe apenas en donde colocar los límites de tan halagüeno cuadro.

—Considera cuantos millares de millares de pobres Indios pueden vivir para dar laude á nuestra autoridad, y para sentir la influencia y los consuelos de la iglesia santa.

—Espero que nuestro pariente y vecino el rey Dom Joao, no nos molestará sobre este punto. Esos Portugueses tienen tal ansia de descubrimientos, que les sienta mal la buena fortuna que en este ramo tengan las demás potencias, y aun se dice que muchas peligrosas y malvadas

propuestas se hicieron á aquel monarca, mientras nuestras caravelas se hallaban ancladas en el Tajo.

—Fernando, asegúrame Colon, que ignora si los Indios profesan creencia alguna religiosa; de modo que nuestros ministros no tendrán que combatir preocupaciones cuando ofrezcan á sus mientes sencillas las sublimes verdades del Evangelio.

—No hay duda que el almirante habrá examinado á fondo esas materias... Opina que la isla, á que ha dado el nombre de Española, necesita muy poco para igualar en estension las plenas dimensiones de Castilla, Leon, Aragon, Granada, y en verdad el conjunto de todas nuestras posesiones en la Península.

—¿No reparaste lo que refirió acerca de la docilidad y mansedumbre de sus habitantes? ¿No te asombró el aspecto sencillo y confiado de los que consigo ha traído? Fácil es reclamar á tales seres de su ciega ignorancia; en primer lugar, y como es debido, para que tributen culto á un Dios vivo y verdadero, y luego, para que miren á sus soberanos como á unos padres bondadosos y benéficos.

—La autoridad lleva siempre el respeto consigo misma. Además que Don Cristóval me ha asegurado en una conferencia privada, que con mil lanzas veteranas sería fácil domeñar todas aquellas regiones del este. Debemos acudir cuanto antes al Padre Santo, con el objeto de que establezca tales límites entre nos y Don Juan que impidan haya disputas, en lo venidero, acerca de nuestras respectivas pretensiones. Ya he hablado con el cardenal atento á este asunto, y él me lisonjea con la esperanza de que mi solicitud hallará favor en los oídos de Alejandro.

—Supongo que en este negociado no se mirarán por encima los medios de diseminar la fé; porque mucho me pena el hallar á los graves eclesiásticos tomarse interés por las cosas mundanas, con total negligencia de aquellas que pertenecen á su divino Señor.

Por un instante clavó Fernando la vista en el rostro de su muger, sin decir una palabra. Advirtió, como acontece á menudo en cuestiones de política, que sus sentimientos no se hallaban acordes en un todo, y recurrió á una alusion, que raras veces dejaba de atraer los pensamien-

tos de Isabela, abajándolos de sus mas escelsas aspiraciones, á unos asuntos mas mundanos, cuando la llamada se hacia á debido tiempo.

—Tus hijos Isabel, dijo el monarca, heredarán una buena hijuela por el feliz éxito de este nuestro último golpe de política quizás, y sin duda el mayor que dar podemos! En adelante, tus dominios y los míos descenderán en mancomun á un mismo heredero; tambien el casamiento con Portugal puede abrir calle á nuevas accesiones de territorio; Granada está asegurada ya á los tuyos, por el esfuerzo de nuestras conjuntas armas; y ahora la Providencia nos ha trillado las vias para que alcancemos un imperio en el Oriente, que deberá, segun promete, esceder á cuanto en Europa se ha conseguido.

—¿No son tuyos mis hijos, Fernando? ¿Puede bien alguno tocarles en suerte que sea ageno de ti y de tus esperanzas? Espero que aprendan á entender para que tantos nuevos vasallos, y tan anchurosos territorios á sus posesiones se han añadido, y que siempre permanecerán leales á su mas alta y primera obligacion, la de estender el dominio del Evangelio, á fin

de que el imperio de una sola y católica iglesia pueda llevarse á cabo con mayor premura.

—Sin embargo, no está demás que aseguremos aquellas ventajas que se nos ofrecen en mundana hechura, valiéndonos de los arbitrios mundanos.

—Dices bien, amor mio, y es el cuidado natural de los padres afectuosos el mirar por los intereses de sus hijos, así en estas materias, como en todas las demás.

Prestó ahora Isabel un oído voluntario á las sugerencias políticas de su consorte, y ambos pasaron una hora en discutir algunas de las medidas importantes que se creía requirieran sus intereses comunes ponerse en práctica sin pérdida de tiempo. Despues de este coloquio, despidióse Fernando de su muger con afecto tiernísimo, y se retiró á su gabinete, para dedicarse al trabajo como de costumbre, hasta que su naturaleza exigiese algunas horas de reposo.

Quedóse Isabel pensativa por algunos instantes despues que el rey dejádola hubo, y luego, tomando una luz, atravesó ciertos pasillos privados, que bien conocidos le eran, á

fin de dirigirse á las habitaciones de sus hijas. Allí estuvo mas de una hora, dando suelta á las ternezas de su cariño, y desempeñando los deberes de una madre sensibilísima, besando alternativamente á las princesas, y bendiciéndolas con fervor, hasta que tuvo á bien retirarse del mismo sencillo modo con que á visitarlas habia ido. En vez, sin embargo, de volverse á su propio departamento en el palacio, caminó en direccion contraria, hasta que habiendo llegado á una puerta privada, la pulsó con blandura. Una voz, por la parte de adentro, invitóla á entrar, y efectuándose, hallóse la reina de Castilla ó solas con su antigua y bien probada favorita la marquesa de Moya. Un ligero ademán prohibió los testimonios usuales de respeto, y conociendo los deseos de su ama sobre este particular, recibió Doña Beatriz á la régia huésped, casi como hubiera acogido á una amiga íntima que tuviese en el mundo su propio rango.

—Hemos tenido un dia de tanta ocupacion y de júbilo tan grande, hija-marquesa, comenzó la reina, poniendo tranquilamente sobre un velador la lamparilla de plata que llevaba en

la mano—que casi había olvidado un deber que olvidar no era justo. Tu sobrino, el conde de Llera, ha vuelto á la corte; y se conduce con tal modestia y cordura como si no hubiese tenido parte en la gloria ni en esta grande hazaña del ilustre Colon.

—En efecto, señora, aqui está Luis; pero si su conducta es prudente y cuerda, lo deajo á otras personas el decidillo pues que de estas podrá ser la imparcialidad.

—En mis ojos tal se ha presentado su comportamiento; y bien pudiera perdonarsele á un ánimo juvenil cierta jactancia, de resultas de tan dichoso resultado. Pero yo he venido á propósito para hablarte respecto á Don Luis y á tu pupila. Ahora que tu sobrino ha dado esta prueba de su perseverancia y valor, no puede existir ya razon ninguna que estorbe el enlace de estos dos jóvenes. Bien sabes que tengo la promesa de Doña Mercedes, quien me juró que no se casaria sin mi beneplácito, y esta noche quiero hacerla tan feliz como me siento yo misma, dejándola en libertad de ser dueña de sus propios deseos; aun mas, haciéndola saber que es mi gusto verla tomar el dicta-

do de condesa de Llera, y eso á la mayor premura.

—Vuestra Alteza, señora, se vuelve toda bondades para mi y para los míos, contestó la Marquesa con visible frialdad.—Profunda en extremo debe de ser la gratitud de Mercedes, al hallar que su régia ama ocupa los pensamientos en su bien estar, cuando las mientes de su soberana tienen tantos y tan importantes objetos que las llenen.

—Eso es lo que acá me ha traído tan á deshora. Mi alma se encuentra tan abrumada con el peso del reconocimiento, que antes de retirarme á dormir, quisiera, si posible fuese, hacer á todos tan dichosos como me siento á mí misma. ¿Dónde está Mercedes?

—Se acaba de separar de mí, un momento antes que Vuestra Alteza viniera, con el objeto de retirarse á su cuarto. Iré á avisarla que es vuestro placer se le presente ahora mismo.

—Pasaremos á verla, Beatriz mía; las nuevas de que soy portadora no deben demorarse á pié parado.

—Es el deber de mi pupila, señora, así como siempre será su delicia, el tributar á Vuestra Alteza todo acatamiento...

—Bien me consta eso, marquesa-hija; pero es mi placer el llevarle la noticia en persona, interrumpió la reina, guiando hácia la puerta sus pasos.—Enséñame tú el camino, pues que lo sabrás mejor que nadie. Allá vamos con poquísima pompa, y ménos ceremonia, como lo ves, cual Cristóval Colon dándose á la vela para esplotar las mares desconocidas, y llevando albricias tan gratas para tu pupila como aquellas de que fué portador el Genovés á los obcecados habitantes de Cipango. Estos corredores son nuestros mares sin sendero, y estos enredados pasadizos las vías ocultas que nos encaminamos á explorar.

—Quiera el Cielo que Vuestra Alteza no haga algun descubrimiento tan asombroso, cual el que acaba de divulgar el célebre navegante. En cuanto á mí, apénas sé si he de creer todas las cosas, ó tornarme incrédula respecto á todas ellas.

—No me admira tu sorpresa, Beatriz. Ese es un sentimiento que ha sobrepujado á los demás de resultas de los recientes y extraordinarios sucesos, contestó la reina, equivocando evidentemente las alusiones de las palabras

de su amiga.—Pero aun tenemos de reserva otro gozo; el de atestiguar el júbilo de un corazón femeníl y puro, que ha sufrido sus pruebas, conduciéndose con la fortitud que sienta tanto á una cristiana doncella.

—Arrancó Doña Beatriz un hondo suspiro, pero nada contestó. A ese tiempo ya atravesaban el pequeño salon, en donde se permitia que Mercedes recibiese á sus conocidas, y hallábanse próximas á la puerta de su cámara. Allí encontraron á una dama de honor, quien acortió á avisar á la jóven la clase de visita que iba á recibir. Acostumbraba Isabel á tomarse la libertad de una madre en su trato con aquellos á quienes queria, y abriendo la puerta, sin ceremonia, presentóse delante de nuestra heroína, antes que esta pudiese adelantarse para acogerla.

—Hija, comenzó la reina, tomando asiento, y sonriéndose con benigna afabilidad al notar el asombro de la muchacha.—He venido para desempeñar un solemne deber. Arrodillate aqui, á los pies míos, y presta oído á tu soberana cual á una madre lo hicieras.

Obedecióle alegremente Mercedes, pues que

en aquel instante todo era preferible á verse obligada á hablar. Luego que hubo tomado la posición requerida, ciñóle el cuello la reina afectuosamente con uno de sus brazos, y allególa aun mas á su régia persona, hasta que por un esfuerzo blandísimo, quedó oculta la cara de la jóven en las ondas del ropage de Isabel.

—Hija mia, tengo justos motivos para ensalzar tu fé y tu desempeño de las obligaciones que incumbido te han, dijo la reina, tan luego como se hizo delicadamente aquel arreglo tan favorable para las sensaciones de Mercedes.— No te has olvidado de tu promesa, en un ápice; y es ahora mi objeto, el dejarte dueña de tus propias inclinaciones, y levantar cuantos estorbos pudieran oponerse á esta tu nueva prerrogativa. Ya no tienes con tu soberana compromiso de ninguna clase; pues que á la doncella, que hasta aqui ha manifestado tanta discrecion, puede dejársele fiadora de su propia felicidad.

Mercedes continuaba muda, aunque se imaginó la reina que advirtiera un ligero estremecimiento recorrer convulsivo las delicadas formas de la virgen castellana.

—¿No me contestas, hija? ¿Te es preferible que siga otra persona siendo árbitra de tu suerte, que ejercer por ti misma ese encargo? Bien, pues entónces como tu soberana y madre, sustituiré el mandato al consentimiento, diciéndote que es mi placer y mi deseo el que tan pronto como sea compatible con el decoro y tu escelso rango, llegues á ser la esposa de Don Luis de Bobadilla, conde de Llera.

—«No...no...no...señora...nunca...nunca... balbució Mercedes, mientras ahogaban igualmente su voz las emociones que sentia, y el modo con que sepultára su rostro en el seno de la reina.

Miró Isabel maravillada á la marquesa de Moya. Su semblante no manifestaba disgusto ni resentimiento, porque conocia asaz á fondo el carácter de nuestra heroína para sospecharla de caprichosa, ó para creer que ninguna débil prevaricacion pudiera existir en una materia que tan de cerca sus sentimientos atañia; y solo anubló la desazon, que produjo en ella este incidente, lo súbito de su inteligencia con un sentimiento de sorpresa ingobernable.

—¿Puedes tu esplicarme esto, Beatriz? pre-

guntó la reina al cabo de un rato. ¿He venido pues á hacer mal, donde fué mi mejor intencion hacer bien? Siéntome desgraciada; pues que segun parece he atravesado con una profunda herida el corazon de esta pobre muchacha, en el instante mismo cuando creia que iba á conferirle una suprema felicidad!

—No.. no... no..señora, volvió á murmurar Mercedes, asiéndose convulsivamente de las rodillas de su soberana—Vuestra Alteza á nadie ha herido—á nadie «puede» lastimar—á nadie «es posible» que ofenda. Sois un conjunto de agraciable bondad y de divina cordura.

—Beatriz, á ti pido la esplicacion de esto. ¿Ha ocurrido alguna cosa que pueda garantizar esta mudanza de sentimientos?

—Mucho me temo, queridísima señora, que los sentimientos continuen en el mismo tren que anteriormente, y que esta mudanza no dependa de este jóven é inesperto corazon; sino que de ella tenga la culpa la inconstante naturaleza del hombre.

Un relámpago de indignacion femenil lanzóse de los ojos de la princesa, comunmente tan plácidos, mientras su aspecto readquiria toda su nativa magestuosidad.

—¿Será esto cierto? exclamó Isabela. ¿Se atrevería un vasallo de Castilla burlarse así de su soberana?... ¿burlarse así de un ser tan amable y puro como esta doncella?... ¿burlarse así de su fé para con Dios? Si el inconsecuente conde se imagina poner en obra impúnemente estos actos de criminalidad, que mire por sí!!! ¿Puedo yo castigar al que solo priva á un vecino de alguna mala pieza de oro, y dejar ileso al que traspasa con mortal herida el alma de una inocente? Admirome de tu frescura, hija marquesa; tú, que tan propensa eres á dejar que tu honrada indignacion prorrumpe de tus labios en el justo language de un espíritu sin temor y sin doblez!

—Ay, señora, y muy querida ama mía; ya han tenido su suelta mis sentimientos, y la naturaleza no quiere mas. El muchacho, á mas de esto, es hijo de mi hermano, y cuando evocar es mi intencion un resentimiento contra él, tal como sea correspondiente á su delito, la imágen de aquel hermano adorado, de quien es el retrato mismo, se me presenta delante de los ojos, con ciertos rasgos que enervan mi resolucion.

—Esto rara vez acontece!... Una jóven tan

bella, tan noble, tan rica, por todos títulos tan excelente, verse tan pronto olvidada! ¿Podeis atribuirlo á las vagamundas inclinaciones de vuestro sobrino, señora de Moya?

La reina Isabel hablaba cual no tenia de costumbre, y como las personas de su excelso rango suelen estar propensas á prescindir de consideraciones menores, cuando los sentimientos se escitan con demasiada energia, no se acordó de que Mercedes la escuchaba. El estremecimiento convulsivo que volvió á sacudir la máquina de la cuitada jóven, no dejó, sin embargo, de traerle á las mientes la idea de este hecho, y la princesa augusta no pudo haber abrazado á su hija la infanta Doña Juana con mayor ahinco, apretándola contra su corazon, que lo hizo con las cedientes formas de la doncella la cual á sus pies continuaba arrodillada.

—¿Y qué remedio, señora? repúso la marquesa con suma amargura. Luis, sin reflexion ni principios, de que verdaderamente carece, ha inducido á una jóven princesa indiana á abandonar su casa y sus amigos, só pretesto de henchir el triunfo del almirante, y en obediencia á un renombre vagamundo, al paso que en su-

mision á esos caprichos perversos, que hacen á los hombres lo que verdaderamente son en sí, y que con tanta frecuencia tornan á las infelices mugeres sus engañadas y sus víctimas.

—¿Una princesa indiana, dices?—Informónos el almirante que traía consigo á una hembra de ese rango, en verdad; pero describióla como casada, y muy léjos de ser una rival de Doña Mercedes de Castilla!

—Ah, señora, esa de quien habláis no puede compararse con aquella á que aludo—con Ozema—pues tal nombre le dan en las Indias. Esta Ozema es un ser muy diverso, y no deja de tener altas pretensiones á la belleza esternal. Si la mera apariencia de persona pudiese disculpar la conducta del muchacho no quedaria este completamente sin excusa.

—¿Y como lo sabeis, Beatriz?

—Porque Luis la ha traído al palacio y en este momento se encuentra la jóven alojada en estos mismos apartamentos. Mercedes la ha recibido como á una hermana, aun cuando la huéspedea estrangera le haya hecho añicos el corazon.

—¿Que está *aquí* dices, marquesa? Luego

no puede haber una union viciosa entre el irreflexivo mancebo y la indiana beldad. No se atreveria tu sobrino á ofender de un modo tan grosero la inocencia y la virtud.

—De eso no nos quejamos, señora. Es la inconstancia pueril y la descabellada crueldad del conde, lo que ha despertado contra él mi resentimiento. Nunca he procurado egercer influencia sobre mi pupila para que favoreciera sus pretensiones, pues léjos está de mi el querer que estuviese en poder de ellos decir que busqué una union honorífica y ventajosa para nuestra casa; pero ahora anhelo vivamente vencerá mi pupila para que acere su noble corazon en contra de la indignidad de mi sobrino.

—Ah! señora—tutora mia! balbució Mercedes,—Luis no es tan criminal. La belleza de Ozema, y mi propia carencia de los medios para afianzar la constancia del conde, son las únicas cosas que tienen la culpa.

—La belleza de Ozema! repitió la reina con pausa; ¿es pues, Beatriz, tan perfecta esa jóven India que tu pupila le tenga envidia ó miedo? Nunca habria yo supuesto que existiese un ser semejante.

—Vuestra alteza sabe muy bien lo que sucede á los hombres. Aman las novedades, y las caras mas nuevas son las que mas les cautivan. Por San Diego! Esto me lo ha hecho conocer Andres de Cabrera, aunque fuera un delito suponer que nadie hubiese dado nunca tan severa leccion á Doña Isabela de Trastamara!

—Restrinje tus sentimientos, impetuosos y desenfrenados, hija marquesa, contestó la reina, echando una mirada al soslayo sobre las graciosas formas de Mercedes, quien ahora tenia oculta la cabeza en su falda,—rara vez la verdad ejerce su imperio cuando rebozan en el corazon las pasiones. Don Andres ha sido siempre un leal vasallo, y hace la debida justicia á tu mérito; y respecto al rey nuestro señor, él es padre de mis hijos, asi como tambien tu soberano. Pero... respecto á Ozema... ¿dejarás que yo la vea, Beatriz?

—No teneis mas que mandarlo, señora; y podeis ver á quien os plazca. Pero, sin duda, está á mano Ozema, y puede venir á vuestra real presencia tan luego como se digne Vuestra Alteza disponerlo asi.

—No, Beatriz, si ella es una princesa, y es-

trangerera en estos reinos, hay una consideracion debida á su rango ó positura. Que vaya Doña Mercedes, á prepararla para nuestra visita, porque quiero pasar á su propia habitacion. La hora es poco conveniente; mas ella disimulará esta falta de etiqueta, luego que la atribuya á mis deseos de servirla.

No aguardó Mercedes á recibir un segundo mandato; pero alzándose al punto, apresuróse á hacer lo que la reina exigiera de ella. Isabel y la marquesa permanecieron en silencio buen rato despues que se quedaron solas; despues de lo cual, la primera, como convenia á su rango, dió principio al coloquio.

—Es muy notable que Colon nada me haya dicho acerca de esta princesa! dijo la reina de Castilla. Una persona de la clase de Ozema, no deberia de haber puesto los pies en España con tan poca ceremonia.

—El almirante la hubo juzgado como objeto predilecto de los esmeros de Don Luis, y la dejó para ser presentada á Vuestra Alteza por el rodavalles de mi sobrino. Ah, señora! ¿no es una cosa muy estraña el ver á un ángel como Mercedes desbancada por un ser medio des-

nudo, sin bautismo ni civilizacion, sobre quien jamás la iglesia se sonriera, y cuya alma misma puede asegurarse que se halla en el apuro de instantánea condenacion?

—Precisa cuidar de su alma, Beatriz, y eso sin pérdida de tiempo. Pero dime, ¿esa princesa es realmente poseedora de belleza suficiente para suplantar á una criatura tan amable como lo es Doña Mercedes?

—No es eso, señora, no es eso. Pero los hombres son inconstantes, y tienen tanta afición á lo nuevo! Luego la modesta restriccion de los modales civilizados, no tiene para ellos tanto atractivo, como la libertad de aquellas personas para quienes hasta la vestimenta está demás. No pongo en duda, sin embargo, la modestia de Ozema, pues, en cuanto á sus hábitos, parece intachable en este respecto; pero la desarreglada fantasia de un mancebo descabellado, puede hallar atractivos por un momento en la conducta irrestringida y en la persona medio ataviada, de que carecen el aire y talante de una damisela castellana de escelsa cuna, á quien se ha enseñado que se respe-

te rígidamente á sí misma á par que al sexo á que pertenece.

—Eso puede ser cierto, en cuanto atañe al vulgo, Beatriz; pero unos motivos tan indignos jamás pueden tener influjo, respecto al Conde de Llera. Si tu sobrino ha salido en efecto tan variable como lo supones, esta princesa indiana deberá poseer mayor escelerencia de la que hemos creído.

—De eso, señora, podreis juzgar con vuestros propios ojos. Aquí está la camarera de Mercedes, que viene á informarnos hallarse lista la Indiana para recibir la honra que Vuestra Alteza tiene intencion de dispensarle.

Nuestra heroína habia preparado á Oze-
ma para su entrevista con Isabel. En tal
fecha recogiera ya la jóven Haiticense tan-
tos vocablos españoles, que la comunicacion
verbal con aquella, estaba muy léjos de ser ma-
teria difícil, aunque se espresase todavia del
modo abrupto y desconcertado de una persona
para quien el idioma era nuevo. Comprendió
perfectamente que iba á verse con aquella ama-
dísima soberana, de quien tan amenudo Luis
y Mercedes le habian hablado con reverencia,

y acostumbrada ella misma á reconocer por superiores á los caciques mas potentes que su hermano, hubo poca dificultad en hacerle entender que la persona por quien ahora iba á ser visitada, era la princesa de todo su séxo en España. La única equivocacion que existia, era oriunda de la circunstancia de que Ozema creyera á Isabel soberana de todo el mundo cristiano, en vez de reina particular de una comarca determinada; pues que, en su imaginacion tanto Luis como Mercedes eran personas de régio rango.

Magüer que Isabela se hallase preparada para encontrarse con un ser de sorprendente perfeccion respecto á sus formas, hizo un ademán de asombro al dirigir los ojos á Ozema. No fué tanto la belleza de la jóven India lo que la admiró, como la gracia nativa de sus movimientos, la brillante y feliz espresion de su semblante, y el perfecto mando que ejercia espontáneamente sobre su fisonomia y su porte. Habíase acostumbrado Ozema á cierto grado de vestidura, que en Haiti hubiera hallado bastante incómodo; la susceptibilidad de Mercedes, sobre el tema de decoro femenino, le indujo á re-

galar á su nueva amiga varios artículos de vestimenta, que singular, aun que caprichosamente, contribuian al realce de sus encantos. Apesar de todo, la dádiva de Luis aparecia siempre arrojada sobre el uno de sus hombros, cual la prenda mas apreciable de su equipage, mientras la cruz de Doña Mercedes descansaba en su seno, como el mas precioso de todos sus adornos.

—Esta es una maravilla, Beatriz! exclamó la reina, al detenerse en una estremidad del cuarto, mientras en el otro inclinaba Ozema su cuerpo en graciosísima cortesía.—¿Es posible que este ser tan raro tenga un alma que nada sepa de su Dios y Redentor? Pero ofúsquen su espíritu las tinieblas mas densas, no existe el vicio mas leve en su pura ánima, ni engaño alguno en su sencillo corazon.

—Señora, todo esto es la exacta verdad. En despecho de las razones que nos asisten para andar disgustadas, tanto mi pupila como yo, la amamos mucho ya, y para siempre adherirla pudieramos á nuestros corazones; la una como su amiga, la otra como su madre.

—Princesa! dijo la reina, adelantándose con

reposada dignidad hácia el parage donde Ozema se hallaba, aguardando su placer, con el cuerpo inclinado y con los ojos modestamente bajos,—sois bien venida á estos mis dominios. El almirante se ha conducido perfectamente en no confundir á una dama de vuestras pretensiones y de vuestro escelso rango, con aquellos que ha exhibido á los ojos del vulgo. En esto ha dado muestra de su juicio usual, no menos que de su respeto para con el sagrado destino de los monarcas.

—Almirante! exclamó Ozema, mientras sus ojos iluminaba la inteligencia, pues que hacia tiempo que aprendiera la jóven india á pronunciar el bien ganado titulo de Colon.—Almirante, Mercedes—Isabel, Mercedes—Luis, Mercedes, Señora Reina!

—Beatriz, ¿qué significa esto? Por qué razon copulará la princesa el nombre de tu pupila con el de Colon, con el mio, y hasta con el del jóven conde de Llera?

—Señora, por algun estraño error ha llegado á creer que el vocablo castellano, «Mercedes,» significa todo lo que es escelente y perfecto, y así es que lo junta con cuanto se le fi-

gura merecedor de alabanza. Vuestra Alteza reparará que hasta une á Luis y Mercedes; enlace que algun dia esperábamos llegára á verificarse; pero el cual apareceria ahora casi imposible, y que ella misma debe de ser en todas veras la última que pueda desearlo.

Delusion estrañisima! repitió Isabela, esa idea debe su origen á alguna causa particular; porque estas materias no provienen de meros accidentes; ¿quién, á no ser tu sobrino, Beatriz, pudiera saber cosa alguna respecto á tu pupila, ó quien sino él pudiera haber enseñado á la princesa que juzgase el nombre de la doncella castellana como un vocablo espresivo de la escelencia?

—Señora! exclamó Mercedes, mientras el rubor coloraba sus pálidas megillas, y el gozo destellaba momentáneamente de sus ojos ¿será eso asi?

—¿Y porqué no ha de serlo, hija mia? Quizás nos háyamos apresurado en este negocio, equivocando las señales de adhesion á ti, por pruebas de capricho y de inconstancia.

—Ah; señora! eso no puede ser; de lo contrario Ozema no le amaria.

—¿Y como sabes, hija, que la princesa tenga otro sentimiento hácia el conde, que el perteneciente á una muger, agradecida á su cuidado, y al invaluable servicio de aprender de él las virtudes de la cruz? Aqui, Beatriz mia, hay algun error muy temerario.

—No me recelo que tal acontezca, señora soberana. No puede existir equivocacion respecto á los sentimientos de Ozema, pues que aquella inocente é inesperta criatura carece del artificio suficiente para ocultarlos. Que su corazon era completamente de Luis, lo descubrimos en las primeras horas de nuestro trato; y ese su corazon es demasiado puro, demasiado sencillo, para rendirse, sin que se le solicitára. El sentimiento de la jóven india no es una mera admiracion; pero es un consagramiento tan apasionado, que participa de los ardores de aquel sol, que, segun nos dicen, brilla con tan alno fuego en su pais natal!

—Hija mia, retírate, y primero, invocando á la Virgen bendita para que en tu favor interceda, busca la calma de la paz religiosa y de la resignacion en tu almohada. Beatriz, es mi placer interrogar á solas á la princesa.

Retiráronse inmediatamente la marquesa y Mercedes, dejando á la reina con Ozema, en posesion del cuarto. La entrevista que se siguió duró mas de una hora, pues que fué necesario ese tiempo para que la reina pudiese formar una opinion acerca de las esplicaciones de la estrangera, en virtud de los escasos medios de comunicacion que esta poseia. No pudo dudar Isabel que toda el alma de Ozema perteneciera á Luis. Inusitada á ocultar sus predilecciones, la muchacha Indiana era demasiado inesperta para poner en juego los artes del disimulo aun cuando hubiese querido intentarlo; pero en añadidura á su ingenuidad natural, creia Ozema que su deber exigia de ella ocultar nada á la soberana de Luis; y por lo tanto desabrochó toda su alma del modo mas franco y ménos rebozado posible.

—Princesa, dijo la reina, despues que la conversacion hubo seguido algun tiempo, y creyese Isabel que ya estaba á cabo de comprender á su colocutora.—Ya entiendo perfectamente vuestro caso. Caonabo es el gefe, ó llámese si mejor os place, el rey de una comarca contigua á la vuestra; os solicitó para esposa suya; pero

hallándole ya casado con otras princesas, desechasteis con justísimo decoro esas propuestas verdaderamente insanas. Entónces procuró él apoderarse á viva fuerza de vuestra persona. A la sazón, se hallaba hospedado en casa do vuestro hermano, el conde de Llera...

—Luis... Luis—interrumpió á la reina la jóven india con dulce y blanda voz—Luis—no conde—Luis.

—Verdad, princesa; pero el conde de Llera y Luis de Bobadilla son una misma persona. Luis, pues ya que así lo quereis, estaba en vuestro palacio, y ahuyentó al presuntuoso cacique, quien, no contento con sugetarse á la ley de Dios, poseyendo una sola muger, buscaba impropriamente, en vuestra persona, una segunda ó una tercera consorte, y haberos llevado consigo en triunfo. En seguida, vuestro hermano os suplicó que os albergaseis por algun tiempo en España; mientras Don Luis, llegando á ser vuestro tutelar y protector, os ha traído aquí y puesto bajo la salvaguardia de su tia.

Inclinó Ozema el cuerpo en señal de que reconocia la verdad del relato, sin que le hubiese sido difícil entender su mayor parte, pues que

el tema habia ocupado recientemente casi todos sus pensamientos.

—Y ahora, princesa, continuó Isabela, debo hablaros con ingenuidad maternal; pues que considero hijos míos á cuantos tienen la cuna vuestra, mientras moren en mis dominios, y todos poseen el derecho de buscar en mí, consejo y proteccion. ¿Profesais á Don Luis un amor de tal naturaleza que pueda induciros á olvidar vuestra patria, y en vez de ella adoptar la suya?

—Ozema no saber que es, «adoptar la suya» observó la perpleja Indiana.

—Quiero decir ¿que si consentiriais en ser la esposa de Don Luis de Bobadilla?

Las palabras «esposo» y «esposa» fueron precisamente unas de las primeras cuyo significado habia aprendido la jóven Haitiana, y por eso se sonrió con toda inocencia, aun mientras el carmin cubria sus mejillas, y su cabeza daba el signo comun de asentimiento.

—Segun eso, debo entender que esperais casaros con el conde; pues que ninguna modesta virgen, como vos, confesaria tan francamente sus sentimientos, sin que esa esperanza en su corazon se madurase, con la influencia de la certidumbre.

—Si, señora—Ozema esposa de Luis.

—Quereis decir, princesa, que Ozema espera casarse con el conde dentro de poco tiempo ...en fin anhela ser su esposa cuanto antes.

—No—no—no. Ozema *ahora*, esposa de Luis, Luis casar con Ozema ya.

—¿Será esto cierto? exclamó la reina, mirando de hito en hito á la cara de la hermosa estrangera, cual si quisiese averiguar si ocultaban sus palabras algun engaño artificioso. Pero en aquella cara tan ingénuá é inocente no se veia el mas ligero vestigio de crimen, y la princesa castellana se vió precisada á creer lo que acababa de oír. Con el objeto, sin embargo, de asegurarse del hecho, interrogó á Ozema, y volvió á interrogarla durante media hora mas; pero siempre con el mismo resultado.

Luego que la reina se levantó á finde retirarse, besó cariñosamente á la princesa, pues que tal juzgaba era aquella criatura procedente de un estado de sociedad desconocido y novel; al paso que susurraba una devota prece en pró de la ilustracion de su ánima y de su paz futura. Al llegar á su propio apartamento halló que en él la aguardaba su fiel amiga la mar-

quesa de Moya, quien no habia podido pegar los ojos, hasta no saber las impresiones, que, de resultas de su entrevista con Ozema, pudiera haber recibido el corazon de su régia ama.

—Aun es peor de lo que habíamos creído, Beatriz, dijo Isabel, mientras su favorita cerraba la puerta.—Tu inconstante y empedernido sobrino se ha casado ya con la princesa indiana, quien es á estas horas su muger legítima!

—Señora; en esto debe haber alguna equivocacion! El rapaz temerario no osaria engañarme de ese modo, y en la presencia misma de Mercedes!

—Antes mas bien, hija marquesa, pondria bajo tu salvaguardia á su esposa, que buscar igual asilo para una muger con quien no tuviera compromisos semejantes. Pero no puede haber equivocacion. He examinado minuciosamente á la princesa, y no me queda duda de que la boda se haya verificado bajo la garantia de los ritos religiosos. No es fácil entender cuanto ella quiere decir, pero lo que te profiero me lo ha asegurado veces repetidas y con la mayor claridad!

—Soberana señora!... ¿puede un cristiano contraer matrimonio con una muger que no ha recibido aun las aguas purificadoras del bautismo santo?

—No por cierto, en los ojos de la iglesia, que son los ojos mismos de Dios. Pero me inclino á creer que Ozema ha sido ya santificada por este rito divino, pues que ella señalaba á la cruz, que lleva pendiente del cuello, cuando hablaba de su enlace con tu sobrino. Y á la verdad, en virtud de sus alusiones, me parece haber comprendido que se tornó Cristiana, antes de pronunciarse esposa.

—Y esa bendita cruz, régia ama mia, fué una dádiva de Mercedes al mancebo veleidoso y rebullido; un don que al partir le otorgára, con el objeto de que aquel sagrado símbolo le membrase de la constancia y de la fé!!!

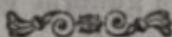
—¡El mundo, querida Beatriz, hace tantas brechas en el corazon de los hombres! Ellos estiman en precio valadí la confianza de la muger, y su fidelidad. Pero, hija mia, ponte de hinojos, y apréstate á pedir que la divina gracia sostenga á tu pupila en esta cruel, aunque inevitable estremidad.

Volviose ahora Isabel hácia su amiga, quien arrodillandose llevóse á los labios la mano de su señora. La reina, empero, no se satisfizo con este saludo, por muy cordial que fuera; mas ciñendo con sus brazos el cuello de Doña Beatriz, atrájola á su persona é improvisole en la frente un beso dulcísimo.

—Adios Beatriz—adios amiga leal! dijo Isabel—si la costancia ha abandonado á otros, y aunque sea á todos los demás; siempre encuentra un santuario en tu fiel pecho.

Con estas palabras separáronse la reina y su favorita, para ir cada cual en busca de su almohada, ya que no de su reposo.

CAPITULO VIII.



Ahora bien, Gondarino, qué hacer puedes
 Para engañarnos otra vez. Te jactas
 De nuevas y fantásticas neblinas,
 Por las cuales la vista atravesando,
 Hacia el error, ilusa se enderece.
 Y con qué ardi!l satisfarás de "ella,,
 La hora marchita á par que el propio daño.

BEAUMONT Y FLETCHER.

El día subsiguiente al referido en el capitulo anterior, fué el señalado por el cardenal Mendoza, para el célebre banquete dado á Colon. Con ese motivo; la mayor parte de lanobleza mas distinguida de la corte, se reunió á fin de honrar al almiran-

te, quien fué recibido con una distincion poco ménos pomposa que la que comunmente se destina para obsequiar á las testas coronadas. El Genovés se condujo con modestia; aunque con noble talante, en todas aquellas ceremonias; y por entónces, todos aparentaban el mayor regocijo al hacer justicia á su grande hazaña, simpatizando de mancomun en un suceso que dejaba muy en zaga la general expectativa. Todos los ojos parecian clavados en su persona, todos los oidos escuchaban ansiosos cualquiera silaba que de sus labios se desprendiera, y todas las voces se alzaban recias y voluntarias en su laude.

Como era de uso en semejantes ocasiones, esperaban los convidados que diese Colon alguna noticia de su viage y de sus descubrimientos. No era esta, sin embargo, una tarea muy sencilla, pues que equivaldria á ostentar virtualmente hasta qué punto su propia perseverancia y valentia, asi como tambien su sagacidad y destreza eran superiores á los conocimientos y empresas de aquel siglo. Sin embargo, desempeñó el almirante su papel con tino y buen concepto, pues que en su relato tuvo cuidado de

tocar únicamente aquellos puntos que redundaban con mayor realce á la gloria de España y al lustre de ambas coronas.

Entre los huéspedes se hallaba Luis de Bobadilla. Este jóven habia sido convidado al festin, en atencion á su alto rango, y en consideracion á la confianza y familiaridad con que era público le distinguia el almirante. Era mas que suficiente su amistad con Colon, para borrar las impresiones, ligeramente desfavorables hacia el ilustre mancebo, que sus liviandades habian hecho en las mentes de los circunstantes; pues que la mayor parte de ellos se sometia á la influencia que les participaba el ejemplo del gran marino, sin detenerse en averiguar las causas de su predileccion. La consciencia de haber hecho lo que pocos de su clase y esperanzas hubieran jamás soñado en acometer, prestaba al talante altivo y al hermoso rostro de Luis, cierta seriedad y elevacion que no siempre alli se hubieron posado, y le ayudaban á sostenerle en la buena opinion que por lo demás tan de barato alcanzára. El modo con que refiriera á Pedro Mártir y á sus comensales los sucesos de la expedicion acudia á la memoria de todos, y, sin sa-

ber exáctamente por qué, comenzaba el mundo á asociarle, en cierta misteriosa manera, con el grandioso viage de occidente. Debido á estas circunstancias accidentales, hallábase á la sazón cosechando nuestro héroe algunos cuantos frutos de su valor, aunque por un medio que nunca previniera; resultado que nada tiene de extraordinario, pues que los hombres reciben tan amenudo aplauso ó reprobacion, por las acciones impremeditadas, asi como por aquellas de las cuales en razon y justicia se les debiera tener rigidamente como merecedores.

—Bebamos á la salud del caballero almirante del Occéano, nombrado tal por sus Altezas! gritó Luis de San Angel, alzando el vaso de modo que cuantos rodeaban la mesa atestiguasen el acto.—La España le adeuda su gratitud por la mas atrevida y beneficosa de cuantas empresas ha visto el siglo; y creo que ningun leal vasallo de nuestros soberanos augustos vacilará en hacerle esta honra por el servicio inaudito que á la corona ha prestado.

Aceptóse el brindis, y las gracias, que con modesta cortedad dió Colon al concurso, se escucharon en respetuoso silencio.

—Señor Cardenal, prosiguió el campechano recaudador de las rentas eclesiásticas,—juzgo que la faena de la iglesia va á duplicarse de resultas de estos descubrimientos, y calculo que el número de almas que ha de rescatarse de la eterna perdicion, en virtud de los medios que iran á ponerse en planta para salvarlas, no formará una parte muy pequeña de la aventura, y una cosa que en Roma no se olvidará tan fácilmente.

—Decis bien, honrado San Angel, contestó el Cardenal, y el Padre Santo no pasará por encima á los agentes de Dios, ni á aquellos que de ayuda les sirven. Los conocimientos humanos provinieron del oriente, y hace mucho tiempo que hemos mirado adelante en busca del tiempo, en que, purificados por la revelacion y por el encargo escelso, que nos ha venido del Cielo directamente, se rehacerian hácia el lugar de su origen; pero ahora vemos que su curso vá siempre hácia occidente, tornando al Asia por una via, que hasta la época de este grandioso descubrimiento, estaba oculta de los ojos humanos.

Aunque una simpatia tan aparente reinase

en el festin, seguia sus trabajos usuales el humano corazon, y la envidia, pasion mas baja aunque tal vez mas comun entre nosotros, se henchia en muchos corazones. La observacion del Cardenal produjo una muestra del influjo de este asqueroso sentimiento, que de otro modo pudiera haber seguido asaz solapado. Entre los comensales habia un hidalgo, llamado Juan de Orbitello, quien ya no pudo oir, sin reventar, las alabanzas de aquellos cuyo solo álito estaba acostumbrado á considerar como dispensador de eterno renombre.

—¿Y tan cierto es eso, Santo Cardenal, dijo el noble huésped, que Dios no hubiera dispuesto echar mano de otros medios, para verificar este fin, si hubiesen faltado los que al intento empleára el Señor Don Cristóval. Ahora bien ¿hemos de considerar este viage como á única via conocida en cuya virtud pudiéramos rescatar á esos paganos de la eterna condenacion?

—Nadie puede presumir, señor mio, el poner límites á las agencias del Cielo; replicó el prelado con gravedad—ni es incumbencia del hombre poner en duda los medios empleados, ni dis-

putar el poder que tiene para crear otros, segun le dicte su sabiduria suprema. Y menos que todo está permitido á los seglares discutir lo que los eclesiásticos sancionádo han.

—Todo eso lo admito yo, señor Cardenal, contestó el señor Orbitello, un poco embarazado, á par que algo resentido del reproche indirecto que consigo llevaban las observaciones del hombre de iglesia—y nunca fué mi intencion mas leve ponerlo en duda. Pero, señor Don Cristóval, quisiera me dijéseis, ¿si os considerais un agente del Cielo en esta expedicion?

—Siempre, noble hidalgo, me he tenido por un indigno instrumento, señalado para este grandioso fin; contestó el almirante, con una grave solemnidad, bien calculada para causar impresion en su auditorio. Desde el principio he sentido que este impulso provenia de un origen divinal, y confio humildemente que el Cielo no se halle descomplacido con la creatura, que para llevar á cabo sus designios, empleára.

—¿Y suponeis, señor almirante, que la España no pudiese producir alguna otra persona, tan adecuada como vos mismo, para ege-

cutar esta grande empresa, toda vez que algun grave acaso hubiera impedido vuestra navegacion ó vuestro buen suceso.

La osadia, asi como la singularidad de la pregunta, produjo una pausa general en la conversacion, y no hubo cabeza que no se inclinára hácia adelante un poquito en expectativa de la réplica. Permaneció callado Colon durante un largo minuto; luego, estendiendo la mano, tomó de un plato un huevo duro, y enseñándolo á todos los convidados, se espresó en terminos muy comedidos, pero con suma gravedad y energia de maneras.

—Señores, dijo, ¿hay aqui alguien suficientemente diestro para hacer que este huevo se sostenga sobre una de sus puntas? Si tal hombre se halla presente, le reto á que nos dispense una esposicion de su habilidad.

Esta solicitud causó vivisima sorpresa; pero una docena de los convidados acometieron al instante la hazaña, con recias risotadas y gran palabreria. Mas de una vez, algun que otro jóven noble creyó haber conseguido su fin; pero en el instante que su dedo abandonaba la coronilla del huevo, rodaba este por la mesa cual

si intentórá mofarse de su falta de habilidad.

—Por San Lúcas, señor almirante, esta fa-
zaña notabilísima le echa la pierna á todas las
demás, y es superior á nuestra destreza! esclamó
Juan de Orbitel'o. Aquiestá el conde de Llera
que ha ensartado en su lanza á tantos moros, y
hasta conseguido desarzonar á Alonso de Ojeda
en un toraco, apesar de eso no puede meter en
razon á su huevo, haciéndole obedecer las con-
dicioness que le habeis establecido.

—Y sin embargo, dejarán de ser difíciles
para él, y aun para vos, señor hidalgo, luego
que yo exhiba el artificio.

Así hablando, dió Colon un ligero golpe
en la mesa con la coronilla de un huevo, y abo-
llado el cascaron, tuvo ya una base para perma-
necer erecto y firme. Un murmullo de aplauso
se siguió á este reproche, y el señor de Orbi-
tello se vió precisado á volverse corrido á su
primitiva insignificancia, de la cual hubiera si-
do mejor para él no haber intentado salir jamás.
En aquel instante un page del rey habló ciertas
palabras al almirante, y pasó en seguida al asien-
to que ocupaba el conde de Llera.

—Citanme con premura á la presencia de

la reina, señor Cardenal, observó el almirante, y espero dispenseis me retire. El negocio es de mucho peso, segun me lo da á entender la manera del mensaje, y disimulareis que deje la mesa, aunque con tanta premura.

Diósele la respuesta acostumbrada, y habiéndosele acompañado hasta la puerta con toda urbanidad, salióse del aposento Colon. Casi al mismo instante le siguió Don Luis de Bobadilla.

—¿A donde vais tan de prisa, ilustre conde, preguntóle el almirante, luego que á él se allegó el mancebo.—¿Estáis en tal premura por retiraros de un banquete, que rara vez atestigua España, como no sea en los palacios de sus reyes?

—Por Santiago! ni aun en esos tampoco, señor Don Cristóval, dijo el jóven con alegría, si tomamos por modelo la mesa del rey Fernando. Pero tengo que dejar esta sociedad campechana en obediencia á una órden de Doña Isabel, que de súbito me ha llamado á su presencia.

—Entónces Don Luis, juntos vamos allá, y probablemente á un mismo asunto. Yo tambien

me dirijo sin pérdida de tiempo á las habitaciones de la reina.

—Alégrame el alma oír eso, señor; pues que solo sé un asunto atento al cual pudiera enviárenos una comun cita. Esto se refiere á mi pretension, y sin duda se os llama para que deis informes acerca de mi comportamiento durante el viage.

—En estos últimos dias, Luis, han tenido tanta ocupacion, asi mi cabeza como mi tiempo, que me ha faltado ocio para hablaros acerca de esto. ¿Como se halla la señora de Valverde, y cuando juzga diguarse recompensar vuestra constancia y vuestro amor?

—Señor, ojalá me fuera dado responder con mayor certeza á la última de esas preguntas, y á la primera con un corazon mas desahogado. Desde mi regreso, solo he visto tres veces á Doña Mercedes; y aunque ella se mostrase respecto á mí tan tierna y sincera como siempre, mi solicitud respecto á la consumacion de mi felicidad ha encontrado en mi tia una acogida muy evasiva é indiferente. Parece que es preciso consultar á su Alteza sobre este punto; y la barahunda producida en la corte por el buen

éxito de nuestro viage, la ha traído tan ocupada, que le ha faltado lugar para distraerse con bagatelas como las que pudieran conducir á la felicidad de un vagamundo como yo.

—Entonces es muy probable, Luis, que estemos citados ambos sobre este negocio; ¿pues de lo contrario, á qué habíamos de concurrir vos y yo á la real presencia, avisados de un modo tan inusual y repentino?

No disgustó á nuestro héroe oír esto, y entró en la habitacion de la reina con pasos tan elásticos, y tan radiosa faz, que parecia iba á unirse con su amada en los lazos del matrimonio. El gran almirante del Mar Occéano, título que ahora se daba públicamente á Colon, no tuvo que hacer una antesala muy larga, y antes de pocos minutos, él y su acompañante fueron admitidos á la presencia régia.

Recibió Isabel privadamente á sus huéspedes; siendo las únicas personas que su séquito formaban, la marquesa de Moya, Ozema y Doña Mercedes. Por la primera mirada que las damas les dirigieron, conocieron Colon y Luis que habia *gato encerrado* como dice el adagio vulgar. La reina misma, aunque en verdad, su semblan-

te estuviese sereno y majestuoso como siempre, ostentaba cierta niebla de disgusto en su frente, tenía los ojos turbios de tristura, y las mejillas un si es no es coloradas. Respecto á Doña Beatriz, el pesar y la indignacion sostenian una lucha severa en su rostro espresivo, y reparó, apesadumbrado Luis, que tenía los ojos apartados de él, y en la manera que siempre adoptára la noble matrona cuando habia incurrido seriamente en sus malas gracias. Los labios de Mercedes estaban mas pálidos que la muerte, aunque una roseta de vivo carmin se posaba en cada una de sus mejillas; sus ojos no se desclavaban del suelo, y todo su aspecto daba indicios de la humillacion y timidez. Tan solo á Ozema se veia perfectamente natural; sus miradas eran vivas y llenas de ansiedad, aunque un destello de júbilo danzábanle en los ojos, y hasta una ligera exclamacion de deleite se le escapó de los labios, al descubrir á Luis; pues que no habia vuelto á verle, durante un mes que hacia se hallaba en Barcelona.

Adelantóse Isabel un paso ó dos para recibir al almirante, y cuando este último hizo ademán de doblar la rodilla, previno ella presurosa el acto, dándole á besar su régia mano.

—De ningún modo—de ningún modo, señor almirante, exclamó la reina; este homenaje es indebido en las personas del alto rango vuestro, y de los eminentes servicios que os condecoran. Si bien somos soberanos vuestros, somos á la par vuestros amigos. Temo que el Señor Cardenal no me perdone tan fácilmente las órdenes que os he enviado, al ver que le priváran de vuestra sociedad, con mayor premura que hubiera podido sospecharse.

—Su eminencia, y todos sus obsequiosos comensales, señora, tienen cierta cosa que cavilar en este momento, la cual hará que echen de menos mi presencia no tanto como en tiempos ordinarios, respondió Colón sonriéndose con mucha gravedad. Aun cuando así no hubiera sido, tanto este jóven conde como yo, no hubiésemos vacilado un momento en dejar un banquete aun mas opiparo, para obedecer las órdenes de Vuestra Alteza.

—No lo dudo; pero quise veros esta noche sobre un asunto mas bien de materia privada que de interés público. Doña Beatriz, que está presente, me ha dado á entender la existencia en la corte, así como la historia de es-

te ser hechicero, que nos dá una idea tanto mas sublime de vuestros vastos descubrimientos, cuanto que me maravillo de que se me haya ocultado lo referente á ella. ¿Os es conocido su rango, Don Cristóval, y las circunstancias que han causado su venida á España?

Si señora; todo lo sé, en parte por mis propias observaciones, y en parte por el relato de Don Luis de Bobadilla. Considero que el rango de Ozema es inferior al real, y superior al noble, toda vez que nuestras opiniones nos permitan imaginar una condicion entre uno y otro; aunque siempre debemos tener á la vista que Haiti no es Castilla; pues que aquella comarca se encuentra oscurecida, só las sombrías nubes del paganismo, y esta existe en toda la resolana de la Iglesia y de la civilizacion.

—Sin embargo, Don Cristóval, el rango, es siempre rango, y no sufre merma ninguna por la condicion en que un pais se encuentre. Aunque ya haya tenido á bien el cabeza de la iglesia, y supongo continuará otorgandolos, concedernos derechos, en nuestro carácter de principes cristianos, sobre esos caciques de la India, nada tiene el hecho de insusitado ó novel.

La dependencia de un príncipe tributario á su señor soberano es antiquísima, y se encuentra bien garantizada; sin que falten ejemplos de monarcas poderosos, que han tenido parte de sus estados sujetos á esta clase de feudos; al paso que los privilegios de otros han emanado de Dios mismo. En atención á esto, siéntome dispuesta á considerar á esta dama india como á un miembro de la familia real, y he dispuesto, por lo tanto, que se la trate sobre este pié. Solo nos queda ahora que nos refirais los pormenores de su venida á España.

—El señor Don Luis podrá darlos á Vuestra Alteza con mayor exactitud que yo; pues que esos sucesos le son mas conocidos.

—No, señor, no; quisiera saberlos de vuestros propios labios. Ya soy poseedora de la sustancia que encierra la historia del conde de Llera.

Quedóse Colon á un tiempo sorprendido y penado, pero no vaciló en dar cumplimiento á las órdenes de la reina.

—Ha de saber Vuestra Alteza, señora, que la isla de Haiti tiene sus príncipes mayores y menores, prosiguió el almirante, los últimos

de los cuales tributan un homenaje de cierta especie á los primeros, y les adeudan cierta sumision, como ya se ha dicho....

—Bien ves, marquesa hija, que este es un órden natural de gobierno, el cual prevalece igualmente tanto en las regiones del este como en las occidentales.

—A la primera de estas clases, continuó el inclito Genovés, pertenece Guacanagari, de quien mucho he dicho ya á Vuestra Alteza, y á la última Mattinao, hermano de esta noble señora. Don Luis visitó al Cacique Mattinao, y hallábase en su casa, cuando bajó de las montañas Caonabo, famoso gefe caribe, con el objeto de que fuese su esposa la bella vírgen, que ahora se encuentra en la presencia real. El conde se portó cual convenia á un gallardo hidalgo castellano, derrotó á los enemigos, salvó á la señora, y la trajo en triunfo á las naves. Resolvióse entónces que la princesa visitara á España, tanto como arbitrio de dar mayor lustre al triunfo de las dos coronas, como á fin de ponerla á salvo, por algun tiempo, de las tentativas del caudillo caribe, quien es demasiado poderoso y guerrero para que pueda hacerle fren-

te una raza tan mansueta como la de Mattinao.

—Eso está muy bien, señor, y ya lo he sabido; pero ¿en qué consistió que esta princesa no se presentara con los demás Indios que componian vuestro séquito, en el recibiento público que hizo la ciudad.

—Manifestó Don Luis un deseo de que tal no aconteciese, y yo le di mi benia, para que él y su encargada se diesen á la vela desde Palos en derechura, con la esperanza de volver á juntarnos en Barcelona. Uno y otro juzgamos á la señora Ozema demasiado superior á sus compañeros, para que fuese decoroso exhibirla á los ojos del vulgo en un alarde de esta naturaleza.

—No faltó finura en la determinacion, aun cuando hubiese poquísima prudencia en determinalla, observó la reina con algun tanto de secatura. Ya la Ozema habia pasado algunas semanas só lo tutela de Don Luis.

—Tiene razon Vuestra Alteza; pero la ilustre jóven ha sido puesta bajo la salvaguardia de la señora marquesa de Moya.

—¿Y ha sido este un paso muy discreto, Don

Cristóval, ó tan prudente que á él debiérais haber accedido?

—Señora! exclamó Luis, incapaz por mas tiempo de restringir sus sensaciones.

—Silencio; jóven! comandóle Isabel; no tardaré en interrogáros, cuando falta os haga toda vuestra agudeza para que alisteis las contestaciones adecuadas. ¿Y esta indiscrecion no la vitupera vuestro prudente juicio, señor almirante?

—Esta pregunta, señora, así como sus motivos, me son completamente nuevas: tengo la mas implícita confianza en el honor del conde; además que me consta que hace tiempo ha dado su corazón á la mas hermosa y digna doncella de España; amen de que mi ánima ha estado tan absorta en los graves asuntos referentes á los intereses de Vuestra Alteza, que poco lugar le ha quedado para detenerse en cosas mas mezquinas.

—Bien os creo, señor, y ya teneis asegurada mi indulgencia. Sin embargo; para un sugeto tan esperto, fué sin duda una triste indiscrecion confiarse en la inconstancia de un alma veleidosa, que daba vida al cuerpo

de un rapaz liviano y vagamundo. Y ahora, conde de Llera, tengo que deciros lo que difícilmente contestar podreis. ¿Dais por cierto cuanto hasta ahora se ha dicho?

—Todo es la pura verdad; escelsa ama mia. Don Cristóval no puede tener motivos de equivocarse, aun cuando capaz fuese de semejante debilidad. Creo que mi casa no ha sido notable en España por sus caballeros indignos ni desleales.

—Hasta ese punto estamos de acuerdo. Si vuestra casa ha tenido el infortunio de producir un corazón falso y perverso, á lo ménos suya es la gloria—dijo la reina mirando de soslayo á su amiga—de dár nacimiento á otras personas que igualar pueden en constancia á las almas mas heróicas de los pasados tiempos. El lustre que condecora el nombre de Bobadilla no depende precisamente de la fidelidad y veraces juramentos del que hoy se considera como cabeza de su solar; pero... servios escucharne, señor, y no habéis sino cuando os sintais preparado á responder á mis preguntas. ¿Es cierto que en estos dias últimos os hayan inclinado vuestras ideas hacia el santo matrimonio?

—Señora, tal confieso. ¿Es alguna ofensa el soñar en la honrosa terminacion de una solicitud, seguida por tiempo luengo; y la que me habia atrevido á esperar estuviese finalmente á la piquera para recibir vuestra propia y real aprobacion?

—Luego sucede lo que me temia, Beatriz! exclamó la reina; y este ser amable é inculto ha sido engañado por un casamiento de burla; pues que ningun vasallo de Castilla osaria hablar del matrimonio así, en mi presencia, con el conocimiento interior de que sus votos habian sido tributados á otra muger efectiva y legalmente. Ni así insultarse habria á la iglesia y al trono, aunque fuese el ofensor uno de los hombres mas perdidos de España.

—Vuestra Alteza me habla con demasiada crueldad, aun mientras se espresa en enigmas. ¿Me dais la libertad de preguntaros si aludis á mí en tan cortantes observaciones?

—¿De quién estaria yo hablando si nó, á quien pudieran aludir mis palabras? Jóven corrompido, vuestra conciencia deberá daros el sentido interior de vuestra indignidad; sin em-

bargo, os atreveis á erguir la frente en presencia de vuestra soberana; aun mas todavia, á mirar con rostro de bronce á esa jóven sufriente y sencilla; y á presentaros á ella con un semblante tan sereno cual si sostuviese su calma la inocencia mas pura.

—Señora, aunque yo no sea ningun ángel, por muy dispuesto que me sienta á creer que Doña Mercedes tenga un justo título á serlo; y ni aun pueda yo pretender á la plaza de santo famoso por su perfecta pureza, quizás... en fin, y por último, señora, soy Don Luis de Bobadilla, que está tan distante de merecer estos reproches como de ser acreedor á la palma del martirio. Permitidme, señora, pregunte con toda humildad, ¿qué clase de falta he cometido?

—La muy sencilla de que habeis, ó bien engañado cruelmente, por medio de un casamiento fingido, á esta inculta y sencilla princesa indiana, ó habeis con inaudita insolencia manifestado un deseo de desposaros con otra muger, hollando los votos que en favor de otra pronunciado hubisteis al pie del ara santa. ¿Vos mismo sabreis de cual de estos dos crimines sois culpable?

—¿Y vos tambien, tia.... y tu, Mercedes, tu tambien me has creido capaz de cosa semejante?

—Recélome que sea demasiado cierto! contestó la marquesa con frialdad; las pruebas estan patentes á tal punto, que solo un infiel pudiera negarles el crédito.

—Mercedes!

—No, Luis, respondió la generosa doncella castellana, con un entusiasmo y sentimiento que echó al suelo las barreras de toda restriccion convencional.—No te juzgo tan bajo como todo eso; solo te considero incapaz de contener tus inclinaciones vagarosas. Conozco tu corazon demasiado bien, y tu honor mas que demasiado, para suponer en tí otra cosa que cierta debilidad, contra la cual lucharías á la fuerza, aunque posible no te es.

—Loado sea Dios por esto, y loada su Madre Santisima! exclamó el conde quien apenas habia osado respirar mientras hablára Mercedes. Todo puede sobrellevarse; menos el que de mí semejante concepto tuvieras.

—Preciso es poner un término á esto, Beatriz mia, dijo la reina, y el medio mas sencillo

para conseguirlo es, que procedamos sin demora á los hechos. Venid acá, Ozema, y haced que vuestro testimonio decida este asunto sin necesidad de ulterior apelacion.

La jóven India, quien ya comprendia el castellano mucho mejor de lo que podia expresarse en el mismo idioma, aunque estuviese muy distante aun de tener un concepto exacto de todo lo que se decia, obedeció al punto, pues que toda su alma se hallaba absorta en lo que estaba pasando; mientras que sus mientes se veian chasqueadas cada vez que se empeñaban en comprenderlo á fondo. Solo Mercedes habia notado lo que tenia lugar en el interior de la estrangera, en virtud de que se lo reveláran los cambios de su fisionomia, mientras Isabela emitia sus reproches, y Luis sus protestaciones en retrueque; siendo tales los signos que se aparecian en el semblante de la Haitiana que era imposible desconocer en ellos cuan grande fuese el interés que por nuestro héroe se tomase.

—Ozema! prosiguió la reina, hablando despacio, y con lentísima claridad, á fin de que la preguntada pudiese entender el significado de todas sus espresiones.

—Decidme, ¿estais casada, ó no, con Don Luis de Bobadilla?

—Ozema esposa de Luis, contestó la jóven riéndose y ruborizándose, Luis esposo de Ozema.

—Esto está tan claro como hacerlo pueden las palabras mas decisivas, Don Cristóval; y no sube á mas de lo que ya esta muger me ha repetido veces mil, obligada por mis preguntas tan frecuentes como ansiosas.

—¿Cómo y cuando, princesa, se casó con vos Don Luis?

—Luis casó Ozema con religion—con religion español. Ozema casó Luis con amor y deber... con manera de Haiti.

—Señora, dijo el almirante, esto es muy extraordinario, y de buena gana quisiera investigar lo yo. ¿Me dá licencia vuestra alteza para que lo investigue?

—Haced como gustéis, señor, repuso la reina con visible frialdad.—Mis propias mientes mas que satisfechas están; y atañe á mi justicia el obrar sin demora.

—Conde de Llera, preguntó Colon gravemente á su amigo, ¿admitis ó negais que sois esposo de Ozema?

—Señor almirante, niego el cargo de pies á cabeza. Ni yo con ella me he casado, ni el pensamiento de hacer tal cosa, como no fuese con Mercedes, se ha ocurrido á mi pensamiento jamás.

El mancebo dijo esto con premura, y con la abierta franqueza que formaba un encanto principal en sus maneras.

—¿No la habeis agraviado, ni dadola derecho para consentirse que el matrimonio era vuestra mira mas santa?

—No, y mil veces no. Mi propia hermana no hubiera respetádola yo mas que de mí respetada ha sido Ozema, como bien puede verse por el hecho de haberla puesto bajo la salvaguardia de mi querida tia, y en la compañía de Doña Mercedes.

—Este parece muy razonable, señora, dijo Colon; pues que el hombre respeta á tal grado la virtud en vuestro sexo, que está remiso en ofendella; aun en medio de sus mayores liviandades.

—En oposicion á estas protestas, y á tal flujo de virtudes sublimes, seor Colon, tenemos el sencillo testimonio de una muger, poco ave-

zada en el disimulo—el de un alma demasiado inocente para que en ella pudiese haber engaño, y la cual posee rango y tiene derechos á unas esperanzas, que harian semejante fraude tan innecesario como indigno seria. Beatriz, cuento con tu apoyo, y estoy segura de que no podrás hallar disculpa en pró de este desleal caballero, aunque en algun tiempo haya sido prez y honra de tu propio corazon.

—Señora, á eso no me es dado contestar en la afirmativa. Cualesquiera que hayan sido los deslices del rapaz—y bien sabe el Cielo que no es corto su número—el engaño ni la falta de veracidad entraron nunca en la suma de ellos. Aun he achacado el modo con que ha puesto á mi cuidado la custodia de esta princesa á los impulsos de un corazon que no tenia por objeto disimular los errores de su cabeza, y en la esperanza de que la presencia de la jóven protegida me diese mas pronto el conocimiento de la verdad. Quisiera que se interrogára mas de cerca á mi huésped illustre, á fin de que nos cerciorásemos de si alguna estraña ilusion se hubiere apoderado de sus sentidos.

—Eso es muy justo, observó Isabela, cuyo

sentido de la justicia siempre la encaminára á profundizar los méritos de todo asunto, sujeto á su decision.--De sus resultas dependen los destinos de un grande de España, y razonable es que se le conceda campo libre para que le sea dable vindicarse de tan indecorosa acusacion. Señor conde, podeis interrogarla en nuestra presencia, respecto á todos los fundamentos de investigadura.

—Señora, mal estaria á un caballero formarse en batalla contra una señora, y mayormente, perteneciendo esta á la clase, y acostumbrada á los usos de la estrangera que en presencia de Vuestra Alteza se halla—contestó Don Luis con altivez, mientras al espresarse de este modo se le subia la sangre á las mejillas, conociendo que á Ozema le era imposible ocultar su inclinacion hácia él. Si se hace necesario tal deber, el cumplimiento de sus funciones sentaria mejor á cualquiera otra persona que á Don Luis de Bobadilla.

—Como que la incumbencia de castigar ha de caer sobre mi, observó con calma la reina, tomaré á mi cargo tan desagradable tarea.—Señor almirante, dado no nos es el esquivar cual-

quiera obligacion que nos allega al mayor atributo de Dios, esto es á su justicia.—Princesa dicho nos habeis que con vos se ha casado Don Luis, y que os considerais como esposa legitima de él. ¿Donde y cuando os unisteis con el jóven conde en presencia de un preste?

Tantas tentativas se habian hecho para convertiz á Ozema á la religion cristiana, que á la princesa de Haiti se la veia mas familiarizada con los términos conéxos con los dogmas religiosos, que con ninguna otra parte del idioma castellano, aunque presentase su alma una confusa pintura de obligaciones imaginarias y de cualidades místicas. Semejante á cuantos no son adictos á las abstracciones, su piedad estaba mas en relacion con las formas que con los principios, y mejor dispuesta se hallaba la vírgen de los bosques á admitir la virtud de las ceremonias eclesiásticas que la importancia de su fé. Asi es que habiendo comprehendido la pregunta de la reina, contestóla sin doblez y sin ninguna intencion de engañar.

—Luis casó Ozema con cruz de cristiano, dijo la jóven, apretando contra su seno el emblema santo que el mancebo dádole hubiera en

un momento de infinito peligro, y del modo que ya saben nuestros lectores.—Luis pensar iba á morir—Ozema pensar iba á morir—ambos desear ser esposos, y Luis casar con cruz, como buenos españoles cristianos—Ozema casó Luis en su corazon, como Haiti, señora, en su propio pais.

—Aqui existe alguna equivocacion, algun triste error, que nace de la diferencia de idioma y de costumbres, observó el almirante—Don Luis no ha sido culpable de semejante engaño. Yo presencié el ofrecimiento de esa cruz, el cual se hizo en la mar, durante los horrores de una borrasca, y de modo que me diera del señor conde el concepto mas alto, pues que le ví olvidar su propio peligro á fin de interesarse por un alma ofuscada completamente con las tinieblas de la idolatria. Alli no hubo nada de casamiento; y nadie, á no ser que por mera ignorancia equivocase nuestros usos, imaginarse pudiera que habia pasado otra cosa que la de dar, en un peligro tan extremo, y con el solo fin de que pudiera serle útil esa reliquia sagrada á una persona, que todavia no hubiera disfrutado de las ventajas del bautismo

ni de los buenos oficios de la madre iglesia.

—Don Luis ¿confirmáis esta declaracion, y no teneis inconveniente en jurar que solo con este fin presentásteis la cruz á la princesa? preguntó Isabel al jóven conde.

—Señora, no es mas que la verdad. Mirá-bamos la muerte de hito en hito, y yo sentia que esta infelice espatriada, la cual entregado se hubiera á nuestra cura, con la sencilla confianza de un párvulo inocente, necesitaba de algun consuelo; y ningun solaz en tan tremendo instante me pareció tan á propósito como ese recuerdo de nuestro Salvador bendito, y enseña de nuestra propia redencion. Figuróse-me á lo ménos, que despues del bautismo, era el áncora inmediata para su salvacion!

—¿Os habeis presentado alguna vez con esta jóven delante de un sacerdote, á abusado por medio alguno de su simplicidad?

—Señora, y reina mia; el engaño en mi naturaleza no está, y confesaros hé mis debilidades todas, en cuanto referencia tienen á esta princesa indiana. Su belleza y sus maneras seductoras, hablan por si mismas, asi como su similitud á Doña Mercedes de Castilla. Esta

última circunstancia me aficionó grandemente á ella, y si mi corazón no hubiera sido ya pertenencia de otra, orgullo mio fuera el nombrar á Ozema esposa mia. Mas para eso nos vimos tarde; y hasta la semejanza me conduco á hacer comparaciones, en las cuales una muger, criada en la ignorancia y en el paganismo, justo era que llevase la desventaja. No niego que hácia Ozema, me han inclinado algunos momentos de ternura; pero que estos hayan podido suplantar el amor que á Mercedes profeso, niégolo á pié juntillo. Si tengo que acusarme de alguna falta, respecto á Ozema, consiste esta en que no siempre me ha sido dable suprimir las sensaciones que su similitud con Doña Mercedes, y su propia é ingenua sencillez—mas especialmente lo primero—hicieran nacer en mi corazón. Fuera de esto, nunca, nunca, ni en palabra ni en obra he ofendido al ídolo de mi adoración.

—Esos Beatriz, son los acentos de la verdad y de la rectitud. Tu conoces al conde mejor que yo, y mas fácil te es asegurar hasta que punto creer podemos en estas esplicaciones.

—Con mi vida, querida ama, respondo de

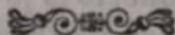
su veracidad. Luis nada tiene de hipócrita, y me regocijo—oh! y hasta que grado me regocijo!—al hallarle capaz de ofreceros esta hermosa vindicacion de su conducta. Ozema, que ha oido hablar de nuestras ceremonias matrimoniales, y ha visto con cuanta devocion acatamos la cruz, equivocado ha su propia posicion, asi como tambien los sentimientos de mi sobrino, suponiendose esposa, cuando una jóven cristiana no hubiera padecido engaño tan cruel.

—Esta probabilidad, señores, es harto plausible, dijo la reina, espresándose con toda la susceptibilidad sensible que era propia de su sexo, por no decir de sus derechos propios.—Este asunto hiere la delicadeza de una dama, prescindiendo que esta sea nada menos que una princesa. Es decoroso que toda investigacion ulterior solo tenga lugar entre hembras; al paso que confio en vuestro honor como noble, y caballeros, que cuanto se ha dicho esta noche jamás se repita entre las conversaciones familiares de los hombres. Yo me constituyo tutora y guarda de la princesa Ozema; y vos, conde de Llera, sabreis mañana mi decision fini-

quita, respecto á vuestras pretensiones con Doña Mercedes.

Como esto se dijo con toda dignidad régia á par que femenino, ninguno de los presentes se atrevió á vacilar y haciendo el acatamiento de costumbre, Colon y nuestro héroe se salieron del cuarto. Muy avanzada se hallaba la noche cuando la reina se separó de Ozema; pero lo que pasó en aquella entrevista aparecerá en las escenas que aun tenemos que describir.

CAPITULO IX.



Mientras se hundia la pálida criatura,
 Sin que una mano su favor prestara,
 Vi que tu seno la piedad hinchara,
 Cual pechera de cisne, blanca y pura
 Que sobre el agua en gracias mil se eleva,
 Y por eso te adoró, Genoveva.

GOLELIDGE.

CUANDO la reina se halló á so-
 las con Ozema y Mercedes, pues qui-
 so que estuviera presente esta últi-
 ma, comenzó á deslindar el asunto del casamien-
 to, con toda la ternura de un alma sensitiva y
 delicada, al mismo tiempo que una sinceridad

que hacia imposible todo futuro error. Las resultas demostraron cuan natural y cruelmente se habia engañado á si misma la jóven belleza haitiana. Ardorosa, confiante, y acostumbrada á que se la tuviese por objeto de admiracion general entre los suyos, habiase imaginado Ozema, que sus propias inclinaciones halláran correspondencia en las del mancebo castellano. Desde el momento de verse por primera vez, con el instinto penetrante, que es dote de su sêxo, conociò la jóven que la habian admirado, y, al ceder á este rebozar de sus propios sentimientos, fué casi una necesaria consecuencia de sus relaciones con Don Luis el que se consintiese en que fuesen recíprocas. La misma falta de espresarse en voces inteligibles, obligando á sustituirlas con miradas y gesticulaciones, contribuyera al error; y debemos acordarnos que la constancia de nuestro héroe no padeciò vaiven ninguno, aunque se habia sugerido á pruebas asaz severas. El falso significado, adicto á la palabra Mercedes, habia aumentado sobre manera la ilusion, que llegó á su colmo, en virtud de la terneza varonil y del esmero con que la tratára Luis en todas oca-

siones. Hasta el rigido decoro, observado invariablemente por el de Llera, y el estricto respeto personal que hácia su protegida mantuviera, hicieron tambien su efecto en las sensaciones de la jóven inculta; pues aunque silvestre y sin luces como habia sido su crianza, el instinto profundo é inerrante de su misma falta de instruccion y su endebleza, cual se advierte en la mayor parte de los que carecen de esta ventaja, avisaban á su naturaleza que era muy grande el poderio que sobre las almas cultivadas y fuertes estaba egerciendo. Agréguese á esto los esfuerzos que se hacian á fin de imbuirle algunas ideas de religion, y los hondos y lamentables errores que, imperfectamente explicados, y aun peor comprendidos, á causa de sus sutilezas, se grababan en su ternísima alma. Creia Ozema que los Españoles adoraban materialmente la cruz. Veíala delantera en todas las ceremonias públicas, notaba que de rodillas hacíasele acatamiento, y que en apariencia se la invocaba en todas las ocasiones que exigian compromisos mas solemnes que de ordinario. Siempre que un caballero hacia un voto, besaba la cruz de la empuñadura de su espada. La

gente de mar la contemplaba con reverencia, y el almirante mismo habia hecho que se erigiera una como signo de su derecho sobre el territorio que le fuera cedido por Guacanagari. En una palabra, figurábase su ineducada imaginacion que era la cruz una prenda establecida para garantizar el fiel cumplimiento de todos los contratos. Con frecuencia habia ella visto y admirado la preciosa alhaja que en forma de cruz engalanaba el cuello de nuestro héroe, y como la costumbre de su pais requiriera un trueque de prendas de valor, como prueba de afianzamiento matrimonial, imaginóse, al recibir aquella tan codiciada joya, que la entregaban un signo de que Luis la tomaba por esposa, en el instante que la muerte iba tal vez para siempre á separarlos. Mas allá de esto, ni su sencillez ni sus afectos la inducian á raciocinar ni á creer.

Pasóse una hora antes que pudiese Isabel esprimir y eliminar de Ozema todos estos hechos, aunque no fuese la intencion de la jóven India ocultar un ápice de cuanto sintiera; y en verdad, tampoco tenia que ocultar cosa alguna. Aun quedaba por desempeñarse la par-

te mas dolorosa de la emision. Tratábase de una jóven sincera y sencilla , á quien era preciso desengañar, enseñando á su corazon unas lecciones de insufrible amargura. Hizose esto sin embargo; y la reina creyendo preferible disipar de una vez toda ilusion sobre este particular , consiguió por fin dar á entender á Ozema, que antes que el conde la hubiese visto á ella, habíanse depositado sus afectos en Mercedes, quien era, en verdad, su esposa legitima. Nada puede haber mas tierno ni mas femenilmente blando que el modo en que la reina hizo esta comunicacion á la beldad indiana; pero el golpe fué profundo, é Isabela se echó á temblar, previniendo las consecuencias de su propia accion. Nunca antes aquella incomparable madre de su pueblo habia atestiguado el prorrumpir de las pasiones en un alma tan completamente inculta, y la imágen de lo que habia presenciado azoró sus turbados ensueños durante muchas noches sucesivas.

Respecto á Colon y á nuestro héroe quedaron ambos completamente á oscuras, durante la siguiente semana. Verdad es que Luis recibió de su tia una esquila muy solazadora al

dia siguiente de su entrevista con la reina, y que un page de Mercedes, guardando el mayor sigilo le puso en las manos la cruz que por tanto tiempo habia engalanado su cuello; pero, á escepcion de estas dos ocurrencias, vióse el mancebo reducido á sus propias conjeturas. Sin embargo, no tardó en llegar el momento de las esplicaciones, y recibió el conde de Llera un aviso para que se presentase en el cuarto de la marquesa de Moya.

Al llegar al salon, y contrario á lo que esperaba, no halló en él Don Luis á su tia, ni á otra persona alguna. Preguntando al page, que le habia servido de ugier, recibió por respuesta que aguardase allí hasta que se le presentára una persona que iba á recibirle. No era la paciencia por cierto una virtud demasiado sobresaliente en el carácter de nuestro héroe, quien se ocupó en pasear la vivienda arriba y abajo, un buen rato, antes de que se le insinuase con el mas leve signo que habia quien de su visita se acordara. Al ir cabalmente á llamar á alguien de la servidumbre, con el objeto de que pasase un nuevo recado, abrióse con lentitud una puerta, y se le presentó Mercedes.

La primera ojeada que dirigió el joven á su pretendida le dió á conocer que una profunda ansiedad mental la traía mal parada. La mano que ansioso levantó el conde á sus labios estaba trémula, y el color en las mejillas de la virgen iba y venía, de modo suficiente para mostrar que se hallase próxima á desfallecer. Sin embargo, rehusó aceptar el vaso de agua que Don Luis la ofreció, desechándolo con una demayada sonrisa, y haciendo seña á su amante para que tomase una silla, ocupó ella con serenidad un escaño, asiento humilde del cual servirse acostumbrára en la presencia de la reina.

—He solicitado esta entrevista, Don Luis, comenzó Mercedes, tan luego como hubo tomado tiempo para dominar sus sensaciones—á fin de que en adelante no tengamos motivos para equivocarnos nuestros sentimientos y deseos. Os han sospechado de haber contraído matrimonio con la princesa Ozema; y un momento hubo en que estuvisteis en el borde de la perdición, á causa del desplacer de Doña Isabela.

—Pero, Mercedes bendita, *tu* á lo ménos jamás me imputaste ese acto de engaño y de infidelidad!

—Os hablé con todas las veras de mi alma, señor conde—pues os conocia harto bien para sospechallo. Estaba segura de que cuando Luis de Bobadilla se resolviera á dar un paso semejante, tambien tendria la entereza y el valor de confesarlo sin vacilamiento. Nunca yo, ni por un instante creí que os habiais casado con la princesa.

—¿Y á qué vienen entónces esas miradas tan frias y á un lado vueltas? ¿Por qué esos ojos buscan el suelo en vez de acudir gozosos al encuentro de unas ojeadas en las cuales se deleita el amor? ¿Qué significan esas maneras, que si bien no manifiestan un ódio decidido, dan á entender cierta reserva y distancia que entre nosotros jamás hubiera yo supuesto que existir pudiesen?

Mudó de color Mercedes, y mantúvose sin contestar por espacio de un minuto, durante cuyo corto intervalo parecióle dudoso el poder llevar á cabo su propio designio. No obstante rehaciendo su valor, continuó el coloquio en los mismos términos que antes.

—Escuchadme, Don Luis, prosiguió la bel-
dad castellana, porque mi historia será breve.

Cuando dejásteis á España, impulsado por mí, con el objeto de emprender ese grandioso viage, mucho era el amor que me teníais, y de tan grato recuerdo no habrá poder sobre la tierra que privarme consiga! Si, entonces *me* amábais y á *mí* tan solo. Nos despedimos, despues de un trueque de mútua fè; y no pasó un dia, durante vuestra ausencia, sin que no se me fuesen horas enteras puesta de hinojos, rogando al cielo favoreciera al almirante y á sus valientes seguidores.

—Amadisima Mercedes! no es estraño que la buena ventura haya coronado nuestros esfuerzos; pues que las preces de tal intercesora no pudieron menos de ser atendidas.

—Os suplico, señor que me escucheis. Hasta el dia portentoso que trajo nuevas de vuestro regreso, ninguna esposa castellana pudo sentir mayor interés por el hombre eu quien todo su esperar ancorado tuviese, que en pró de vos yo senti. A mis ojos presentábase el porvenir brillante y lleno de luz esperanzosa, aun cuando ofuscase lo presente una niebla de temor y de duda. El mensagero que vino de batidor á la corte, fue quien me hizo abrir los ojos para ilus-

trarme acerca de las tristes realidades del mundo, y enseñóme la dura lección que la gente joven siempre aprende con lentitud—quiero decir la del desengaño. Entónces fué cuando primero oí hablar de Ozema, de lo mucho que su beldad admirábais, y de vuestra prontitud en sacrificar vuestra vida por favorecella

—San Lucas bendito! Qué! ¿se atrevió el belitre de Sancho á herir tus oídos, Mercedes, con insinuacion ninguna que lastimase la fuerza ni la constancia del amor que te profeso?

—Nada ha referido que verdad no fuese, Luis, y no le vituperes por lo tanto. Preparada me hallaba á algun contratiempo de resultas de su relacion, y agradezco á Dios, que vino sobre mí por tan lentos grados, que me dió el tiempo suficiente de preparacion para oirlo. Luego que vi á Ozema, dejé de estrañar la mudanza de tus sentimientos, y apenas reprochártela pude. A su hermosura, creo, que pudieras haberte resistido; pero la adhesion sincera que te profesa, su candidez, su atractivo abandono, y su modesta jovialidad y naturaleza son suficientes para hacer que un amante olvide a una doncella española.

—Mercedes!

—No, Luis, dicho os he, que no os echo la culpa. Mas vale que haya caído sobre mi este golpe ahora, que cuando de resistillo no hubiera sido capaz. Cierta cosa me dice, que, como muger legítima vuestra, hubiera yo sucumbido so el gravámen de un afecto marchito; ahora empero me queda abierto el claustro, y á mi alcance los esponsorios con el hijo de Dios. No me interrumpais, Luis,—añadió la virgen hermosa, sonriéndose dulcemente; pero con un esfuerzo que denotaba cuan difícil le era aparentar serenidad.—Dura lucha me cuesta el proferir una palabra, y respecto á argüir conozco mi total impotencia. No habeis sido capaz de restringir vuestros afectos, ni de hacer resistencia á las estrañas novedades que á Ozema han circuido, asi como tampoco á su hechicera ingenuidad; á esto debo yo mi pérdida; á esto debe ella su ganancia. Es la voluntad del Altísimo, y procuro convencerme que ha de redundar para mi en eterna ventaja. Si en efecto me hubiese yo casado contigo, la ternura que aun ahora está rebozando en mi pecho—pues no pretendo ocultarla,—se hubiera henchido hasta el punto de su-

plantar el amor que á mi Dios le debo; así, mas vale que hayan tenido las cosas este desenlace. Si la felicidad no ha de ser mi dote sobre la tierra, asegurarla habré en un mundo porvenir... Pero no por eso perderse ha en este la felicidad toda: aun me es dado orar en pró vuestra, así como en favor mio; y vos y Ozema, de todos los seres sobre la faz del globo, tendreis siempre en mis preces el lugar favorito.

—Esto es maravilloso, Mercedes... tan cruel, tan intempestivo é injusto, que apenas puedo creer á mis propios oídos!

—Dicho os he ya que la culpa no es vuestra. La hermosura y franqueza de Ozema son mas que suficientes para justificaros; porque los hombres ceden á los sentidos, mas bien que á corazón, en el escogimiento de sus amores. Luego—aquí Mercedes se encendió en vivo carmin— una doncella haitiense puede valerse de un poderío que le estaria mal á una damisela cristiana. Y ahora llegaremos á unos hechos que apuran por una pronta decision. Ozema ha estado mala... está mala... y de grave peligro según creen su Alteza y mi tutora, y aun según lo afirman los facultativos—pero en vuestro po-

der está, Don Luis, el levantarla, como quien dijera, del sepulcro. Pasad á verla... decid tan solo la palabra que asegure su dicha... decidle, si todavía no os habeis casado con ella según la costumbre de España, que lo hareis ahora... y aun mas, haced que uno de los sacerdotes, que la asisten constantemente, á fin de prepararla para recibir el santo bautismo, verifique la ceremonia esta mañana misma, y no tardaremos en ver á la princesa devuelta á ser la criatura jovial, risueña y radiante que se ostentara cuando por vez primera bajo nuestro cuidado la pusisteis.

—¿Y eso me dices á mí, Mercedes, con calma y deliberacion, cual si las palabras que tus labios emiten, fuesen las espresiones de tus misimos deseos y sentimientos?

—Con *calma* puedo pareceros que lo digo, Luis, contestó nuestra heroína en tono ahogado,—y con *deliberacion* si que lo pronuncio. Casaros conmigo; mientras preferis á otra, no puede ser. ¿Por que nó entonces dejaros conducir á donde os guie vuestra alma? El doto de la princesa no será pequeño; por que una hija del claustro poco necesita el oro, y para nada le hacen falta las haciendas!

Fijó Luis los espantados ojos en la entusiasta doncella, la que ahora se presentó á su vista aun mas amable; en seguida levantándose, anduvo por la habitacion durante algunos tres ó cuatro minutos, cual si quisiese domeñar á fuerza de accion fisica la agonia mental. Luego que hubo conseguido sosegar un poco, volvió á su silla, y tomando cariñoso la mano que Mercedes sin resistencia le abandonára, replicó á la propuesta extraordinaria de la jóven.

—El velar tanto cabe el lecho de tu enferma amiga, y la cavilacion continua sobre esta materia, te han trastornado un si es no es los sentidos. Ozema no tiene cabida en mi corazon por el medio que piensas, ni tuvo jamás otra en él que pasase de una inclinacion efimera y vagarosa.

—Ah! Luis, inclinaciones efimeras y vagarosas.—Tales—prosiguió la doncella apretándose el corazon con ambas manos—nunca tuvieron cabida aqui!

—Tu educacion y la mia, Mercedes, tus costumbres y las mias... aun mas tu naturaleza y los elementos mas toscos de la mia, no son ni pueden ser unos mismos. Si lo fueran no te ido-

latrara yo como ahora lo hago. Si no existieras, la certeza de casarme con Ozema, no labraria mi dicha. Mas existiendo tú, y amándote como lo hago, acarrearne hubiera tal desventura que lo la soportaria ni aun mi naturaleza tan boyante. Bajo ningun título puedo yo ser jamás el esposo de la India.

Aunque un destello de contento iluminó el rostro de Doña Mercedes por un instante, sus elevados principios y sus purisimas intenciones suprimieron en breve aquel momentáneo é involuntario triunfo, y hasta con gesto de reproche, emitió ella su respuesta.

—¿Es esto justo con referencia á Ozema? ¿No han abusado de su simplicidad esas inclinaciones efimeras y vagarosas? ¿No exige el honor que vuestros actos rediman ahora las prendas que cuando menos ha dado vuestra irreflexion?

—Mercedes... muger adorada... escúchame! Has de saber; que no obstante todas mis ligerezas y deslices, nada tengo de botarate. Jamás mi irreflexion ha dicho una sílaba que mi corazon no confirmára, y nunca ese corazon inclinado se ha á otro objeto que á ti. En esto consiste la gran distincion que establezco entre

ti misma y las demas que á tu séxo pertenecen. No es la de Ozema la única forma, no son los suyos los solos encantos que puedan haber atraído de mis ojos una mirada vagamuuda, ó arrancando de ellos algun signo de admiracion tan insignificante como esento de malicia; pero, tu, amor mio tienes aqui dentro tu suntuario, y ya te contemplo como formando parte de mi mismo. Si supieras cuantas veces tu sagrada imágen ha sido para mi una amonestadora aun mas fuerte que la conciencia; en cuantas ocasiones el recuerdo de tus virtudes y de tus afectos, han vencido, cuando hasta la idea del deber; de la religion y las lecciones de mis dias pueriles habian sido olvidadas, comprenderias la diferencia que hey entre el amor que te profeso, y esas que en befa has repetido como inclinaciones efimeras y vagarosas.

—Luis, yo no debia escuchar esas alicientes palabras, que provienen de una bondad de corazon, que solo me ahorraria un dolor actual para hacer al fin mas profundos mis quebrantos. Si tus afectos nunca padecieron mudanza ¿por qué la cruz que por despedida te di, pasó de tus manos á poder de otra persona?

—Mercedes, tu ignoras las tremendas circunstancias en que nos hallábamos cuando me deshiciste de la cruz. Mirábamos de hito en hito la muerte, y yo di la bendita albaja como un simbolo que ayudar pudiese á un alma pagana en su último apuro. Que aquella dádiva, ó mas bien lo que presté por unos momentos, se equivocó por una prenda matrimonial es un desgraciado error, que tu propio conocimiento de los usos cristianos te dirá no estaba á mis alcances preveer; de lo contrario, ahora pudiera yo reclamarte como á esposa mia, en atencion á que tu fuiste quien primero me la endonaste.

—Ah Luis, cuando te di aquella cruz quisiste entendieras que te garantizaba mi fé para siempre.

—Y cuando me la devolviste, en esta semana ¿qué solucion he de dar á tu deseo?

—Te la remiti, Luis, en un instante de esperanza reviviente, y en obediencia á una orden de la reina. Su Alteza es ahora tu amiga firme, y todo su anhelo es vernos unidos, pero lo impide la triste condicion en que Ozema se halla, á quien todo se le ha explicado.—Todo, segun me temo, excepto el verdadero estado de tus

sentimientos, en cuanto respecta á entrambas.

—Doncella cruel! ¿Será cosa de que jamás se me crea?—de que nunca vuelva yo á ser feliz? Júrote, queridísima Mercedes, que tu sola eres la dueña absoluta de mi corazón.—Que en compañía tuya, contentariame de vivir en una choza, y que sin ti, yo fuera desgraciado sobre un trono. Bien podrás creer esto, cuando me veas hecho un infelice, vagando por la tierra, indiferente tanto á los objetos quanto á las esperanzas, tal vez despreciando mi opinion misma, quizás porque solo en tus manos estuviera hacerme y conservarme el hombre que ser debería. Acuérdate, Mercedes, de la influencia que tener te es dado; que tener debes, que tener has sobre un jóven de mi temperamento y pasiones. Ha tiempo que considerado te he como á mi angel tutelar, como á un genio que á sus antojos puede amoldarme, y hacerme subir cuando caen otros. Contigo si esceptuas la impaciencia que tus dudas originan, ¿no soy siempre tratable y mansueto? ¿Has visto que Doña Beatriz me cobrase el diezmo siquiera del poder que sobre mi egerce, y has dejado tú vez alguna, de domar mis humores mas escéntricos y temerarios?

—Luis, Luis, nadie que lo haya conocido ha dudado nunca de tu corazón! Detúvose Mercedes, mientras el trastorno de su faz probó que la enérgica sinceridad de su amante, casi había hecho vacilar sus dudas respecto á su constancia. Siempre, sin embargo, retornaban sus pensamientos á las escenas del viage, y su imaginacion la religaba al lecho de la mal ferida princesa Indiana. Despues de una pausa que duró un minuto, prosiguió la jóven en tono sumiso y humillador—No negaré cuánto solaza á mi corazón, el oír semejante lenguaje, que mucho me temo he escuchado con demasiada prontitud—añadió ella.—Sin embargo, difícil lo encuentro el creer que puedas olvidar nunca á una que hasta ha arrojado los ataques de la muerte, á fin de cubrir tu cuerpo contra las saetas de tus enemigos.

—No creas eso, amada Mercedes; tú en el lugar de Ozema habrias hecho otro tanto, y así he de considerarlo siempre.

—El deseo lo tendria yo, Luis; prosiguió la jóven, con los ojos bañados en lágrimas, pero quizás no fuese mio tal poder.

Lo harias... lo harias... te conozco demasiado para dudarlo.

—Si pecado no fuese, envidiaría á Ozema. Temo que de eso has de pensar, luego que tu ánimo se cansa de los atractivos que hayan perdido su novedad.

—Tú no solamente lo harías, sino aun mucho mejor. Además que Ozema se espuso en querella propia, mientras tú en la mía espuesto te hubieras.

Volvió á enmudecer Mercedes, y pareció reflexionar profundamente. Habíansele iluminado los ojos con las halagüeñas aseveraciones de su amador, y, en despecho del generoso consagramiento con el cual había resuelto hacer sacrificio de sus propias esperanzas, á lo que ella se imaginára hubiera hecho feliz á su amante, la influencia seductora del afecto correspondido, iba á toda prisa readquiriendo su poder.

—Ven conmigo, Luis, para ver á Ozema, continuó ella por fin.—Luego que la veas, en su estado presente, entenderás mejor tus propias intenciones. No debí haberte permitido que hicieses resuscitar tus antiguos sentimientos, en una entrevista privada, sin que Ozema se hallase presente; eso sería equivalente á decidir en juicio, sin oír mas que á una de las partes.

Y Luis,—aqui su rubor acrecentado, efecto del sentimiento, no de la vergüenza, puso á la jóven en extremo bella—y, Luis, y hallases motivo para mudar de lenguaje despues de tu visita á la princesa, por muy duro que sufrirlo me sea, puedes estar seguro de mi perdon por cuanto ha pasado, asi como tambien de mis oraciones...

Hondos sollozos interrumpieron á Mercedes, quien se detuvo un instante para enjugarse las lágrimas, y rechazando la tentativa de Luis para estrecharla entre sus brazos, á fin de consolarla, con unos celos sensitivos de las resultas; sensacion sin embargo, en que tuvo mas parte la delicadeza que el resentimiento. Luego que se hubo secado los ojos, y hecho desaparecer los demás indicios de su agitacion, sirvió de guia á su amante para conducirle á las habitaciones de Ozema, donde se esperaba la presencia del jóven.

Sorprendióse Luis al entrar en el cuarto; un poco por hallarse en presencia de la reina y del almirante, y mas al advertir los destrozos que la frustracion habian hecho en las formas de Ozema. El rostro de la jóven india cubria una

mortal palidez; lanzaban sus ojos un brillo que parecia sobrenatural; y apesar de eso se la veia tan debilitada, que era preciso se recostase sobre unos cojines. Escapósele una esclamacion de inficticio deleite, luego que vió á nuestro héroe, y en seguida, se tapó la cara con las manos, en confusion infantil, cual si se avergonzáse de dar á conocer el gozo que sentia. Condújose Luis con varonil dignidad; pues aunque algo le pellizcase la conciencia, al traer á su recuerdo las horas que dejára transcurrirse en sociedad con Ozema, y el modo en que momentáneamente acatára la influencia de su hermosura y sencillez seductora, tomando el asunto por mayor, absolviase á si mismo de cuanto pudiera achacarsele como falta, y especialmente de haber sido desleal á sus primeros amores, y de toda idea de seduccion ni de engaño. Con el mayor respeto alzó á sus labios la mano de la jóven Haitiense, con una franqueza y ardor que denotaban la fraternal ternura y el respeto, mas bien que la pasion ó las emociones de un amante. No se atrevió Mercedes á vigilar sus ademanes; al paso que no se le fué por alto la ojeada de aprobacion que diri-

giera la reina á su tutora, luego que su amante se allegó al lecho, donde Ozema yacia. Interpretó la virgen castellana esta mirada como señal de que el conde se habia conducido de una manera favorable á sus propios intereses.

—Muy demudada y rendida hallais á la princesa Ozema, observó la reina Isabel, á quien sola perteneciera interrumpir un silencio que ya parecia asaz cobibidor.—Nos hemos empeñado en ilustrar sus mientes respecto á nuestros dogmas religiosos, y á duras penas, y por fin, ha consentido en que se le administre el santo sacramento baptismal. Ahora mismo está el señor Arzobispo preparándose para la ceremonia en mi oratorio, y á la vista nuestra se halla la bendita perspectiva de rescatar de las garras del espíritu malvado esta alma preciosa.

—Vuestra Alteza tiene siempre sobre el corazón el bien estar de sus súbditos, dijo Luis haciendo un acatamiento profundo á fin de ocultar las lágrimas que la condiciou de Ozema hacia que manáran de sus ojos. Mucho me temo que este clima nuestro haya sentádole mal á la pobre princesa de Haiti, pues que observé en

Palos y en Sevilla que cuantos Indios enfermaban, tenían poquísima esperanza de tornar á la salud.

—¿Es esto cierto, Don Cristóval?

—Señora, creo en mi ánima que es la pura verdad. Sin embargo, cuidándose ha de sus almas así como de sus cuerpos, y Ozema es la última de sus compatriotas, ahora en España, por recibir el rito santo del cristiano bautismo.

—Señora, dijo la marquesa, apartándose del lecho, con la sorpresa y el interés grabados en su semblante.--Recelo que despues de todo se han frustrado nuestras esperanzas. La princesa Ozema acaba de decirnos al oído, que es preciso se celebren en su presencia las nupcias de Luis y Mercedes antes de que ella se someta á entrar en el gremio de la iglesia por título ninguno.

—Esto, Beatriz, no dá á entender que se halle en perfecta razon, y sin embargo, ¿qué partido hemos de tomar respecto á un alma tan poco ilustrada con la divina luz que emana de arriba? Este es algun delirio pasajero, y quedará acalmado antes que el arzobispo se halle listo para la ceremonia.

—Tal no creo, señora. Nunca la he visto mas decidida ni despejada. Por lo comun la ve-

mos mansueta y tratable; pero ahora ha dicho lo que á Vuestra Alteza referido hé, tres veces consecutivas, y de modo que pone fuera de toda disputa la aseguanza de que habla de veras.

Allegóse la reina entónces al lecho de la jóven india, y habló á la enferma largo rato, y con cariñoso interés. Entretanto conversaba el almirante con Doña Beatriz, y otra vez acercóse el conde á nuestra haroina. Traslucíase en ambas la evidencia de las emociones; mientras apenas se atrevia á respirar Mercedes, sin saber lo que debería esperar. Pero unas cuantas palabras que le susurraron al oído, aseguróse la doncella, apesar de sus generosos esfuerzos de sentir en favor de Ozema, que era suyo el corazón de nuestro héroe. Desde aquel instante, desechó Mercedes todas sus dudas, y miró á Luis cual siempre habia acostumbrado.

Como es el uso en presencia de las personas reales, llevóse el coloquio en voz sumisa; pasándose un cuarto de hora antes que anunciase un page hallarse dispuesto el oratorio ó capillita, abriendo al entrar las puertas que conducian á este privado y doméstico santuario.

—Esta terca muchacha se mantiene en sus

trece, marquesa hija, dijo la reina separándose del lado del lecho, y no sé que contestarte. Es cruel no concederle los medios de conseguir la gracia divina, y sin embargo, la solicitud que hace á favor de tu sobrino y de tu pupila, páreceme súbita y fuera de tiempo.

—Respecto á eso podeis contar de antemano señora, con la indulgencia de mi sobrino; aunque mucho dudo que Mercedes se preste con igual facilidad á la medida. Su naturaleza misma es una mistura de religion y de decoro.

—Asi lo supongo yo. Una doncella cristiana deberá tener tiempo de sobra á fin de preparar su ánima para tan santo sacramento, con el auxilio de la prece y de la confesion.

—Y sin embargo, señora, he conocido á algunos desposarse sin requisitos tales. Un tiempo hubo en que Don Fernando de Aragon y Doña Isabel de Castilla no tuvieron escrúpulo porque esos requisitos les faltasen.

—Tal tiempo nunca existió, Beatriz. Tienes costumbre de hacer que retroceda la membranza mia á la época de las pruebas y de la juventud, siempre que te empeñas en que triunfe algun deseo de los tuyos, tan favorito como mal

considerado. ¿Y juzgas de todas veras que tu pupila prescindiría de la falta de preparativos y de tiempo?

—Señora, no se de lo que ella esté dispuesta á prescindir ; pero lo que si me consta es que si hay en España una muger , dispuesta en *espiritu*, en pró de los ritos mas sagrados de la iglesia, esa no puede ser otra que Vuestra Alteza misma, y si aun faltase quien, además, os señalara á mi propia pupila.

—Anda, anda, Beatriz, la lisonja te sienta muy mal. Nadie se encuentra listo á todas horas, y á todos nos hace suma falta el vigilar incessantemente. Haz que Doña Mercedes me siga á mi cuarto, pues quiero hablar con ella sobre este asunto. A lo menos, no quiero que haya una sorpresa poco femenil y decorosa.

Dicho esto, retiróse la reina. Apenas hubo entrado en su gabinete, cuando se introdujo en él nuestra heroina con pasos tímidos y vergonzosos. Luego que sus ojos se encontraron con los de su soberana, echóse á llorar Mercedes, y dejándose caer de rodillas volvió á esconder la cara en el ropage de Doña Isabela. No tardó en domeñarse este prorrumpimiento de sus sen-

saciones, y enderezóse la doncella á fin de aguardar el beneplácito de su régia ama.

—Hija mia, comenzó la reina; supongo que ha cesado ya todo recelo en ti respecto al condecito de Llera. Bien conocidas te son las miras de tu tutora, asi como las mias, y puedes con toda seguridad, en un asunto como el presente, referirte á nuestras cabezas mas frias y á nuestra esperiencia mas baqueteada. Don Luis te ama, y nunca ha profesado amor á la princesa, aunque no estaria fuera de lo natural, que un jóven impetuoso, al hallarse espuesto por tanto tiempo á una tentacion seductora, diese á traslucir algun sentimiento pasagero y superficial hacia una jóven dotada de tanta naturalidad y hermosura.

—Todo eso lo ha admitido Luis, señora; nunca fué inconstante aunque tal vez haya sido débil.

—Hija mia, esa es una leccion durisima de aprender, en esta época de tu vida, dijo con gravedad la reina; pero mas dura aun hubiera sido para tí, si diferido se hubiese hasta que la ternura mas intima de la esposa hubiera relevado á los impulsos de la inesperta amante.

Ya has oído el dictámen de los sabios doctores; y este dá poquisima esperanza de que la princesa Ozema pueda quedar con vida.

—Ah, señora, su destino es verdaderamente cruel! El morir entre estrangeros, en la flor de su edad, y el corazon despedazado con el peso de un amor no correspondido!

—Y sin embargo, Mercedes, toda vez que el Cielo se abra á su despertada vista, luego que se concluya para ella la última escena terrenal felice habrá de ser la transicion; y los que su muerte lamentáren, mejor mil veces harian en celebrarla jubilosos. Una virgen tan jóven é inocente; la pureza de cuya alma se nos ha manifestado tan esenta del mas leve doblez, por decirlo asi, y la que hemos visto que de nada careciera, á no ser de los frutos de una instruccion piadosa, poco tiene que recelar atento á errores personales. Cuanto se necesita en pró de un ser semejante, es colocarla dentro del santuario de la gracia de Dios, consiguiendo para ella, el sagrado rito del bautismo, y alcanzado esto no tiene nuestra iglesia un obispo que finir pudiese con esperanzas mas seguras de un glorioso porvenir.

—Esa santa ceremonia vá á administrársela ahora mismo el señor arzobispo; segun he oido, señora.

—Eso depende de tu voluntad hasta cierto punto, hija mia. Escúchame, y no te precipites en tu decision, que puede comprometer el salvamento de un alma humana.

Refirió en seguida la reina á Mercedes la extraña súplica de Ozema, adhibiendola á su colucutora en términos tan seductores y dulces, que produjo en ella menor alarma de la que anticipára la material Isabela.

—Doña Beatriz habia concebido un proyecto, que á primera vista pudiera aparecer, plausible pero el cual sancionar no puede la reflexion. Eran sus miras hacer que el conde se casase personalmente con Ozema.—Estremecióse Mercedes, y tornóse mas pálida que las cenizas— con el objeto de que las últimas horas de la jóven estrangera fuesen solazadas con la constancia de verse esposa del hombre á quien idolizaba; pero yo he hallado serias objecciones que ofrecer en contra de semejante determinacion. ¿Qual es tu dictámen sobre esto, hija mia?

—Señora, si yo pudiera creer... como recientemente lo hice; pero ahora de ninguna manera que profesase Luis á la princesa una predileccion semejante, que fuese dable le condujera al fin á sellar la felicidad de aquel afecto mútuo sin el que debe de ser el matrimonio una maldicion en vez de una dicha; yo seria la última en oponerme; aun mas, creo que hasta pudiera suplicar de hinojos esa gracia de Vuestra Alteza, pues la que ama de veras no puede tener otra mira que la de afianzar la felicidad del objeto á quien prefiere. Mas estoy segura de que el conde no profesa á Ozema aquel cariño que es necesario para este fin; y, señora, ¿no seria una accion profana recibir los sacramentos de la iglesia, bajo la garantia de unos votos que el corazon no solo deja sin correspondencia, sino contra los cuales se encuentra en actual lucha?

—Escelente niña! Esas son precisamente mis propias miras de la cuestion, y las razones, en que apoyada, he contestado á la marquesa. No es justo que de juguete nos sirvan los ritos de la iglesia, y es nuestro deber someternos á aquellos pesares que pueden aplicársenos definiti-

vamente para nuestro eterno bien estar; aunque mas duro sea el sufrir los agenos que los propios. Solo queda que decidir sobre este capricho de Ozema, y que te resuelvas á casarte ahora mismo á fin de lograr que la jóven india consienta en recibir el sagrado bautismo.

Apesar de la sumision de sentimientos, con la cual amaba nuestra heroína á Luis, necesitó de luchar fuertemente con sus hábitos y con sus ideas de conveniencia antes de dar este grave paso tan de súbito y con tan breve preparacion. Triunfaron, sin embargo los deseos de la reina; pues que sentia Isabela que una inmensa responsabilidad gravitaba sobre su propia alma, al permitir que muriese la estrangera sin que fuese incluida en el redil de la iglesia. Luego que Mercedes se avino, despachó la reina un page á la marquesa de Moya, y luego, asi ella como su jóven protegida se arrodillaron, y estuvieron juntas una hora, ocupadas en los egercicios espirituales adecuados á la ocasion. En esta guisa, y sin desperdiciar un solo pensamiento sobre las vanidades del tocado, al paso que enclavando todas sus mientes en los preparativos que el lance requería, se

Presentaron aquellas dos mugeres incomparables á la puerta de la capilla real, donde acababan de trasladar á Ozema en su lecho. Hizo la marquesa que cubriesen de un velo blanco la cabeza de Mercedes, y algunas ligeras variaciones habian tenido lugar en sus vestiduras, para cumplir con la deferencia habitual que se tributaba al ara sagrada y á sus ministros.

Ya se hallaban reunidas allí algunas doce personas, merecedoras de la régia confianza; y al ir á darse las manos los novios se presentó el rey Don Fernando con visible premura, y llevando en la mano unos papeles, cuyo exámen le habian precisado á interrumpir la cita y los deseos de su amada consorte. El soberano de Castilla era un principe de augusto talante, y cuando le convenia, difícil fuera hallar un monarca sobre la tierra que desempeñase su papel con mas gracia ni con mayor dignidad. Haciendo una seña al arzobispo para que detuviese la ceremonia, mandó á Luis que hincase en tierra una rodilla; y luego echándole sobre los hombros el collar de una de sus ordenes mas honoríficas, le dijo:

—Alzaos ahora, noble caballero; y siempre y por jamás cumplid con vuestros deberes respecto á nuestro amo celestial, como atento á nos cumplido últimamente los habeis.

Galardonó Isabela á su marido por esta gracia, con una sonrisa de aprobacion, y la ceremonia prosiguió inmediatamente. Despues de los preliminares de costumbre quedaron desposados nuestros dos jóvenes, y púsose fin á los solemnes ritos. Conoció Mercedes, de resultas del ardoroso abrazo que su marido le dió, que ahora le habia comprendido, y en momento tan deleitoso borróse de sus mientes hasta la imágen de Ozema, rebozando con la plenitud de su propia felicidad. Colon habia servido de padrino á la novia, honor que el rey le destinára, mientras el mismo soberano se colocó al lado del novio, y aun se dignó tocar con sus manos el yugo que en el velatorio colocaron sobre los hombros de los recién casados. Entretanto Isabel no se apartaba del lecho de Ozema, cuyas facciones no dejó de vigilar mientras transcurriera la ceremonia. No habia tenido ocasion de hacer público alarde de su interés en favor de la novia, pues que sus sen-

timientos habian rebozado de consuno en comunion íntima y cariñosa.

No habia invitado la reina á su esposo ni á ninguno de los acompañantes para que se quedara á presenciar el bautismo de Ozema, en atencion á su sentimiento delicado á favor de la zozobra que advertia agitaba á la princesa, y de la condicion de una muger estrangera, que por hábitos y opiniones se hallaba revestida de buena parte de los sagrados derechos anéxos al poder real. Habia advertido la intensidad de sentimiento con que la doncella medio culta vigilaba las acciones del arzobispo y de los novios, mientras corriera las lágrimas de sus propios ojos, al notar la lucha entre el amor y la amistad, que se retrataba en todos los lineamentos de su pálido rostro, aunque todavia estremadamente hechicero.

—¿Donde cruz? preguntó con ansia Ozema, mientras Mercedes se inclinaba con el objeto de estrechar entre sus brazos las desgastadas formas de la jóven India, y besarle los labios.—
Dá cruz... Luis no casar con cruz... dá cruz á Ozema.

Mercedes con sus propias manos, sacó la cruz

del seno de su esposo, donde habia estado ape-
gada á su corazon desde que se la devolvieran,
y se la puso á la princesa en las manos.

—Entonces no casar con cruz! balbució la
virgen de las selvas, brotándole de los ojos grue-
sas lágrimas, que casi la impedian contemplar
la bien apreciada joya.—Ahora señores, pronto
haced Ozema Cristiana!

Empezaba la escena á hacerse demasiado so-
lemne y sensibilizante para dar margen á mu-
chas palabras, y el arzobispo, á una señal que le
dirigió la reina, dió principio á la ceremonia.
Esta fué de cortísima duracion, y la bondado-
sa naturaleza de Isabel no tardó en tranqui-
lizarse con la aseguanza de que la estrangera, á
quien juzgaba objeto de su cuidado especial,
habia quedado alistada bajo las banderas de la
iglesia.

—¿Es Ozema cristiana ahora? preguntó la
jóven India con una prontitud y sencillez que
hizo á cuantos presentes estaban mirarse unos á
otros con sorpresa y angustia.

—Ahora hija mia, teneis la aseguanza de
que la gracia de Dios sea otorgada á vuestras
preces, respondióle el prelado, Buscadla con

vuestro corazón, y lo que tan próximo está, será bendecido.

—Cristiano no casar pagano... cristiano casar cristiano.

—Eso muchas veces te lo han dicho, pobre Ozema, dijo la reina Isabel; tal rito no puede solemnizarse debidamente entre cristianos y paganos.

—Cristiano casar primero señora que el ama mas.

—Muy cierto. El hacer lo contrario sería una infracción de su voto y una burla á su Dios.

—Así pensar Ozema... pero el poder casar segunda muger... esposa inferior... señora que ame luego... Luis casar Mercedes; primera muger porque amár mejor; luego casar Ozema, segunda muger... muger menos alta... porque amar á ella despues... Ozema, cristiana ahora, y no daño... Ven, arzobispo, hacer Ozema segunda muger de Luis.

Gimió de recio Isabel y se retiró á una parte lejana de la capilla, mientras Mercedes, prorumpiendo en ruidoso llanto, y dejándose caer de rodillas ocultó la cara en los paños del lecho,

orando fervorosa para que Dios iluminara el alma de la princesa. Pero el arzobispo no acogió esta prueba de ignorancia en su penitente, y de su ineptitud para el rito que de administrarle acabara, con igual compasion é indulgencia.

—Muger obcecada, gritóle el prelado con severidad, el santo bautismo, que vienes de recibir, es saludable, ó no, segun con él nos mejoramos. Acabas de hacer una solicitud tal, que ya abrumba á tu ánima con una nueva carga de pecado, al paso que cortisimo es el plazo que para el arrepentimiento te queda. Ningun cristiano puede tener dos esposas al mismo tiempo, y Dios no conoce superior ni inferior, primero ni último, entre aquellos que la iglesia une con sus sagrados lazos. No puedes ser segunda muger de nadie, mientras esté en vida la primera.

—No sería de Caonabo!... de Luis, si... esposa cincuenta, ciento de Luis! ¿No es posible?

—Engañada y miserable mozuela, te digo que no, no, no... nunca, nunca y nunca. Esta pregunta tiene tal tinte de pecado, que profana esta santa capilla, y los símbolos de la religion que la consagran. Ab! si, besa y abraza tu cruz, é

inclina tu alma en inútil desespero, pues que...

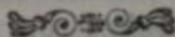
—Señor arzobispo, interrumpió la marquesa de Moya con una acritud que denotaba hasta que punto había tomado fuego su antiguo espíritu—basta de esto. El oído que heris en este instante, se encuentra sordo ya, y el pobre espíritu ha remontado el vuelo hácia el tribunal de un ser, superior á vos, y segun espero al de un juez mas benigno. Ozema acaba de espirar!

Era muy cierto. Sobrecogido con las voces del prelado, enmarañadas sus ideas con la confusion que en ellas había hecho nacer el choque de los dogmas recientemente aglomerados en su imaginacion y de aquellos que en la niñez enseñádole habían, al paso que paralizado físicamente con la certidumbre de haberse anonado su última esperanza de unirse á Luis, el espíritu de la jóven indiana había abandonado su preciosa morada, dejando en el rostro de su cadáver una amable impresion de las emociones prevalecientes en él durante los últimos momentos de su residencia terrenal.

Así remontó su vuelo la primera de aquellas almas, que el gran descubrimiento había de

rescatar de las preocupaciones del paganismo. Los casuistas pueden refinarse, los sabios aventurar sus conjeturas, y los piadosos cavilar acerca de su suerte probable en la nueva existencia que destinada le era; pero los humildes y los sumisos todo lo esperarán de la beneficencia de un Dios misericordioso. Respecto á Isabela fué tan profundo el golpe que recibió con este suceso, que por largo rato cohibió la idea de su triunfo por el feliz éxito que tuvieran su celo y sus esfuerzos. Sin embargo, poco preveía aquella incomparable muger que tal ocurrencia era un mero tipo del modo con que iba á abusarse de la religion de la cruz, y á desinterpretarse cruelmente; siendo aquel una especie de pronóstico práctico de la inutilizacion de la mayor parte de sus propias piadosas esperanzas, y de sus propios blaudos deseos.

CAPITULO X



Para advertir, para mandar formada,
 Esta muger perfecta parecia
 De mil dulces hechizos so leada,
 Que de angelica luz alio tenia.

WORDSWORTH.

El esplendor que cubrió el viaje de Colon trajo en voga los mares. Ya dejó de considerarse una ocupacion poco digna de los nobles el tomar parte en las empresas maritimas; y esa misma propension de nuestro héroe, que tantas veces se

habia traído á colada en censura suya, años atrás, se mencionaba ahora en su buen crédito. Aunque sus verdaderas relaciones con el almirante se dan á luz, por primera vez, en estas paginas por haber semejantes circunstancia escapádose de la investigaciones superficiales de los historiadores, le servia de ventaja el que se supiera que habia manifestado, lo que puede llamarse una disposicion marina, en un siglo cuando la mayor parte de los hombres pertenecientes á su rango, y que pretendian á sus mismas esperanzas, estaban satisfechos con ganar sus laureles sobre la tierra firme. Llegó á entrar en una especie de moda el occéano; y el caballero que habia contemplado su vasta y no interrumpida estension, fuera de la vista de la madre tierra, consideraba al que ne tuviera semejante dicha, con tan altiva superioridad como el que habia ganado sus espuelas solia mirar al que hubiese permitido que el periodo adecuado de su vida se pasase sin hacer un esfuerzo para obtenerlas. Muchos de los nobles cuyos estados se hallaban á orillas del Mediterráneo, ó del Atlántico, han bilitaron barcos costaneros—las *balandras de recreo*, del siglo décimo quinto—y se les veia

seguir las sinuosidades de las gloriosas costas de aquella parte del mundo, procurando alcanzar cierta satisfaccion de un egercicio que tan meritorio parecia el emular. Que igual fortuna cupiese á todos los que intentaron por este medio transferir los hábitos de las cortes y castillos á los estrechos limites de la faluca y del *xabeque* fuera demasiada osadia asegurarlo; pero hay poco peligro en sostener que el espiritu de la época estuvo robustecido por ensayos semejantes, y que los hombres se avergonzaban de envilecer lo que era igualmente la política asi como la afectacion de aquellos dias el ensalzar. El espiritu de rivalidades entre Portugal y España, contribuia tambien á las sensaciones de aquellos triunfos, y no tardó el jóven, que jamás dejara sus playas nativas, en verse espuesto á que se le señalase con el dedo por falta de ánimo; antes mas bien que se motejara al aventurero por causa de su inestabilidad escéntrica y vagarosa.

Entretanto proseguian las estaciones en su carrera ordinaria, y en su usitado curso los acontecimientos, siguiéndose los efectos á las causas. Al finar el mes de Setiembre, aquella parte del

Océano que linda precisamente con aquel estrecho y romántico paso que separa la Europa del Africa, mientras pone en comunicacion el avanzante Mediterráneo con los baldios mas anchurosos del Atlántico, brillaba á los rayos del Sol, que doraban al mismo tiempo cuantos objetos se alzaban sobre la superficie de las aguas cerúleas. Estos últimos no eran muy numerosos, aunque una docena de velas, diversas en hechura, se deslizaban lentas en busca de sus rumbos, á impulsos de las blandas brisas propias de aquella estación. De todas estas navecillas, tenemos que ver con una tan solo, que no estará demás describamos en términos generales.

El velámen del barco á que aludimos era latino, y tal vez el mas pintoresco de cuantos ha inventado la ingeniosidad del hombre como accesorio de una *vista*, ya se exhiba esta á los ojos en un lienzo, ya en sus verdaderas dimensiones y sustancia. Tambien su situacion era precisamente la que el pintor hubiese elegido como la mas favorable á su pincel; pues que aquella pequeña faluca navegaba viento en popa, con cada una de las estremidades superiores de sus

altas y puntiagudas velas puesta á cada lado, (*) mientras hinchando el viento la lona, les daba cierta similitud con las alas de alguna enorme ave, que estuviese recogíendolas al allegarse á un lugar de reposo. Notábase también una simetría extraordinaria en su cordage y arboladura; mientras el casco, engalanado con fajas de las más exactas proporciones, aparentaba un aseo y elegancia que daba á entender era aquella una nave perteneciente á algún noble.

El nombre de la faluca era «Ozema,» y llevaba á su bordo al conde de Llera y á su joven esposa. Luis, quien había adquirido una parte no escasa de los conocimientos náuticos de su época, mandaba las maniobras personalmente, aunque Sancho Mundo daba erguidos trancos alrededor de la cubierta con aire de autoridad, pues que era el patron titular, aunque no el verdadero de la navecilla.

—Ay—ay—Bartolo, amarra bien el ancla;

(*) Llama la gente de mar «orejas de mulo» al aspecto que presenta un barco, que navega en popa, con dos velas latinas. Nuestros *místicos* hoy ofrecen esta vista con frecuencia.

dijo el de la compuerta del dique, al inspeccionar el castillejo de proa, en una de las rondas que no dejaba de hacer cada media hora—pues por muy favorable que nos sople la brisa, y por muy blanda que la estacion nos parezca, nadie sabe de que humor encontraremos al Atlántico luego que su merced esté bien despierto. En el gran viage que hicimos á Catay, nada pudo ser mas propicio á la idea, ni que mas diablos encarnados nos soltase á la bendita vuelta. Doña Mercedes hace una escelente marinera; y no hay quien pueda adivinar por donde ni hasta que distancia se le antoje al señor conde llevarnos por puro capricho, una vez que ha dado rienda suelta á la jaca. Digoos, camaradas que asi la gloria como el oro podrá sobre vosotros llover, cuando esteis mas descuidados, hallándoos en el servicio de un noble de este jaez; y supongo que ninguno de vosotros os habeis olvidado de hacer buenas pacotillas de cascabeles, que son tan á propósito para pescar doblas, como las campanas de la catedral de Sevilla para congrega cristianos.

—Seor Mundo—gritó nuestro héroe desde el alcazar—que suba un hombre á la punta de la

gavia y registre la mar al norte y este de nosotros.

Esta òrden interrumpió uno de los jactanciosos discursos de Sancho, y le obligó á hacerla egecutar sin demora. Luego que el marino á quien se comisionára hubo *gateado* hasta llegar á aquella elevada y al parecer peligrosa atalaya que le mandáran ocupar, cuando se le dirigió una pregunta desde la cubierta, para que dijese si divisaba algo.

—Señor conde, respondió el marinero, el océano está sembrado de naves, hacia el lado que Vuesencia acaba de señalar, y se parece á la embocadura del Tajo, al primer arranque de una ventolina del oeste.

—¿Puedes contar cuantas son? si te es posible dime su número, vociferó Luis.

—Por la santa misa, señor, replicó el hombre, despues de tomarse tiempo para verificar su cálculo.—No veo menos de diez y seis—no, ahora descubro otra; si, una mas pequeña que vá saliendo de detrás de una carraca de grueso porte—diez y siete cabales son.

—Entonces llegamos todavia á tiempo, amor mio, exclamó Luis, volviéndose deleitado hácia

Mercedes—otra vez le apretaré la mano al almirante, previo á su nuevo viage hácia Catay. Tu haces muestra de estar tan alegre como yo, al ver que nuestro esfuerzo no ha sido vano.

—Lo que á ti te complace, Luis, está seguro de complacerme á mí tambien, contestó la esposa.—Cuando solo existe un interés, existir debe un solo deseo.

—Amada... amada Mercedes! tu harás de mí cuanto se te antoje. Esa disposicion tuya, verdaderamente celestial, así como tu pronto consentimiento en emprender conmigo esta viajata, me amoldan en tales terminos que mas habré de pertenecer á ti que á mí mismo.

—Y sin embargo, Luis, esa amoldadura parece que va saliendo al revés, dijo sonriendose la jóven castellana, por que es mas probable que me conviertas á mí en vagamunda, que consiga yo fijar tu espíritu andalon dentro de los límites del castillo de Llera.

—¿Este viage por mar ha sido contrario á tus deseos, Mercedes? preguntó Luis con la vehemente prontitud de una persona que rece-la haber incurrido en algun acto de indiscrecion,

—No, queridísimo Luis; tan lejos de eso, que he venido con el mayor placer, prescindiendo de la satisfacción que cabido me ha en darte gusto. Por buena fortuna el movimiento de la nave no me dá ninguna incomodidad, al paso que lo nuevo de estas escenas me proporciona un deleite tan agradable como escitador.

El decir que nuestro héroe se regocijára por mas de un motivo, equivale á añadir que aun le entusiasmaban las diversidades que la mar ofrece.

Al cabo de media hora columbrábase ya el buque del almirante desde la cubierta del «Ozema,» y antes que el Sol llegase á su meridiano, vióse á la pequeña faluca deslizándose por el centro de la escuadrilla, en busca de la caraca donde iba embarcado Colón. Despues de las preguntas de costumbre náutica, enterado el almirante que Doña Mercedes habia ido á despedirse de él, acudió con adecuada galanteria abordo del buque «Ozema,» á fin de tributar su acatamiento en persona á tan escelsa dama. Las escenas, á través de las cuales habian pasado jntos, creáron en Colón un interés paternal respecto á Luis, en el cual tenia su par-

te Doña Mercedes, en atención á la influencia de su noble proceder durante los acontecimientos ocurridos en Barcelona. Por lo tanto, presentóse á los felices esposos con un afecto ennoblecido por la dignidad, su acogida participó de los sentimientos en que el ilustre conde y su sensible esposa tan plenamente reverberaron. Nada pudo ser mas sorprendente para cualquiera que ambos sucesos hubiese atestiguado, que el contraste que entónces se ofrecia entre los recursos que acompañaran al celebre piloto gegovés en este viage, y en el anterior. La primera salida se hizo, en medio de la indiferencia por no decir del olvido de todo el mundo, con tres barcas, reunidas á duras penas, y á mas duras penas tripuladas; cuando por lo contrario ahora, emblanquecian el océano sus lonas y rodeabanle un numeroso séquito de hidalgos españoles. Luego que se supo hallarse la condesa de Llera á bordo de la saluca que habia detenido á la escuadra, echáronse á la mar los lanchones de la mayor parte de los buques, y celebró Mercedes una especie de besamanos sobre el seno del Atlántico anchuroso; mientras sus propias camaristas, entre las cuales se con-

taban dos ó tres damas de alta alcurnia, la asistieron en hacer los honores del recibimiento y la turba de nobles que sobre la cubierta hormigueaba. La balsémica influencia del aire puro del océano, contribuyó á hacer mas agradables aquellos momentos, y por espacio de una hora presentó el "Ozema" un espectáculo de cortesania y esplendor, cual nunca habia atestiguado ninguno de cuantos se hallaban presentes.

—Hermosísima condesa! exclamó uno que habia sido un desechado pretendiente de nuestra heroína; bien veis á que actos de desesperacion me precipita vuestra crueldad; pues que voy en busca de aventuras hasta el remotísimo oriente. Bien puede agradecer Don Luis que no acometiera yo esta empresa antes que él ganase vuestro favor; pues que no se espera que de aqui en adelante haya ninguna damisela española que pueda resistirse á las pretensiones del mas infimo de los secuaces del señor Colon.

—Podrá ser cierto lo que decis, caballero; contestó Mercedes, al paso que llenchia su corazon la consciencia de que aquel á quien habia elegido acometiéra de entusiasmo aquella azarosa empresa; cuando otros encogido se ha-

bían á la idea del riesgo, y cuando sus resultados eran todavia un misterio, envuelto en las tinieblas de un ignoto porvenir.—Podrá ser cierto lo que decis; pero una persona dotada como yo de deseos moderados, debe contentarse con estos viages humildes á lo largo de la costa, en los cuales por feliz fortuna le es dado á una muger acompañar á su marido.

—Señora, gritò el galante é impertérito Alonso de Ojeda á su vez. Don Luis me hizo dar en tierra un lindo batacazo, cuando el torneo que tendreis presente, en virtud de un esfuerzo tan limpio como varonil, y cuyo lance no ha dejado en mi pecho un escrúpulo de rencor; mas ahora podré mas que él pues que se contenta con tener á la vista las riberas de España cediéndonos la gloria de buscar las Indias y de sugetar los infieles al yugo de nuestros soberanos.

—Suficiente honra es para mi esposo, señor, el poder vanagloriarse de la buena ventura á que aludis, y debe quedar satisfecho con la nombradía que adquiriera en aquella ocasion.

—Condesita, de aqui á un año, mas le habriais de querer, si se viniera con nosotros pa-

ra hacer alarde de sus bríos entre los hidalgos del Gran Khan.

—Bien veis, Don Alonso, que tal como es mi marido, no le tiene en menoscabo el señor Almirante. Quieren tener en la cámara una entrevista juntos; honra que Don Cristóval no estaría muy dispuesto á dispensar á un hombre retrechero ni falto de espíritu.

—Es cosa estraña! interpuso el amante desechado; el favor que goza el conde con el almirante nos sorprendió á todos en Barcelona. ¿Será posible, Ojeda, que hayan navegado juntos en algunas de sus antiguas correrías por la mar?

—Por la santa misa! señores, dijo Don Alonso riéndose; si Don Luis se encontrase con el almirante como se encontró conmigo en las lizas, pareceme que una sola entrevista les bastaría para todo el tiempo que de vida les queda!

En esta guisa prosiguió la conversacion, los unos hablando con liviandad, los otros en términos mas formales; pero todos amistosamente. Mientras esto sobre la cubierta se pasaba, habiase Colon retirado á su cámara con nuestro héroe:

—Don Luis, dijo el almirante luego que se hubieron sentado el uno junto al otro, y se vieron sin testigos de vista; bien sabeis la estima que os profeso, y siéntome seguro de que me la retribuis con igual grado de afecto. Dejo ahora la España, en busca de una aventura mucho mas peligrosa que aquella en que fuisteis compañero mio. Entonces me di á la vela cubierto de menosprecio y oculto de los ojos de los hombres, en fuerza de su ignorancia y de su desden; ahora he dejado el antiguo mundo, pisándome los talones la envidia y la malignidad. Soy demasiado viejo para no haber visto y previsto estas verdades. Durante mi ausencia muchos traerán á mal traer mi reputacion. Aun estos que ahora siguen mis huellas tornarse han calumniadores míos, vengándose de la pasada zalameria por medio de la presente detraccion. Los soberanos se verán sitiados con mentiras, y cualquier chasco respecto al grado á que las ilusiones encumbren la esperanza del buen suceso, hará que se me atribuya á crimen. Verdad es que dejo algunos amigos en España; cuento allí con Juan Perez, con San Angel, con Quintanilla y con vos. En vosotros pues ancoo mi con-

fianza, no en busca de favor, sino en pró de la verdad y de la justicia.

—Señor, podeis contar con mi mezquina influencia en todas ocasiones. Os he conocido en los días de dura prueba, y para aminorar mi fé respecto á vos era indispensable, que esas calumnias en nada se pareciesen á las ordinarias.

—Bien creia yo lo mismo, Luis, antes que con tanto ardor y sinceridad lo espresáseis, repuso el almirante, apretándole con ahinco la mano al jóven noble. —Mucho dudo que Fonseca, quien egerce hoy tanto influjo en los asuntos de la reina Doña Isabel, sea verdaderamente mi amigo. Luego, hay un sugeto de vuestra propia sangre y que lleva vuestro mismo apellido, quien ya me ha mirado con malos ojos, y del cual desconfio sobremanera, en llegando una ocasion que se le proporcione de hacerme daño.

—Le conozco bien, Don Cristóval, y tengo en el concepto de que hace poco honor á la casa de Bobadilla.

—Sin embargo, está en candelero, y en buen concepto para con el rey; lo que ahora es de suma importancia.

—Ah! señor, en ese ladino monarca, que dos caras tiene, no busqueis cosa ninguna que ofrezca visos de generosidad. Mientras que los oídos de Doña Isabel permanezcan abiertos á la voz de la verdad, nada tendreis que temer; pero Don Fernando va haciéndose cada dia mas mundano y temporizador.—Vive Santiago! es posible que uno, que en su juventud fué un caballero varonil y gallardo, haya de manifestar tanta porcion de la bajeza que haria deshonor á un Alarbe! Sin embargo, mi noble tia vale ella misma por un ejército, y permanecerá siendoos fiel, cual desde el principio se ostentara.

—El Ser Supremo rige todas las cosas, y pecaminoso fuera desconfiar de su sabiduria ó de su justicia. Y ahora Luis una palabra respecto á vos mesmo. La Providencia os ha hecho guarda de la felicidad de un ser, cual rara vez se halla á este lado de las puertas del Cielo. El hombre á quien cabe la bendicion de tener una esposa llena de virtudes y de amabilidad, semejante á aquella con quien desposado os habeis, deberia erigir un altar en su corazon, sobre el cual hubiera de ofrecer diariamente ¿que digo? á todas las horas del dia, sacrificios de

gratitud á Dios, en reconocimiento de tan rica dádiva; pues que de todas las felicidades con que el Supremo Autor de todo lo bueno bendice la tierra, goza aquel hombre privilegiado de la mas pura, mas escelente, mas deliciosa y mas duradera, siempre que tenga tambien á la vista que permitido no le está el malversamiento de las buenas cualidades que á él mismo otorgadas le fueran. Una muger, como Doña Mercedes, es tan delicada como poco comun. Dejad que su sentido de lo recto cohiba vuestra impetuosidad; que su pureza sirva de contrapeso á los elementos menos refinados de vuestra composicion; dejad que sus virtudes estimulen las vuestras propias; que su amor alimente el vuestro con imperecedera llama, y que su ternura sirva de incesante apelacion á vuestra tutela é indulgencia varonil. Llenad todos vuestros deberes cual conviene á un Grande de España, y buscad la felicidad únicamente en la partícipe de vuestro seno, y en el amor de Dios.

En seguida dió el almirante su bendicion á Don Duis, y despidiéndose de Mercedes, con igual solemnidad, se apresuró á ganar su caravela. Lancha tras de lancha dejó el costado

de la faluca; mientras muchos de los que ya se habian despedido, volvian á hacerlo con gritos y señas luego que ya se hallaban á gran distancia. Pocos minutos despues las pesadas vergas dieron vuelta columpiándose, y volvió la flotilla á seguir lentamente su rumbo hácia el sudoeste, y en la direccion, cual entónces se creia de las distantes playas Indianas. Durante una hora permaneci6 el «Ozema» donde lo dejara Colon, cual si estuviese atisvando la retirada de sus amigos; luego, soltó la recogida lona, que no tardó en verse henchida por el viento, y en seguida viró hácia la costa en cuyo seno yacia el puerto de Palos de Moguer.

La tarde estaba deliciosamente balsámica, y luego que la faluca se aconchó á tierra, la faz de las aguas marinas estaba tan lisa como la superficie de un lago que duerme en el seno de los montes. Solo habia el viento suficiente para refrescar la atmósfera, é impeler la navichuela através de las aguas, con la celeridad de tres á cuatro millas por hora. El alcázar era la morada habitual de Luis y Mercedes durante el dia. Formábalo por la parte exterior un tinglado que pandeaba como el toldo de un galeron,

mientras la parte interna se hallaba engalanada de telas preciosas, que la convertian en una lindísima aunque pequeña sala. De frente, un cortinaje de lona la ocultaba á los ojos de la tripulación, y hácia la popa se corria una rica cortina, cuando era necesario incomunicar la vista por otra parte. Este último telon se hallaba ahora formando ondas al desgaire, permitiendo que la vista recorriese el estenso océano y contemplase las glorias del sol poniente.

Recostada Mercedes en un lujoso catre se ballaba mirando hácia el océano, mientras Luis pulsaba una guitarra sentado á sus pies en un escabel. Acababa de tocar una cantinela nacional, acompañándola con su voz, y de soltar de las manos el instrumento, cuando advirtió que su esposa no le prestaba oído, con la aficion y arrobo con que solia escuchar sus cantatas.

—Estás pensativa, Mercedes, dijo el conde, allegándose á ella con el objeto de leer la expresion melancólica de aquellos ojos que con tanta frecuencia iluminaba el entusiasmo.

—El Sol se pone en direccion del pais de la pobre Ozema, esposo mio, contestóle Mercedes, con la voz agitada de un leve temblor—

esta circunstancia, unida á la vista del ilimitado océano, que tanto se asemeja á la eternidad, condújome á pensar acerca de su fin. Por cierto... por cierto que una criatura tan inocente no puede ser condenada á las penas infinitas, á causa de que su ánima obcecada, y sus apasionados sentimientos, fuesen incapaces de comprender todos los misterios de la iglesia.

—Quisiera, amada mía, que pensases menos sobre esa materia; las preces y las misas que dicho se han por el reposo de su alma, debieran satisfacerte; y si quieres pueden repetirse estos sufragios veces mil.

—Ofreceremos otros muchos, contestó la joven esposa, hablando en voz apenas inteligible, mientras le caían por las megillas gruesas lágrimas. El mejor de nosotros necesitará de misas, y nosotros debemos esto á la pobre Oze-ma. ¿Te acordaste de interponer tu influjo para con el almirante á fin de que á su llegada á Española preste á Mattinao cuantos servicios esten en su poder?

—De eso se ha cuidado, y así desecha de tu espíritu cuanto tiene referencia á tal idea. Ya se ha construido el monumento en Llera, y

aunque podamos sentir la pérdida de la infelice jóven, no tenemos razon de lamentarla. Si yo no fuera Luis de Bobadilla, tu esposo, mas bien la consideraria como objeto de envidia, que de lástima.

—Ah! Luis, tu lisonja es demasiado grata para que vituperarse pueda, mas apenas ha de juzgarse tempestiva. Hasta la dicha que experimento en estar segura de tu amor, en que son unos nuestros destinos, nuestros nombres, nuestros intereses, es una bagatela en comparacion de los goces seráficos que los bien aventurados disfrutan; y á la fruicion de goces semejantes anhalaria que elevado se hubiese el alma de Ozema.

—No lo dudes, Mercedes; ella tuvo en su abono cuanto pretender pueden la inocencia y la bondad. Por san Pedro! si ella disfruta la mitad de la delicia que me enagena al estrecharte asi á mi corazon, no hay que tenerle lástima; y tu dices que goza ella de centuplicados deleites.

—Luis, Luis, no te espreses con tanta liviandad. Haremos que se digan otras misas en Sevilla, asi como tambien en Burgos y en Salamanca.

—Cuantas quieras, amor mio. Que las digan todos los años, todos los meses, todos los dias, para siempre jamás, ó todo el tiempo que la gente de Iglesia juzgue que puedan tener adecuada virtud.

Sonrióse Mercedes para manifestar su agradecimiento, é hizose la conversacion menos penosa, aunque siempre de carácter triste. Asi se pasó una hora, durante la cual, fué el colorido de aquella dulce especie que demarca los ratos de intimidad de las personas que se aman tiernamente. Ya habia adquirido Mercedes un poderoso imperio sobre las propensiones arrebatadas de su marido, y sin saberlo ella misma iba ya amoldándole á sus propios sentimientos. En esta mudanza, que era efecto de la influencia, y no del cálculo ni del designio, ayudaban á la jóven condesa las nobles cualidades de nuestro héroe, que secretamente le persuadian que ahora estaba bajo su tutela la felicidad de otro ser asi como la suya propia. A esta insinuacion rara vez se resiste un alma verdaderamente generosa, y produce la correccion de los defectos de menor cuantia con mucha mayor eficacia que hacerlo pudiera un manejo directo

ó un abierto reproche. Tal vez quizás el arma de mas poder que estaba en posesion. Mercedes, era la implicita confianza que tenia en la escelente índole de su esposo, pues que Luis deseaba de todas veras ser tal, como ella efectivamente le creia; opinion que su propia conciencia no corroboraba del modo mas positivo.

Al ponerse el Sol, vino Sancho á avisar que acababa de dar ancla.

—Aquí estamos ya, señor Conde, aquí estamos por fin, señora Doña Mercedes, á la vista de Palos, y á cien varas del mismísimo donde Don Cristóval y sus valientes compañeros salieron para descubrir las Indias... Dios le bendiga un centenar de veces, así como á todos los que le acompañaron. La lancha está lista para llevaros á tierra; y allí si no hallais, señora, las catedrales y los palacios de Sevilla ó de Barcelona, encontrareis la villa de Palos, y la iglesia de Santa Clara, y la compuerta del dique—tres lugares que en lo venidero van á hacerse mas célebres que las capitales susodichas; á saber: Palos, porque envió de sus entrañas la espedicion; Santa Clara porque la salvó del naufragio, en virtud de los votos que en sus altares se cumplie-

ron, y la compuerta del dique porque al otro lado de ella se construyó la nave del almirante.

—Y por otros grandes acontecimientos, buen Sancho, dijo el conde.

—Así es, señor escelentísimo; y por otros grandes acontecimientos. ¿Quiere Usencia que a desembarque, señora?

Asintió Mercedes, y diez minutos después, ella y su esposo paseaban la playa á diez varas del punto mismo donde Colon y Luis se habian embarcado el año anterior. Las arenas duras se hallaban á la sazón cubiertas de gentes que tomaban el fresco de la tarde. La mayor parte de ellas pertenecía á la clase humilde del pueblo, siendo aquel el único país del mundo en nuestra opinión, donde las clases acomodadas no tienen costumbre de mezclarse con las menesterosas en los paseos, para gozar de la blandura del clima en aquella hechicera hora.

Habianse desembarcado Luis y su hermosa muger solo con el objeto de hacer ejercicio y tener un rato de solaz, pues bien les constaba que su faluca tenia mejores comodidades que pudieran ofrecerles los mesones de la villa de Palos, y así se mezclaron entre la turba de los

demás paseantes. Encontraron un corro de jóvenes esposas que conversaban con ahinco, hablando bastante de recio para que pudiera entreoirseles. Al momento nuestro héroe y heroína interrumpieron su propio discurso, al hallar que el asunto del coloquio de aquellas mugeres era el viage á Catay.

—Hoy, dijo una, en tono de autoridad, ha salido de Cádiz Don Cristóval; porque los soberanos juzgáran que Palos es un puerto demasiado mezquino para el equipo de tan grande armamento. Podeis creer lo que os digo, vecinas; porque mi marido, como todas sabeis, tiene un alto destino en la mismísima nave del señor Almirante.

—Bien se os puede tener envidia, vecina, al ver que está tan en favor con un hombre tan grande.

—Y como no habría de ser así, viendo que estuvo con él en el otro viage, cuando pocos tuvieron animo bastante para acompañallo, y además siempre se prestó sumiso á sus órdenes. «Mónica—no, que fué «honrada Mónica,» me dijo el almirante con su propia boca, tu Pepe es un leal marinero, y se ha conducido á mi

mayor satisfaccion. Lo haré guardian de mi propia carraca, y tu posteridad, hasta los siglos mas remotos del porvenir, jactaros podreis de pertenecer á un hombre tan digno.» Estas fueron sus palabras y como lo dijo lo hizo-pues que ahora mi Pepe es nada ménos que guardian. Pero tambien los padre nuestros y ave marias que he rezado, para que el pobre llegase á conseguir tan buena fortuna, bastarian para enlosar todos estos arenales.

Adelantóse ahora Don Luis, y saludó al corro, dando por disculpa su curiosidad de saber los pormenores de la primera salida. Como lo esperaba, no le reconoció Mónica, en razon al magnifico vestido que llevaba puesto ahora, y ella de buenisima gana le refirió cuanto sabia, con una añadidura no pequeña. Manifestó esta entrevista cuan fácilmente aquella muger habia pasado del desespero á la mas viva complacencia, deduciendose de aqui el general y mas público cambio desentimientos por el egeemplo individual de un caso determinado.

—He oido hablar mucho de un tal Pinzon, añadió Luis, de uno que salió mandando una caravela en ese viage ¿qué se ha hecho de él?

—Señor, ha muerto, contestaron á la vez una docena de voces, aunque la de Mónica consiguió la primacia para seguir contando la historia.—Era un gran hombre en esta tierra; pero ahora ha perdido su fama asi como su vida. Fué desleal, y murió de pesadumbre, segun dicen, al hallar á la Niña anclada en el rio, cuando creia conseguir para sí mismo toda la gloria.

Habian absorto demasiado á Luis sus propios sentimientos para que esta noticia hubiese llegado antes á sus oidos, y continuó su paseo, caviloso y triste.

—Ese es el galardón de las esperanzas ilegales, y de los designios desaprobados por Dios! exclamó el jóven conde, luego que se hubo alejado con su esposa. La Providencia, segun creo, ha estado de parte del almirante; y por cierto, muger divina, que de la mia tambien.

—Esta es Santa Clara! observó Mercedes. Quisiera entrar en la iglesia, Luis, y dar gracias al pie del ara por tu salud y próspero regreso, ofreciendo tambien mis preeces por los futuros triunfos de Cristóval Colon.

Entraron ambos en el templo, y arrodillá-

ronse delante del altar mayor; porque en aquel siglo los guerreros mas bravos no se avergonzaban como en los nuestros, de hacer pública manifestacion de su gratitud á Dios, y de su dependencia en su salvaguardia. Terminado este deber, la feliz pareja regresó á la playa y volvió á bordo de la saluca.

Por la mañana temprano el buque Ozema se hizo á la vela para Málaga, pues que Luis recelaba que le conociesen si se detenia por mas tiempo en Palos. Llegaron con felicidad al puerto de su destino; y muy en breve se trasladaron á Valverde, hacienda principal de Mercedes, donde dejaremos á nuestro héroe y heroína en los goces de una dicha, que fué tan completa como podia proporcionarla la union de la ternura varonil por la una parte, y la pureza de sentimientos y el amor femeníl y desinteresado por la otra.

En época posterior hubo otros Bobadillas en España, con el nombre de Luis entre sus gallardos nobles, y otras beldades, con el de Mercedes, hicieron palpitar el corazon de los valientes y de los erguidos; pero solo hubo una «Ozema.» Apareció esta en la corte, durante



Dzema.



el reinado sucesivo, por algún corto tiempo, brillando como una estrella que acababa de nacer en una atmósfera purísima. Su carrera, sin embargo, fué muy breve pues que murió joven y llorada, desde cuyo periodo hasta el nombre mismo ha perecido. Es, en parte, efecto de estas circunstancias el que nos hayamos visto obligados á estraer tanta parte de nuestra leyenda de los perdidos recuerdos de aquella portentosa época.



el reinado sucesivo, por algún corto tiempo,
 brillando como una estrella que acaba de na-
 cer en una atmósfera purísima. En carrera, sin
 embargo, no muy breve pues que murió joven
 y joven, desde cuyo período hasta el nombre
 mismo ha parecido. En su parte, efecto de es-
 tas circunstancias al que nos hayamos visto
 obligados á entrar tanta parte de nuestra le-
 genda de los perdidos recuerdos de aquella por-
 tantísima época.



CORRECCIONES.

TOMO 1.º

<i>Pág.</i>	<i>lin.</i>	<i>dice.</i>	<i>léase.</i>
122	13	y pasageras vanidades	y las pasageras vanidades por convicciones que el carácter temperan
Id.	14	Diego	Pedro
258	18	comitante	consistente
263	14	para	la de

TOMO 2.º

<i>Pág.</i>	<i>lin.</i>	<i>dice</i>	<i>léase.</i>
80	17	habrá de	habrá que
129	7	para	en
145	21	su padre	sus padres
293	15	la pureza	el amor
456	19	naves	suaves
292	6	entre	entristecernos por
294	23	regresos	represos
Id.	24	estinguído	estinguídos

Se suplica al lector se sirva disimular y corregir alguno que otro yerro tipográfico que se ha deslizado en esta obra.



